Sophie Saint Rose



Él llena mi corazón

Él llena mi corazón

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Epílogo

Capítulo 1

Agotada después de estar trabajando toda la noche limpiando en un edificio de oficinas, metió la llave de su apartamento y de repente se abrió la puerta mostrando a su madre que iba vestida con el uniforme de la cafetería. —No me digas que te han cambiado el turno otra vez.

—De siete a tres. —La besó en la mejilla. —Te veo luego.

—Mamá… ¿Les has dicho que te duelen las piernas y que el médico quería darte la baja?

Su madre se detuvo y suspiró volviéndose. —Necesitamos el dinero, cielo. Y si no voy a trabajar me echarán, ayer ya perdí el día.

—Porque tenías que ir al médico, que por cierto fue muy claro. Te dijo que estar tantas horas de pie no es bueno para tus varices y para tu espalda. Tienes que dejarlo.

Emily puso los brazos en jarras. —Y cómo nos arreglaremos, ¿eh? ¿Va a pagar ese médico el alquiler? Mira, hablemos de esto luego que no puedo llegar tarde. Ya me han dado un toque.

Ivianne bufó entrando en casa y cerrando la puerta. —Maldita sea. —Tiró las llaves en el cuenco de la entrada y vio las llaves de su madre. Se las había olvidado. Estupendo, ahora tendría que acercarse a la cafetería para llevárselas antes de ir a clase. Dejó caer su bolso al suelo. Se quitó la goma que aguantaba su espesa melena rubia en un rodete y después se quitó la camiseta caminando hacia la habitación que compartía con su madre, porque ni energías tenía para hacerse el desayuno. Qué ganas tenía de acabar el curso de secretariado a ver si conseguía un trabajo medio decente. Se quitó los vaqueros y en ropa interior se dejó caer sobre la cama gimiendo porque ese día tenía un examen de contabilidad que casi ni había podido estudiar. Le iba a salir de maravilla.

Un sonido insistente hizo que frunciera el ceño y confundida abrió uno de sus ojos azules. ¡El móvil! Gimió apartando la almohada que estaba abrazando y se levantó a regañadientes para ir hasta el bolso que estaba en el salón. Medio dormida bostezó y se agachó

ante la puerta para coger el móvil del bolso. Frunció el ceño al ver un número que no conocía antes de descolgar. —Te juro que como seas de una compañía de teléfonos y me hayas despertado después de trabajar toda la noche, pienso poneros una denuncia por pesados.

—Lo entiendo perfectamente. ¿Ivianne Stevenson?

—¿Si?

—Llamo del Monte Sinaí.

Se le cortó el aliento. —¿Qué le ha pasado a mi madre?

—Tranquila, está bien, pero necesita los datos de su seguro y tiene que traérselos. Al parecer no lleva la tarjeta en su cartera y…

—¿Pero qué le ha pasado? —preguntó asustada—. ¿Es grave?

—Creo que se ha roto la muñeca, señorita Stevenson. Al parecer se cayó en las escaleras del metro. En este momento la están atendiendo. ¿Puede acercarnos sus datos?

—Sí, por supuesto. Voy enseguida.

En cuanto colgó corrió a su cuarto y se puso un vestido de tirantes, unas sandalias planas y abrió el primer cajón de la cómoda donde su madre tenía todos los papeles importantes. Cogió los papeles del seguro y corrió hacia la entrada agarrando su bolso. El

día empezaba estupendamente, pensó preocupadísima por su madre.

—¿Cómo que no tiene seguro? —preguntó asombrada a la chica que las interceptó cuando iban a salir del hospital—. Le di los datos y…

—Ya, pero en la aseguradora dicen que esta póliza se dio de baja ayer mismo.

Asombrada miró a su madre que angustiada negó con la cabeza. —No lo entiendo. Si me habían cambiado el turno. ¿No será por eso?

—No, mamá… No es por eso. ¡El capullo de tu jefe quería que fueras a las siete para que no le montaras el pollo ante los clientes cuando te despidiera! Te lo iban a decir hoy cuando llegaras al trabajo. —Entrecerró los ojos mirando a la chica. —Pero todavía no se lo habían comunicado.

—Ese no es nuestro problema. Soluciónenlo con su jefe. —Le plantó ante la cara una factura. —Treinta mil trescientos dólares.

—Treinta mil…—Le arrebató la hoja de la mano. —¿Tanto?

—Dios mío, hija —dijo su madre asustada—. Ya decía yo que me estaban haciendo muchas pruebas. Solo tenemos cuatrocientos en la cuenta.

—Tranquila mamá. —Miró a la chica disimulando que estaba igual de asustada. —¿Se puede financiar?

—Vengan conmigo, veremos lo que podemos hacer.

Después de dejar a su madre en casa, fue hasta la cafetería y en cuanto entró entrecerró los ojos mirando a su alrededor. En ese momento salió el encargado de detrás de la barra. —¡Eh, tú! —Furiosa se acercó caminando como si fuera a la guerra mientras él la miraba sorprendido como media cafetería que a esa hora estaba de bote en bote. —¿Le has anulado el seguro médico a mi madre antes de comunicarle su despido? ¡Se ha caído en las escaleras del metro de la que venía a trabajar y se ha roto un brazo! ¡En el hospital nos han dicho que le anularon el seguro ayer! —Agarró al tipo por la camisa y le gritó en la cara. —¿Ibas a echar a mi madre hoy?

El tipo rojo como un tomate miró a su alrededor. —¿Qué te parece si hablamos de esto en mi despacho?

—Vas a pagarme los treinta mil trescientos que ha costado su atención médica, eso te lo juro por mis muertos.

—Bien dicho —dijo alguien al fondo de la cafetería.

—No es mi responsabilidad. Ayer cuando hablé con ella por teléfono le dije que se acababa. El despido fue efectivo ayer y le dije que hoy viniera por el sueldo de la semana. No a trabajar.

—Mientes. ¡Le cambiaste el turno!

—Tu madre te diría eso porque pensaría que iba a convencerme, pero se acabó. ¡Estoy harto, siempre se está quejando de dolores y no trabaja bien!

—¿Y sabes por qué tiene dolores? ¡Porque lleva veintidós años en esta puta cafetería y la has destrozado a trabajar mientras tú tomas café en esa esquina, capullo! —Le pegó una patada en la entrepierna que le dobló haciéndole caer al suelo de rodillas. —A ver si te curan eso en el hospital, cabrito de mierda. —Él sin aliento apoyó la mano al lado de su pie y ella se la pisó con saña al salir mientras varios la aplaudían.

Suspiró mirando el resultado de su examen. Un suspenso como una catedral de grande. La señora Grant se agachó a su lado. —¿Qué te pasa últimamente, Ivi? Tus notas no tienen nada que ver con las de antes. Arréglalo, los finales están a la vuelta de la esquina.

Apretó los labios mientras su profesora se alejaba dando los exámenes a los demás. —Estupendo —dijo por lo bajo. En ese momento sonó el timbre y se agachó para coger su mochila. Molly se acercó comiendo chicle como siempre porque en clase no se podía fumar. —Hoy no puedo quedar a tomarnos algo.

—¿Tienes que ir ya a trabajar?

—Tengo que pasar por casa para ver cómo está mi madre. Antes cuando la llamé decía que le dolía el brazo.

Su amiga hizo una mueca. —¿Estás bien? Pareces cansada.

—He cogido un trabajo por las mañanas. Llevo a unas gemelas a la parada del bus y limpio la casa.

Molly se detuvo en seco. —¿Cómo que por las mañanas? ¿Y cuándo estudias? ¿Cuándo duermes?

Suspiró volviéndose mientras se ponía la correa en el hombro. —Estoy pensando en dejar las clases. Ahora necesitamos el dinero.

—No, ¿cómo lo vas a dejar? En dos meses tenemos los finales, no puedes rendirte tan cerca de la meta. —La cogió del brazo con cariño. —Eres la única que me comprende y me apoya desde el principio. Ahora me toca apoyarte a ti, no pienso dejar que abandones cuando ya rozas tu título con la yema de los dedos. —Se acercó y susurró —Además no pienso dejar que me dejes sola con esos niñatos de veinte años que están todo el día chateando. —Cogió sus manos. —No puedes dejarme.

—Como has dicho no tengo tiempo para nada. Y a esos niñatos solo les llevas cuatro años.

—Con esas edades cuatro años es como un siglo, lo sabe todo el mundo. —Hizo una mueca. —Igual si encontraras otro trabajo… Uno mejor pagado… Así no tendrías que dejar las clases. Recuerda que esto lo haces para prosperar.

Caminaron hasta la puerta. —Ya lo he intentado todo. ¿Crees que quería el trabajo de las mañanas? Si antes casi ni tenía tiempo para estudiar porque dormía por las mañanas, pero no me ha quedado otra. Como si lo del hospital no fuera poco, el casero nos envió una carta para subirnos el alquiler cien pavos al mes.

—Hija, últimamente estás gafada. —Se apartó un mechón de su cabello negro tras la oreja. Sus ojitos castaños chispearon. —Pero

tu suerte va a cambiar porque tu amiga Molly te va a hacer un favor que me vas a agradecer toda la vida.

—Uy, uy… Yo paso.

—Eh, que no es de lo mío —dijo por lo bajo.

—¿Seguro? Yo de lo tuyo nada. —Su amiga apretó los labios. —Que no quiero decir que tú con tu cuerpo no hagas lo que te dé la gana, pero…

—Entiendo lo que quieres decir. No es lo que soñaba de niña, ¿sabes?

—Sé que lo haces por tu hijo. No te juzgo, Molly —dijo preocupada.

Molly sonrió. —Sé que no lo haces. Y no es de lo mío, tonta. Sé que prefieres dejarte las manos limpiando a hacer lo que hago yo.

—¿Entonces? —preguntó esperanzada.

—Tengo un cliente fijo que una noche me comentó que trabajaba en el Mistero. ¿Sabes lo que es?

—Una discoteca de moda.

—Exacto. Es uno de los hombres de seguridad del jefe y por lo visto ni tiene tiempo para ligar, así que me llamó por

recomendación de un amigo hace unos meses. Después es de los que les gusta hablar y hace unos días dijo que si quería un trabajo en la discoteca, que no le vendría mal tenerme a mano. Yo me reí porque paso de estar toda la noche poniendo copas cuando en una hora gano casi el triple. Él dijo que era una pena porque estaban buscando chicas. Al parecer no duran mucho porque casi todas son universitarias que quieren pasta y en cuanto ahorran un poco lo dejan, así que siempre buscan gente. Y alucina, pagan doscientos la noche y abren todos los días.

—¿Todos los días? Eso son mil cuatrocientos a la semana —dijo impresionada.

—Más propinas, que son para morirse, guapa. El tipo de ayer me dijo que se llevaban más de propinas que de sueldo. Y si se cumplen unas ventas el jefe les da primas. Así las anima a que den vidilla en el local. Es un tío listo, así sus empleados se implican y más gana él.

—¿Y sabes a dónde tengo que ir?

—El tipo me dijo que si cambiaba de opinión le llamara. —Miró su móvil. —Apunta. —A toda prisa cogió su móvil y marcó el número que le decía su amiga. —Se llama Jim.

—¿Le llamo ahora?

—¿A qué esperas?

Algo nerviosa se puso el teléfono al oído y cuando contestaron la miró a los ojos. —¿Jim? Soy Ivi, una amiga de Molly a la que le interesaría el trabajo que le ofreciste hace unos días. —Separó los labios de la impresión. —¿Ahora? ¿Ahora mismo? Sí, voy para allá. En la treinta y nueve oeste. Sí, sé dónde está. Gracias, gracias.

Emocionada colgó y abrazó a Molly. —Gracias.

—De nada, así no me dejarás colgada.

—Eres la mejor.

—Hala corre.

—Gracias. —Salió corriendo y Molly sonrió antes de darse cuenta de que su amiga llevaba unos vaqueros y una camiseta de tirantes. Esperaba que vieran su potencial porque con esa ropa parecía una quinceañera.

La puerta roja del local medía al menos cuatro metros y estaba tallada con un gran laberinto, pero lo más interesante era

que estaba cerrada y se preguntó si habría otra. Rodeó el edificio entrando en un callejón y sonrió al ver una puerta de hierro que estaba abierta porque un proveedor estaba metiendo el carrito cargado con cajas de whisky.

Le siguió sin que se diera cuenta y cuando empujó una puerta abatible el chico giró hacia su derecha y fue por un pasillo hacia una puerta que ponía almacén. Seguro que allí no estaba el encargado. Miró a su izquierda donde había otro pasillo y lo siguió. Había unas escaleras que descendían. En el cartel de la pared ponía vestuarios, así que las pasó de largo. Encontró varias puertas, pero parecían cerradas. Alargó la mano a uno de los pomos para comprobarlo cuando escuchó voces al final del pasillo y miró hacia allí. Dejó caer la mano y fue hasta la puerta doble que se abrió a su paso. Sorprendida separó los labios viendo lo grandísimo que era el local. Caminó hacia el centro de la pista sin darse cuenta y miró hacia arriba. Era como estar en una gran bola de nieve y fascinada miró más arriba donde había una gran cúpula de cristal plagada de enormes estrellas que se movían en ese momento como si la bola girara.

—¿Quién coño eres tú?

Sobresaltada se giró para no ver a nadie. La luz estaba sobre ella y las mesas quedaban en penumbra. —Soy Ivi. Vengo por el trabajo. —Entrecerró los ojos intentando ver quien era. —¿Todavía hay trabajo?

—¿Cuántos años tienes?

Que voz más sexy. Sin darse cuenta pasó la lengua por su labio inferior. —Veinticuatro, y tengo mucha experiencia como camarera.

—¿No me digas? —preguntó como si no se creyera una palabra—. ¿Sabes hacer un Manhattan? ¿Un Bloody Mary? ¿San Francisco? ¿Margarita? ¿Gin-tonic?

Mierda. Ese era un lugar pijo, tenía que haberlo previsto. —Aprendo muy rápido.

—No me vales.

Sintió una decepción enorme y dio un paso hacia la voz. —Por favor, necesito el dinero. Me dejaré la piel, se lo juro. Pruébeme y si no le gusto no tendrá ni que pagarme. —Se hizo el silencio y eso la puso muy nerviosa. —¿Oiga? ¿Sigue ahí?

—Vuelve a las nueve y media. Dile a Peter que te envía Douglas.

Ivi sonrió. —Gracias. No le fallaré, se lo juro.

—No me jures. Ahora vete —dijo como si le hubiera enfadado.

—Sí, claro. —Se volvió a toda prisa para salir por donde había llegado.

—Ivi. —Miró hacia la voz expectante. —Aunque vas a llevar uniforme no vengas vestida así. No quiero que piensen que trabajamos con menores.

Se puso como un tomate. —Sí, claro. Lo siento.

—Vete.

Al parecer el encargado no tenía muy buen carácter, pero era lógico si dirigía un local así. Al ver que descendía un caballito de tiovivo fascinada se detuvo hasta que el caballito descendió justo encima de su cabeza. Tenía las riendas doradas como uno al que se había subido cuando era pequeña. El caballito empezó a girar y separó los labios girándose a su vez. Era mágico.

—¡Ivi! ¡Sal de ahí!

Se sobresaltó volviéndose hacia las mesas y se puso roja como un tomate. —¡Lo siento, lo siento! —A toda prisa fue hasta la puerta. ¿Qué le pasaba, era tonta? Le habían dicho que se largara y

ella soñando. De repente sonrió mientras las puertas se abrían automáticamente. Lo había conseguido.

—¿Cómo que una discoteca? —gritó su madre escandalizada.

—Mamá, pagan muy bien y necesitamos el dinero. Solo será un tiempo mientras te recuperas y pagamos las deudas —dijo sacando un vestido negro que le había regalado su prima en su último cumpleaños. Ni lo había estrenado. Se lo puso delante mirándose al espejo que tenía colgado en la pared.

—Pero hija…

—¿Crees que es demasiado? Fibi es algo exagerada. Me lo pondré con la cazadora vaquera.

—Trabajar de noche es peligroso.

—Mamá llevo un año trabajando de noche.

—¡Pero en unas oficinas! A las discotecas va gente de mal vivir.

—Mamá…

—Alcohol, drogas… —Su madre estaba escandalizada. —Me ha costado mucho criarte para que ahora te pierdas entre esa gente.

—Yo voy a servir copas y a casa, mamá. No voy a beber, no voy a tomar drogas que por otro lado si quisiera tomarlas solo tengo que ir a la esquina y pedírselas a Leroy —dijo divertida.

—Muy graciosa.

Dejó caer el vestido sobre su cama y sonriendo la abrazó. —Iré a trabajar para ganar dinero y si va bien puede hasta que ahorremos.

—¿Tanto te pagan?

Parpadeo. —Pues la verdad es que no me lo han dicho, pero Molly…

—¿Molly? —Ahora sí que la encerraba en casa. —¿La prostituta que va contigo a clases? ¿Esa Molly?

—Esa.

—Anda, anda vete a limpiar las oficinas que la tenemos…

—¡Mamá! ¡Ya no tengo tiempo para estudiar con los dos trabajos y las clases! ¡Necesitamos el dinero y voy a ir! —Cogió el vestido y decidida fue hasta el baño.

—Pero hija…

En la puerta se volvió. —No va a pasar nada, ya soy mayorcita.

Emily apretó los labios mirándola preocupada con sus mismos ojos azules. —Prométeme que no te meterás en líos y si ves cosas raras te irás de inmediato.

—Mamá, es un local de lujo en el centro. ¿Qué cosas raras pueden pasar?

Capítulo 2

Mirando el minivestido de colores que tenía que llevar se quedó helada. Lo cogió del perchero. Con aquella tela tan ligera se le iba a notar que no llevaba sujetador.

—Hoy toca circo —dijo el ayudante del encargado que para su sorpresa parecía uno de esos trajeados que trabajaban en Wall Street. Y encima era guapísimo con ese pelo castaño repeinado hacia atrás y esa sonrisa picarona—. Así que date prisa que la maquilladora aún tiene que darte un repaso —dijo como si tuviera prisa indicándole que entrara en el vestuario.

Ella le siguió. —¿Maquilladora?

En ese momento salió del vestuario una chica que parecía una modelo de Vogue y asombrada se giró para seguirla con la mirada. No tenía uno de sus rizos fuera de su sitio y la mitad de su cara estaba pintada con rombos de colores como los del vestido que

por cierto parecía estar hecho para ella. Menudas piernas. ¿Todas eran así? Porque ella parecería un tapón a su lado.

—Los vestuarios están ahí —dijo mirando su reloj—. Tienes media hora. Al principio está algo flojo pero la cosa se anima a las doce. Que Deborah se encargue de ti esta noche —dijo antes de alejarse para empezar a subir las escaleras.

—¿Deborah?

El tío no le hizo ni caso y corrió escaleras arriba tras él. —Perdone, no he firmado el contrato. Necesito seguro médico, ¿sabe? ¿No tenemos seguro médico? —Al llegar arriba no le vio en el pasillo. ¿Dónde se había metido? Caminó varios pasos y vio que el despacho donde le había encontrado cuando había llegado estaba cerrado. —¿Señor? —Giró el pomo y sí, estaba cerrado. —Mierda. —Se volvió y casi se choca con alguien. Al levantar la vista se le cortó el aliento al ver los ojos verdes más hermosos que había visto jamás. —Lo siento —balbuceó dando un paso atrás mientras él fruncía el ceño mirándola de arriba abajo. Dios, ese sí que era todo un hombre. Debía medir uno noventa y era del tipo que no le tenía miedo al gimnasio. Y los morenos siempre habían sido su debilidad. Puede que muchas consideraran que Peter era más guapo, pero para ella tenía un atractivo que le ponía el estómago del revés. Y como le

sentaba el traje, ni se quería imaginar cómo era lo que había debajo. Volvió a mirar sus ojos sonrojándose porque se le había quedado mirando. —No le había visto.

—Llegas tarde.

Le dio un vuelco al corazón. Era la misma voz, él la había contratado. No quería que se llevara una mala impresión de ella, así que dijo rápidamente —He llegado a tiempo, pero ese Peter me ha hecho esperar bastante y después me ha preguntado qué quería. Me ha hecho mil preguntas de mi experiencia y…

—Jefe…

Este se volvió. Por el pasillo llegaba un tipo con pinta de matón y se acercó a él a toda prisa. —Me faltan dos para la zona vip. Tienen la gripe primaveral esa que no deja de darnos la lata.

—Soluciónalo —siseó—. Los clientes tienen que sentirse seguros para divertirse.

—Llamaré a Carl.

Le fulminó con la mirada. —Ya tenías que haberlo hecho. —Se volvió para mirarla y levantó una de sus cejas negras. —¿Estás aquí todavía?

—Oh… —Soltó una risita. —Pues sí porque… —¿Y ahora qué decía? ¿Que la había dejado tan impresionada que ni había podido moverse? ¡Piensa Ivi! —¡Quería darle las gracias!

Él chasqueó la lengua pasando a su lado para ir hacia las puertas que se abrieron en ese momento a su paso. —¡Gracias! —exclamó entusiasmada. ¡Iba a trabajar con ese hombre! Le había tocado la lotería discotequera—. ¡No le fallaré!

Douglas se giró para mirarla a los ojos y su corazón dio un brinco. —Esta puerta se cierra en veinte minutos y la llave de acceso solo la tenemos Peter y yo. Tú verás si estás a ese lado o a este lado.

—Oh… —Abrió los ojos como platos. —¡Oh…! —Salió corriendo hacia las escaleras.

Llegó al vestuario en tiempo récord a pesar de los tacones que se había puesto. Buen método para que nadie llegara tarde. En cuanto abrió la puerta se detuvo en seco porque no había nadie. —¡No, no! —Corrió hasta las taquillas y vio que varias estaban abiertas. Metió sus cosas dentro y se quitó el vestido sin pensar mucho más en lo que se ponía y fue hasta la zona de maquillaje. —¿Hola? ¡Estoy aquí! —Con el corazón a mil se dijo que no podía perder ese trabajo. Gimió mirando todo aquel maquillaje y

recordando el que llevaba aquella chica se sentó en la silla. —Vamos allá.

Cuando las puertas se abrieron a su paso suspiró del alivio. Sudaba y todo. Esperaba que el maquillaje no se le corriera en churretones por toda la cara. Al ver el local dejó caer la mandíbula del asombro porque la bola de nieve había desaparecido y en su lugar había en el techo lo que parecía una carpa de circo del que caían trapecios y un tío estaba practicando sobre una cuerda con lo que parecía una bicicleta en miniatura. Sí que se lo curraban. Hablando de currar… Miró a su alrededor y ahora que las luces de los laterales estaban encendidas vio las seis barras que rodeaban la pista de circo. Corrió hacia una de ellas sin ver como el grupo de hombres que estaban al lado del disc-jockey se volvían para mirarla y preguntó a la chica —¿Deborah?

Señaló con el dedo hacia arriba e Ivi levantó la vista para ver que había un segundo piso. Leche, aquello era enorme. —¿Las escaleras?

Su compañera sonrió divertida. —A tu derecha.

—Gracias. —Echó a correr. —¡Soy Ivi!

—¡Marcia!

—¡Un placer! —Llegó a las escaleras y pensó que debía estar muy bien de forma para subirlas tan aprisa después de no haber pegado casi ojo en dos días. Y lo que le quedaba porque esa noche tampoco iba a dormir. Cuando llegó a la barra respirando agitadamente vio a una morena guapísima que colocaba unos vasos. —¿Deborah?

Esta puso una mano en la cintura. —Chica, vas con la lengua fuera. Eso sin hablar de la teta.

—¿Qué? —Se miró el pecho y chilló de la sorpresa al ver que casi tenía un pecho fuera y que se le veía un pezón. Se tapó como pudo mirando a su alrededor. —¿Crees que me ha visto alguien?

Su compañera se echó a reír. —Ni idea.

Negó con la cabeza porque eso no podía ser. —No, seguro que no porque Marcia no me ha dicho nada.

—Entonces es que no porque Marcia es muy maja. No como otras —dijo mirando con rencor a la barra de abajo que había justo en frente—. Cuidado con esa. Martha es una zorra de cuidado.

Rodeó la barra a toda prisa acercándose, mejor no meterse en sus líos. —Tengo que pedirte un favor.

—Dime.

—No sé mucho de cócteles. Lo que he leído de camino aquí.

—Tranquila, que aquí es zona vip y solo piden champán, whisky y algún cóctel, pero de eso me encargo yo.

—¿Los vips? —preguntó nerviosa—. No puedo fallar, ¿sabes? Necesito este trabajo.

—No te preocupes, que siempre nos dan unos días para rodar. A no ser que la cagues muchísimo no te echarán.

—Qué alivio. Hoy es jueves, supongo que no habrá mucha gente.

Deborah la miró divertida. —Esto es Nueva York, chica. La ciudad que nunca duerme.

Ella sí que no había dormido. —Podré con ello —dijo convencida.

—Claro que sí. Además te han dado un puesto estupendo. Aquí las propinas son mucho mejores que ahí abajo. —Se acercó y le susurró al oído —No es como en otros sitios. Aquí lo que ganas es para ti. No repartimos entre todas.

—¿De veras? —Sus ojos brillaron. —¿Por qué?

—Para que te esfuerces, cielo. Para que te esfuerces… La política del jefe es premiar nuestro esfuerzo. Así ha convertido este cuchitril en la mejor discoteca de Manhattan.

Como colocaba los vasos Ivi se puso a hacer lo mismo. —¿Cuchitril?

—Esto antes era un teatro que se caía a pedazos. El señor McKeown estaba pelado después de comprar el local y lo reformó él mismo con su primo y unos amigos.

—Vaya, es admirable.

—Sí que lo es. Durante dos años todo lo reinvertía en el local teniendo nuevas ideas e incorporándolas para no aburrir a la clientela.

—¿Llevas mucho aquí?

—Casi dos años. Mi primo me consiguió el trabajo y hasta que estos pies aguanten no lo cambio por nada. No ganaría lo mismo en ningún sitio.

Sonrió porque ella estaba contenta.

—Y no te dejes envenenar por las malas lenguas. Mucha envidia es lo que hay. El jefe es el mejor. Pero ojo porque tiene muy

mala leche cuando se enfada.

—Ah, que está por aquí.

—Claro, controla todo el tiempo. Ya sea en el local, ya sea en su despacho. —Señaló en frente donde había un cristal. —La llamamos la pecera. Él nos ve aunque nosotros no podemos verle. Además hay cámaras por toda la discoteca y tiene monitores en su despacho. Si te llama allí ponte a temblar porque es que está cabreado y quiere pegarte gritos a gusto porque está insonorizado. De allí a la calle. No se ha salvado ni uno.

—Bien.

—Mírale, ahí le tienes —dijo mirando hacia abajo—. Va hacia el ascensor.

Cuando vio pasar a Douglas se quedó sin aliento. —¿Él es el jefe? Pensaba que era un encargado o algo así. Y que Peter era su ayudante.

—El jefe supremo. Su primo Peter es el encargado, aunque hace más de relaciones públicas, le va más ese rollo —dijo como si estuviera molesta—. Es su prima Cecilia quien se encarga de las compras y eso.

—Así que trabaja con la familia —dijo sin quitarle ojo a Douglas que entraba en el ascensor de cristal.

—Sí, y le adoran.

Él miró hacia ellas y sus ojos se encontraron. Avergonzada apartó la vista y balbuceó intentando disimular —Es joven para haber conseguido todo esto.

—Treinta y cuatro años cumplió en junio. Menuda fiesta se hizo. Y no se va a quedar aquí, ¿sabes? Está en tratos para comprar un hotel en el centro. —En ese momento empezó a sonar la música y Deborah sonrió. —¿Lista? ¡Empieza la fiesta!

Sirvió otra botella de champán en la mesa seis y le guiñó un ojo a uno de los cantantes de moda que se echó a reír tendiéndole un billete de cincuenta pavos. —Que la botella me la carguen en cuenta.

—Gracias. —Sonrió radiante regresando a su puesto. Metió el dinero en el vaso que tenía escondido bajo la barra y Deborah le guiñó el ojo metiendo la suya en el vaso del otro extremo de la barra para no confundirse. Se encontraron en el centro. —Me han pedido

una cita —dijo Deborah emocionada. Hizo un gesto con la cabeza y disimuladamente vio que era Matt Curtis. Un actor de uno de los culebrones de la tele. Las del barrio no dejaban de hablar de él.

—Pues pídele un autógrafo para mi madre.

—Anda ya.

—Ivi.

Se volvió y perdió la sonrisa al ver a Douglas al otro lado de la barra. Mierda, ya la había fastidiado. —¿Si?

Le hizo un gesto con la cabeza para que fuera al final de la barra y lo hizo mientras Deborah les miraba de reojo. Él se acercó lo suficiente como para oler su colonia y pensó que se moría de la impresión antes de mirar sus ojos. —¿Si?

—No llevas sujetador.

Se puso como un tomate. —Es que no llevaba y…

—Esto no es un bar de carretera, ¿me oyes? Este es un local con clase.

Quería morirse de la vergüenza. —Lo siento.

La fulminó con la mirada. —Que no vuelva a pasar.

—No, claro que no.

Cuando regresó con Deborah esta le preguntó —¿Qué pasa?

—No llevo sujetador.

—¿Y? —Frunció el ceño por su pregunta. —Como la mitad de las camareras que hay aquí. —Miró su pecho. —Aunque las tuyas son algo más grandes y llaman más la atención. Tranquila, tendrá un mal día.

Al volverse le vio hablando con el actor y la miró de reojo mientras daba una palmada en su espalda. El jefe se incorporó antes de señalar la cubitera. A toda prisa cogió otra botella de champán y se la acercó. —A esta invita la casa, Matt.

—Gracias amigo. —Le guiñó un ojo a Ivi que se puso como un tomate mientras abría la botella de champán. El movimiento hizo que sus pechos rebotaran y al ver que Matt no les quitaba ojo quiso que se la tragara la tierra, pero sonrió volviéndose mientras su jefe gruñía. Bueno, si los había visto moverse es porque él también había mirado y eso la hizo sonreír más ampliamente sin darse cuenta.

—Lo has hecho muy bien —dijo Deborah contando las propinas de esa noche mientras ella terminaba de limpiar su parte de la barra.

—¿De veras?

—En cuanto le cojas el punto al daiquiri serás la reina de la fiesta. —Hizo una mueca terminando de contar. —No está mal, trescientos.

—¿Trescientos? —preguntó asombrada corriendo hasta su vaso para coger las propinas. Al ver la cantidad de billetes que tenía sus ojos brillaron. —Adoro este trabajo.

Deborah riendo se acercó y cuando terminó de contar la miró con los ojos como platos. —Cuatrocientos cuarenta.

—Estupendo, me ha ganado una novata. —Sonrió. —Felicidades. Le has caído bien a Matt y ese es un cliente de primera.

Preocupada perdió algo la sonrisa. —Pero me has dado esa zona y…

—Tranquila. Un día ganas tú más y otro día lo gano yo. Somos un equipo y si mañana se sienta allí porque tus mesas estén ocupadas seré yo quien le atienda.

Suspiró del alivio porque no se lo tomara a mal. —Así que somos un equipo.

—Exacto. —Miró a su derecha donde estaba la otra zona vip. —Ellas son nuestras rivales. Y lo que tenemos que conseguir es que

vengan tres árabes que siempre se sientan allí.

—¿Árabes?

—Están forrados de pasta y dejan unas propinas impresionantes. Una vez dejó a Lisset seis mil pavos por hacerle reír.

Separó los labios de la impresión. —Seis mil…—Frunció el ceño. —¿Y si somos un equipo por qué no repartimos lo que ganamos? ¿Y si yo gano seis mil con un cliente tuyo? Eso no es justo, ¿no? ¿Tú lo has trabajado y yo me llevo la pasta?

Deborah frunció el ceño. —Pues es verdad, pero es que aquí siempre se hace así para fomentar…

—Sí, que nos entreguemos al trabajo. Pero no me parece justo. Seguiremos esforzándonos igual. —Cogió cien pavos y se los tendió. —Toma.

—No, no. Empezamos mañana.

—¿Seguro?

Sonrió y asintió. —Seguro. Venga, vamos a cambiarnos que tengo los pies molidos.

A ella le pasaba lo mismo y sin cortarse se quitó los tacones para bajar las escaleras. Los de la limpieza ya estaban realizando su trabajo y al cruzar la pista le pidió perdón a una de las chicas que

sonrió sin darle importancia. Con los zapatos en la mano miró hacia la pecera sin poder evitarlo. ¿Estaría allí todavía? No, seguro que no. Eran casi las cinco de la mañana y habían cerrado a las cuatro que fue cuando Peter había ido a recoger la recaudación, así que seguro que se había ido mientras ellas se encargaban de recoger todo para el día siguiente. Las puertas se abrieron a su paso y preguntó a Deborah —¿Y quién carga las cámaras frigoríficas?

—Revisan lo que hemos gastado y se repone por la mañana. Tranquila, que mañana por la noche tendremos de todo. Oh, por cierto, ¿qué día descansas?

Se detuvo en la escalera a los vestuarios. —Pues no me han dicho nada.

—Yo lo hago el martes. ¿Qué te parece el miércoles? Así estaré descansada para darlo todo.

—¿No tengo que hablarlo con Peter?

—Sí claro, pero no habrá problema. Le gusta que lo arreglemos entre nosotras.

—Pues el miércoles.

—Genial.

—Dios, ¿el martes estaré sola?

Empujó la puerta del vestuario donde varias se estaban cambiando. —Tranquila lo harás bien. Se nota que sabes tratar a los clientes. —Miró a las demás. —Ella es Ivi.

—Hola —respondieron varias a la vez excepto una chica que estaba sentada ante el espejo desmaquillándose y cuando apartó el algodón vio que era Martha, la camarera sobre la que le había advertido Deborah.

Fue hasta su taquilla.

—Así que eres nueva —dijo la chica que parecía modelo a la que había visto al llegar.

—Sí, y lo he conseguido. —Divertida metió el dinero en su bolso.

Varias se echaron a reír. —Sí, la primera noche es la peor. Te comen los nervios. —La chica sonrió. —Por cierto, me llamo Cora.

—¿Eres modelo?

Hizo una mueca. —Lo fui, pero me quedé embarazada y el mundo se me puso del revés. Menos mal que encontré esto. Mientras él duerme, trabajo y estudio por las tardes.

—¿Qué estudias?

—Derecho.

—Guau. Eso son palabras mayores.

—Es duro, pero lo voy sacando. —Se quitó el vestido sin ningún pudor.

Ella que no estaba acostumbrada a cambiarse ante tanta gente dio la espalda para quitarse el vestido y Deborah perdió la sonrisa al ver la cicatriz diagonal que recorría su espalda de parte a parte. —Dios, ¿qué te ha pasado?

—Deb siempre tan bocazas —dijo otra de las chicas.

Su compañera se sonrojó. —Perdona, pero…

La miró sobre su hombro. —No pasa nada. Tuve un accidente de pequeña en el colegio, con un columpio. Me llevó por delante y una de las esquinas que estaba algo afilada me cortó la espalda.

—Dios mío… —dijeron varias a la vez—. Menos mal que no te dio en la cabeza.

—Sí, menos mal —dijo poniéndose el vestido negro a toda prisa.

—Eso es de un cuchillo —dijo Martha dejándola de piedra y se volvió para mirarla—. ¿Te crees que somos tontas? Alguien te rajó la espalda.

Pálida negó con la cabeza. —No, qué va.

—Lo que digas, pero si quieres mentir mejor invéntate algo más original que eso del columpio porque no se lo cree nadie.

Frunció el ceño. —¡Te digo que no! ¡Fue un columpio!

Martha la miró fijamente antes de sonreír. —Dios mío, ¿te has tragado esa mentira? ¿Quién te la ha contado?

—Martha no es asunto tuyo —dijo Cora muy tensa—. Y si ella dice que fue así no sé por qué tienes que ponerlo en duda.

—Oye, que a mí me importa una mierda —dijo levantándose ya vestida de calle con un vestido carísimo en azul celeste. Se acercó a ella sonriendo —. Se ha caído del columpio.

—Pues eso —dijo otra de la que no sabía el nombre antes de sonreír cuando Martha salió del vestuario—. No le hagas caso.

—¿Entonces no lo recuerdas? —preguntó Deborah.

—Tía mejor deja el asunto —dijo otra.

—No, no lo recuerdo. Me lo ha dicho mi madre. Pasó cuando era pequeña. —Cogió la cazadora y el bolso queriendo salir de allí cuanto antes. —Bueno, me voy.

—Ivi…—Deborah se acercó. —No quería incomodarte.

Forzó una sonrisa. —No pasa nada. Yo no la oculto, es parte de mí.

—¿Seguro que todo va bien?

—Sí, tranquila. Te veo mañana.

—Espera. —Se volvió y cogió unas toallitas desmaquillantes. —Será mejor que te quites eso de la cara.

—Oh…—Soltó una risita. —La falta de costumbre. Gracias.

—De nada. Hasta mañana.

Caminó hasta las escaleras y se pasó las toallitas por la mejilla. Al ir hacia la puerta de atrás se preguntó porque esa tía había intentado provocarla. Había que tener mala leche. Ahora a alguna le quedaría la duda de que la habían atacado o algo así. Deborah tenía razón, no era buena gente. Mejor alejarse de ella no fuera a ser que se la liara.

Capítulo 3

A la noche siguiente tocaba sirenas. La verdad es que el vestido era monísimo con escamas plateadas y se echó a reír cuando vio la larga peluca azul que tenía que ponerse. —Es divertido.

—Cansa un poco —dijo Cora mientras la maquillaban—. En estos meses creo que me he disfrazado de todo.

Soltó una risita. —Me encanta. —Al darle la vuelta al vestido juró por lo bajo porque tenía la espalda abierta hasta la mitad. —Mierda.

Varias miraron hacia ella y se sonrojó. —¿Creéis que les molestará?

—¿Qué pasa? —preguntó la maquilladora con ironía—. ¿La nueva tiene problemas de vestuario?

—No, claro que no.

—Seguro que no se te nota mucho —dijo Cora levantándose —. Póntelo a ver cómo te queda.

Preocupada se quitó los pantalones y la camisa sin mangas que se había comprado esa mañana para tener mejor aspecto. Se quitó el sujetador mordiéndose el labio inferior porque tampoco podría ponérselo esa noche. —Vaya —dijo la maquilladora acercándose sin dejar de mirar su espalda—. Niña, eso no vas a poder disimularlo.

—A ver cómo le queda, Prue. No adelantemos los acontecimientos.

Se bajó el vestido estirándolo en la cintura. La licra marcaba todo su cuerpo y se sintió algo incómoda mirándose al espejo antes de volverse. Parte de la cicatriz era visible. —¿Y con algo de maquillaje? —preguntó Cora.

—Puedo probar.

Esperanzada se volvió hacia Prue. —¿Tú crees que puedes disimularla un poco?

—Claro, eso seguro. Déjame a mí.

Minutos después de que maquillaran su rostro y le pusieran la peluca, se puso el pelo sobre el hombro. Estaba de pie dándole la

espalda a Prue para que hiciera su milagro, cuando Martha entró en el vestuario. —¿Chapa y pintura?

—Es que tu cirujano estaba ocupado.

Varias rieron por lo bajo mientras Martha entrecerraba los ojos. —Seguro que estaría encantado de darte un repaso de arriba abajo. Le van los retos. Tú vete ahorrando que lo vas a necesitar.

Era evidente que esta quería guerra, pero no podía tener movidas en el trabajo. —Claro que sí, hermosa. En tu próxima visita dile que espere por mí sentado.

Las chicas se rieron sin cortarse mientras Martha apretaba los labios antes de ir hacia su taquilla.

—Ya está. He hecho lo que he podido. Mañana traeré un maquillaje de teatro que es mano de santo para cubrir estas cosas.

—Gracias. —Se volvió para mirarse al espejo y se le cortó el aliento porque casi ni se le notaba. Sonrió a la mujer. —Gracias, gracias.

—De nada. ¡La siguiente!

Deborah llegó en ese momento. —Mierda, llego tarde. —La miró de arriba abajo. —Estás… —Entrecerró los ojos. —¿Se te notan los pezones?

Jadeó mirándose el pecho. La tela era tan fina que sí que se le notaban, sí.

Cora le puso delante una caja de tiritas redondas. —Hala guapa. Una en cada pezón y listo.

—No fastidies.

—Es lo que hay. ¿A que ahora ya no te parece tan bien eso de disfrazarse?

—Ja, ja. —Se alejó para dejar trabajar a Prue y con cuidado se bajó la parte de arriba del vestido para ponerse las tiritas. Hizo una mueca porque disimulaba el pezón.

—Truquillos de modelo. —Cora le ayudó a ponerse el vestido sin mancharlo de maquillaje. —Ya está, perfecta.

Se volvió para mirar sus ojos azules. —Gracias.

Le guiñó un ojo. —De nada.

Una de las chicas entró en el vestuario. —¿Ivi? Peter quiere hablar contigo.

—Oh…

—Tranquila, no será nada —dijo Deborah poniéndose el vestido.

Salió del vestuario e hizo una mueca porque la chica llevaba unas sandalias doradas mientras que ella llevaba sus zapatos de tacón. —Perdona, ¿es que tienes varios zapatos para el trabajo?

—Oh, sí. Sandalias color carne, doradas y plateadas. Eso siempre pega con todo.

—¿Y estás cómoda?

—La clave es la plataforma. No son tan altas como esas que tú llevas y estilizan más la pierna.

—Tomo nota.

La chica sonrió antes de alejarse y ella se detuvo ante la puerta de Peter dando dos golpecitos.

—Adelante.

Abrió la puerta y su corazón dio un vuelco al ver a Douglas sentado tras la mesa mientras Peter estaba ante él con unos papeles en la mano. —Oh, Ivi… —Se volvió mientras Douglas se reclinaba en el sillón sin quitarle ojo.

—¿Quería verme?

—Sí, cierra la puerta.

Lo hizo de inmediato y cuando se volvió fue consciente de que no le quitaban ojo. Se dio cuenta de que habían visto su cicatriz

y a toda prisa apartó su cabello de mentira del hombro para dejarlo caer por su espalda.

Douglas se levantó. —Date la vuelta.

Gruñó por dentro y lo hizo mientras él se acercaba. Apartó su cabello y el roce en su espalda provocó que cerrara los ojos por como su piel se erizó por su contacto. —Tampoco se nota tanto. —Dejó caer su cabello. —Y con la peluca menos.

—Estoy de acuerdo. Además en la zona vip hay menos luz, nadie se dará cuenta.

—¿Cómo te ocurrió?

Empezaba a pensar que esa zorra les había ido con el cuento. Se volvió para mirarle a los ojos. —De pequeña estaba jugando demasiado cerca de un columpio y uno me llevó por delante.

La miró como si quisiera descubrir si mentía. De pronto se dio la vuelta para volver a su sitio y dijo fríamente —Vuelve al trabajo.

—Sí, señor…

—Por cierto, Ivi…—Se volvió hacia Peter. —Vuestra barra tiene uno de los dispensadores de agua roto. Tenéis el otro, así que usar ese esta noche hasta que lo reparen.

—Sí, claro. —Abrió la puerta sintiendo su mirada en su espalda y cuando cerró suspiró del alivio porque había esquivado la bala. No era tonta, era evidente que el físico era importante en ese trabajo y su cicatriz era un problema. Pero esa noche seguía teniendo trabajo. Le daba la sensación de que allí iba a tener que ir esquivando balas y que Martha iba tocarle las narices todo lo que pudiera. Al parecer a la bruja no le había caído en gracia, pero esta no sabía con quién estaba tratando.

Estaba llevando dos botellas de champán vacías a la barra cuando miró hacia la pista pensando que la música estaba altísima. El local estaba de bote en bote y dos gogós vestidas con unos trajes impresionantes que imitaban a medusas lo estaban dando todo animando al personal. Menos mal que le había tocado esa barra porque allí abajo las camareras no daban abasto. Tiró las botellas en el cubo de reciclaje y metió la propina en el vaso. Metió algunos vasos en el lavavajillas y limpió su zona mirando de reojo a Deborah que tenía un pesado de primera que no dejaba de molestarla. Su nueva amiga se acercó a ella sin perder la sonrisa con la bandeja en

la mano, aunque sus ojos mostraban que estaba que se la llevaban los demonios. —¿Te cambio la zona?

La miró sorprendida. —¿Lo harías?

—Claro, los pesados se me dan genial. Ya verás. Pero antes voy al baño. ¿Les echas un ojo a mis mesas?

—Por supuesto.

A toda prisa cogió la llave y bajó las escaleras. Pasó ante el portero de la zona vip que sonrió y esquivando a la gente fue hasta el baño que estaba al lado de la barra que tenían justo debajo. Metió la llave y se dio cuenta de que estaba abierta. Alguien se había olvidado de cerrarla. Menos mal que no había entrado ningún cliente. Después de cerrar se levantó el vestido a toda prisa y suspiró del alivio porque llevaba una hora con ganas. Se giró para coger el papel cuando vio una jeringuilla en el suelo. Se le cortó el aliento por la gota de sangre que tenía. Se incorporó y tiró de la cadena. Lavándose las manos se preguntó si tenía que informar de eso. ¿Si alguien se metía heroína el jefe no debería saberlo? Además, tirar eso allí… Preocupada salió cerrando con llave y fue hasta el hombre de seguridad que estaba ante la escalera vip. —Perdona Tommy, ¿puedes llamar al jefe? —gritó para que la oyera.

Él frunció el ceño. —¿Hay una buena razón?

Asintió y él cogió la radio que tenía en el cinturón. —Jim, la nueva tiene un problema que tiene que hablar con el jefe.

—¿De seguridad?

Este levantó una ceja —¿De seguridad?

¿Un problema de drogas era un problema de seguridad? Puede que sí. Mejor pasarse que quedarse corto. Asintió.

—Sí.

—Vamos enseguida.

Nerviosa se apretó las manos. Aquello era genial para su segundo día. Miró de reojo la puerta del baño para asegurarse de que no entraba nadie cuando vio como el ascensor descendía. Separó los labios porque no iría Douglas, ¿no? Peter era el encargado.

Cuando le vio cruzar la pista seguido de su jefe de seguridad se le cortó el aliento y cuando la cogió por el brazo sin decir una palabra para apartarla de la escalera vip sintió que se le detenía el corazón. Las arritmias que le provocaba ese hombre. Al llegar al final de la barra la fulminó con la mirada. —¿Qué pasa?

—Bueno, es que en el baño hay algo que deberían ver.

Él frunció el ceño. —¿En el baño del personal?

—Sí. —Le tendió la llave y su guardaespaldas la cogió para abrir la puerta que estaba apenas a dos metros.

Mientras el gorila echaba un vistazo Douglas se la quedó mirando. —¿Todo bien arriba?

—Sí, sí. —Sonrió. —Muy bien.

Como si le importara poco lo que respondiera miró hacia el baño del que en ese momento salía el gorila diciéndole a una camarera que fuera al de enfrente. Douglas se tensó. —¿Qué ocurre?

El hombre le susurró algo al oído y se enderezó en toda su estatura mientras su mirada se endurecía. —Revisa las imágenes. Averigua quién es. La quiero fuera de aquí esta misma noche. Y que alguien limpie esa mierda.

—Sí, jefe —dijo alejándose.

Se quedaron solos y ella se sonrojó. —Bueno, yo vuelvo al…

—Ven conmigo.

Sorprendida vio que cruzaba la pista de baile y cuando la gente cubrió su rastro chilló corriendo tras él. Suspiró del alivio

cuando le encontró ante el ascensor que se abría en ese momento. Entró tras él y nerviosa preguntó —¿He hecho algo mal?

La fulminó con la mirada. Sí, había hecho algo muy mal. Igual no tenía que haber abierto la boca. Cuando se abrió el ascensor salieron directamente a un despacho enorme y como le había dicho Deborah había cámaras que vigilaban todo el local, cajas y barras. Se apretó las manos siguiéndole hasta el enorme escritorio donde había un montón de papeles por todas partes. Decidió no sentarse mientras él lo hacía para que viera que estaba dispuesta a regresar al trabajo de inmediato. Él desde su asiento la observó durante varios segundos. —¿No tenía que haber dicho nada? —preguntó poniéndose muy nerviosa por su escrutinio.

—Sí que tenías y porque lo has hecho estás aquí. —Apoyó los codos sobre la mesa. —Quiero que vigiles a Deborah. —Separó los labios de la impresión. —He notado que no cuadran los resultados en la caja y lo que se consume de bebidas.

Genial, si parecía una tía legal. —Cree que le roba.

—O que invita sin permiso para conseguir más propinas. Si ves algo raro me lo dirás a mí directamente.

Mierda, lo que le faltaba. —¿Y eso no se ve en las cámaras?

Entrecerró aún más sus ojos verdes. —No quieres delatarla.

—Es que me ha tratado muy bien y…

—¿Y yo no te he tratado bien?

Enderezó la espalda. —Ha sido muy amable.

—Te estoy pidiendo lealtad, Ivi. No creo que sea pedir demasiado.

Apretó los labios. —Mantendré los ojos abiertos.

Él asintió. —Como le digas algo, estás despedida.

Vaya, qué bonito. —No soy tan tonta.

—Eso espero. Puedes irte y dile lo que ha pasado en el baño para justificar lo que has tardado.

Fue hasta el ascensor.

—¿Necesitas un adelanto? —Sorprendida se detuvo mirándole sobre su hombro. —Dijiste que necesitabas el trabajo. Supongo que tienes deudas.

—Sí, pero de momento me las apaño.

—¿Cuánto? —preguntó él cogiendo su chequera.

Se le cortó el aliento. —No es necesario, de verdad.

La miró fríamente. —Te he preguntado cuánto. ¿Cuánto debes?

—Treinta mil. Mi madre se quedó sin seguro médico y tuvo un accidente. Por cierto, no he firmado nada y no sé si tengo seguro médico.

Rellenó el cheque. —Hablaré con Peter para averiguar lo que ha pasado. —Arrancó el cheque y se lo tendió. —Te iré descontando quinientos cada semana.

Eso le garantizaba el trabajo durante bastante tiempo. Impresionada por su confianza alargó la mano. —Gracias.

—Ahora vuelve al trabajo.

—Sí, sí, claro. —Volvió al ascensor sintiendo su mirada y se mordió el labio inferior entrando en él y pulsando el botón del bajo. Sus ojos se encontraron y le dio un vuelco al corazón, pero intentó disimularlo agachando la mirada.

Cuando se cerraron las puertas dobló el cheque y se lo metió en el zapato sabiendo que él desde su despacho lo veía todo. Disimulando una sonrisa se enderezó y se pasó las manos por las caderas como si estirara su vestido antes de mirarse al espejo y apartar un mechón de su peluca a su espalda. Se volvió para mirarse

y asintió colocándose ante la puerta de cristal que se abrió en ese momento.

Llegó a la barra y Deborah frunció el ceño. —¿Qué ha pasado? ¿Eras tú la del ascensor?

Vaya, no se perdía una. —Ha habido un problema en el baño —susurró sabiéndose observada—. Una jeringuilla manchada de sangre.

La miró asombrada. —No fastidies.

—He tenido que informar—La advirtió con la mirada. —No digas nada. No quieren que se sepa.

—Vale. —Hizo una mueca. —Al que haya sido se le va a caer el pelo.

—El jefe ha pedido que le echen.

—Claro que sí, no puede consentir algo así en su local.

Ivi miró hacia el pesado que aún seguía allí y levantaba la mano para pedir otra copa. —Voy yo.

—Gracias maja.

Se acercó a él con una sonrisa en los labios. —¿Quiere otro whisky?

La miró de arriba abajo y sus ojos se detuvieron en sus pechos. —Tú eres nueva. ¿Cómo te llamas, palomita?

—Ivi, señor. —Se agachó y cogió su vaso. —Enseguida se lo traigo.

—Tú puedes traerme lo que quieras.

Se volvió y cuando llegó a la barra cogió una botella de whisky sin abrir, una cubitera de cristal y un vaso. ¿Lo que quisiera? Pues ahí tenía una botella de más de mil pavos. Sin perder la sonrisa regresó y se la puso delante. —Esta maravilla tiene más de veinte años. —Le echó el hielo y le sirvió una buena cantidad. —Espero que pase una buena noche, señor.

Iba a volverse cuando él la cogió de la mano deteniéndola. Se tensó mirando sus ojos negros. —Carrington. Me llamo George Carrington.

—Mucho gusto.

—¿Quieres que quedemos a la salida?

—Me espera mi novio.

Él miró la mano que aún retenía. —Eres una muñequita preciosa.

Se apartó de él intentando no ser demasiado borde y forzó una sonrisa. —Gracias. Si me disculpa tengo trabajo.

—Cóbrame.

—Son mil doscientos dólares, señor.

Él sacó la cartera sin dejar de mirarla a los ojos y dejó sobre la mesa un montón de billetes. —Quédate con la vuelta.

Cogió los billetes y los contó sin cortarse. Asombrada le miró porque había más de quinientos de propina. —Pero… —Él sonrió llevándose el vaso a los labios. —Gracias, señor Carrington —dijo antes de volverse e ir hacia su compañera con los ojos como platos.

—¿Qué? ¿Qué te ha dicho? ¿Ha protestado por la botella que le has endilgado?

—Qué va. Y nos ha dado quinientos de propina.

—Vaya. ¿Y no te ha dicho nada?

—Que quedáramos a la salida, pero no ha sido grosero ni nada por el estilo.

—Es que a mí me provoca porque sabe que entro al trapo —dijo exasperada—. Ya son muchos meses aguantándole.

—¿De veras?

—Oh, sí —dijo cogiendo una botella de vodka—. Viene un par de veces a la semana. Está forrado, es el dueño de una cadena de hamburgueserías.

Le miró de reojo y él sonrió levantando su vaso comiéndosela con los ojos. —Al parecer ha cambiado su objetivo —dijo su amiga —. Te acompaño en el sentimiento.

—A mí mientras no se pase demasiado. —Se encogió de hombros como si le diera igual.

—Gracias chata.

Capítulo 4

Durante toda la noche siguió a Deborah con la mirada, pero no veía nada raro. Es más cuando invitaba era porque Peter se pasaba por allí y daba coba a alguno de los vips. Pero ella nunca lo hacía por iniciativa propia. Cuando Peter pidió otra botella de champán para la cuatro sin darse cuenta miró hacia la pecera. No sabía si estaba allí, pero esperaba que estuviera viendo aquello porque según había calculado ya llevaba más de cuatro mil en invitaciones y si hacía eso todas las noches era una auténtica fortuna. No le extrañaba que faltaran suministros. Las risas del grupo donde se encontraba en ese momento la hicieron mirar hacia allí para verle hablándole al oído a una modelo que acompañaba a un grupo de música que estaba despuntando. El tío no se cortaba, aunque la verdad es que a ellos no parecía importarles. Cuando vio que cogía su mano y se dirigían a las escaleras alucinó, la verdad.

Estaba trabajando. Menuda cara tenía ese tío. Miró hacia la pecera de nuevo y siguió trabajando mientras escuchaba a Deborah refunfuñar mientras cortaba un limón a su lado. —Te has acostado con él, ¿no? —preguntó a su amiga.

—Hace un año nos enrollamos durante unas semanas y una noche sin discutir ni nada hizo lo mismo que ha hecho ahora, así que me di por aludida.

Vio en su cara que estaba muy dolida. —Lo siento.

—Bah, son cosas que pasan. No se puede decir que no estaba advertida. Lo he visto antes, pero creí que yo era especial. —Cogió la bandeja cargada de copas. —Lo que me revienta es que no puedo resistirme a él y lo sabe.

La miró asombrada. —¿Sigues acostándote con él?

—Qué puedo decir, soy débil. —Se volvió para salir de la barra dejándola de piedra. Mucho debía gustarle para aguantar eso.

Un cliente la distrajo y cuando iba hacia allí varias chicas subieron las escaleras corriendo y gritando como locas. Jim las seguía, pero no podía con todas. Protegiendo a sus clientes se puso en medio. —¡No podéis pasar! —Una chica morena la empujó intentando apartarla, pero ni corta ni perezosa la cogió por el cabello

antes de que llegara a la mesa tirándola sobre las otras que cayeron al suelo. En ese momento tres de seguridad las rodearon y la chica a la que había tirado la miró con odio. —Te vas a acordar de mí, zorra.

—Sí, guapa. Anda vete a tomar el aire, que lo que te has tomado te ha sentado fatal.

Demostrándole que no le tenía miedo se volvió dándole la espalda y los chicos de seguridad sonrieron. —¿Señoritas? La calle les espera. Quedan vetadas en el Mistero.

—Para lo que me importa. ¡Este local es una mierda! —gritó la morena—. ¡Espera que te pille, guarra! ¡Te veo fuera!

Bufó yendo hasta el cliente que sonrió antes de pedirle una ronda de chupitos para todos. Al pasar hacia la barra el señor Carrington le hizo una seña para que se acercara. Estaba muy tenso. —¿Estás bien?

—Sí, no es nada. Gajes del oficio. —Miró su botella de whisky de la que solo había tomado una copa. —¿Le traigo más hielo?

Él asintió mirándola fijamente e Ivi cogió la cubitera. Deborah sonrió. —Chica, que bien te defiendes.

—El barrio, ya sabes. Si tenías miedo estabas perdido.

—Yo paso de meterme. Isobel que ya no está aquí, se metió en medio una vez y le rajaron el brazo con el cristal de una botella. Fue ahí abajo, pero da igual. Paso de movidas. Que se arreglen ellos y los de seguridad.

—Hay que sobrevivir, ¿no?

—Exacto. —Cerró la caja y dejó la propina en el vaso. —Esta noche nos va genial —dijo encantada.

—Y lo que queda porque son las dos…

Al terminar tenía los pies molidos. Tenía que buscar unos zapatos más cómodos para trabajar. En el vestuario discretamente sacó el cheque del zapato y lo guardó en la cartera con las propinas antes de desmaquillarse. Deborah desmaquilló su espalda para que no manchara la ropa. —Gracias.

—De nada —dijo algo tensa.

—¿Qué pasa?

En ese momento salió la última de las chicas quedándose solas y Deborah se cruzó de brazos. —¿Me estás robando? He visto como has sacado algo del zapato.

Se sonrojó con fuerza. —No es lo que piensas.

Levantó una de sus cejas. —¿No? Mira a mí me gustan las cosas claras. Paso de estar vigilándote si me robas propinas. Mejor volvemos al sistema de siempre que ya no me fío.

Suspiró levantándose y sacó el cheque. —El señor McKeown me ha dado un adelanto para pagar una deuda.

Asombrada le quitó el cheque. —Nunca presta dinero.

Se sonrojó ligeramente. —¿No?

Entrecerró los ojos mirándola. —¿Eres su amiguita o algo así?

—¡No, qué va!

—Pues no lo entiendo. No presta dinero ni a su primo.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo dijo Peter. Quería comprarse un clásico de segunda mano y no tenía efectivo. Douglas no le dio el dinero. Le dijo que hubiera ahorrado, que su sueldo era más que decente.

—Pues tiene razón. —Cogió el cheque entre sus manos y lo volvió a meter en la cartera. —No digas nada, por favor.

—Tranquila, yo como una tumba. —Recogió sus cosas. —Vámonos que somos las últimas.

—Sí, claro. —De la que subían las escaleras bostezó. —Que ganas de pillar la cama.

—Y que lo digas —dijo pensativa.

Mierda, no tenía que haberle enseñado el cheque. —Deborah, ¿todo bien?

—Sí, claro.

Iban hacia el pasillo cuando alguien salió del despacho de Peter y miraron hacia allí para ver que era él. —Oh, todavía estás aquí. Perfecto. Ven a firmar tu contrato. Ya ha llegado.

—Te veo mañana.

Deborah asintió observándola ir hacia el despacho y al pasar Peter cerró la puerta. Él sonrió. —Perdona por no tenerlo ayer, pero no sabía que llegabas a trabajar aquí hasta que te conocí, así que no estaban preparados.

—No pasa nada —dijo acercándose a la mesa.

Él rodeó su escritorio y cogió unos papeles tendiéndoselos. —Revisa tus datos y firma en la línea de puntos.

Lo leyó lo más aprisa que pudo y separó los labios de la impresión porque era más del sueldo que Molly le había dicho,

seguramente porque trabajaba en la zona vip. Sin pensárselo mucho cogió un bolígrafo del cubitero y firmó a toda prisa las tres hojas.

—Perfecto —dijo Peter cogiendo dos de ellas—. Nuestra aseguradora se pondrá en contacto contigo mañana para darte los datos y esas cosas.

—Entendido.

—Estoy impresionado, estás haciendo muy buen trabajo. La caja de la zona vip ha aumentado mucho en estos dos días.

Se sonrojó de gusto y en ese momento se abrió la puerta dando paso al mismísimo jefe que entrecerró los ojos al verles. —¿Todo bien?

—Sí, primo. Todo en orden.

—Peter ve a revisar que las cajas que acaban de llegar de Escocia sean el whisky que pedí. Las están descargando en el callejón. No podían haber llegado en peor hora.

—Por supuesto, jefe. —Salió a toda prisa.

Incómoda dobló el papel de su contrato para meterlo en el bolso. —Bueno, yo me voy.

—¿Has visto algo raro?

Era de ir al grano. Suspiró elevando la vista hasta sus ojos y susurró —Igual al que debería controlar es a su primo. Cuatro mil pavos se ha gastado esta noche en las invitaciones.

—Hace de relaciones públicas del local. Es normal invitar.

Asombrada dio un paso hacia él. —¿Cuatro mil pavos cada noche?

—Igual hoy se ha excedido un poco, pero es un grupo que se hará muy famoso y nos traerá mucha clientela.

Separó los labios de la impresión porque sabía que había gastado las botellas en el grupo. —Lo ha visto todo a través de las cámaras, ¿verdad? —Él levantó una ceja. —¿Entonces para qué me mete en esto?

—Porque hay cosas que no veo y una de ellas es como me sisa Deborah. Averígualo.

—Pues no he visto nada raro. ¿Lo del baño está solucionado?

—Por supuesto. Y ya está despedida.

—¿Ha cantado? —preguntó sorprendida.

—Claro que no, pero solo entraron dos camareras antes que tú, Cora y Martha.

—Apuesto que fue Martha. Tiene muy mala leche, seguro que es por las drogas que se mete.

—Ha sido Cora.

Jadeó llevándose una mano al pecho. —Qué mentira.

—¿Perdón?

—Que no puede ser, leche —dijo sin darse cuenta de con quien hablaba—. Cora es una tía legal.

—¿No me digas? Pues Martha se hizo análisis para el seguro médico hace una semana y estaba limpia.

—¿Y has echado a Cora por eso?

Él levantó una ceja porque le había tuteado. —O es Cora o eres tú.

Ah, que no la reprendía por las confianzas, genial. —No, yo no soy. Jamás me he metido nada, ni un porro me he fumado.

—Pues eso.

—Pues no me lo creo, Cora no ha sido. Tiene un hijo no puedes echarla.

—Ese tema ya está zanjado.

—Te digo que no ha sido ella. —Entrecerró los ojos. —Seguro que Martha entró después de Cora, ¿a que sí? —Él frunció el ceño.

—Lo ha hecho a propósito para que la echaran. Además, mira los vestidos que llevamos. ¿Dónde iba a meter Cora la jeringuilla? Seguro que Martha la tenía escondida detrás de la barra y cuando la vio ir al baño le tendió la emboscada sabiendo que quien viniera detrás daría la voz de alarma. Cuando la mira se nota que le tiene una envidia que no puede con ella. Ha sido una trampa de manual y… —Entonces sus preciosos ojos brillaron al recordar algo. —¿Por qué Martha fue a ese baño cuando tiene uno a su lado de la pista de baile?

Douglas se tensó. —Sí, ¿por qué?

—¡Ja! —dijo señalándole con el dedo. Él lo miró y al darse cuenta de lo que estaba haciendo se puso como un tomate. —Bueno, yo me largo.

—Te acompaño hasta el taxi.

—No, si no es necesario.

—Esta noche te han amenazado. Te acompaño hasta el taxi —dijo sin más que rechistar.

Le miró de reojo mientras iban hasta las puertas de atrás. —Es que voy en metro.

Eso lo detuvo en seco. —¿Qué has dicho?

—Tengo que ahorrar.

Él la miró como si quisiera soltarle cuatro gritos. —Llevas mucha pasta encima —siseó.

—Pero eso no lo sabe nadie —dijo por lo bajo.

—Tomarás un taxi.

—Será una pasta hasta Brooklyn.

—Me da igual.

—Pues a mí no. ¡Pero si está amaneciendo!

—Cogerás un taxi —dijo entre dientes.

—Pues lo pagarás tú, ya que invitas tanto.

Él puso los ojos en blanco y la cogió del brazo yendo hacia la puerta donde estaba uno de sus gorilas. —Tommy pide un taxi.

—Enseguida jefe.

Douglas la escuchó gruñir de la que salían para dejar pasar a un tío con un carrito. Había un camión y Peter entrecerró los ojos al verles juntos. —Este trabajo puede ser peligroso —dijo por lo bajo.

—Sé cuidarme solita, jefe.

—¿De veras? —preguntó mirando al final de la calle.

Asombrada vio que en la esquina estaba la morena con dos tías más. La estaban esperando. —¿Está loca?

—Nunca subestimes a una fan.

—Increíble.

Iba a caminar hacia ella, pero Douglas la detuvo. —¿Qué coño haces?

—Hablar con ella.

—Tú sí que estás loca.

En ese momento el taxi entró en el callejón. —Súbete al coche.

—Pero…

—¡Ahora! —Como no se movía tiró de su brazo hasta el coche y abrió la puerta casi metiéndola a rastras. Douglas cerró de un portazo y se acercó a la ventanilla. —Llévela a su casa. —Sacó un billete de cien dólares y se lo dio.

—Entendido jefe.

—Increíble —murmuró molesta cruzándose de brazos haciendo que los dos la miraran.

—Y no la deje a mitad de camino. A su casa, ¿me ha entendido?

—Claro, jefe. Se nota que es rebelde, yo controlo.

Jadeó indignada y Douglas asintió alejándose hacia Peter y Tommy para decirles algo. El coche salió marcha atrás y cuando pasaron ante la morena esta le hizo un gesto en el cuello como si le dijera que estaba muerta. Le sacó el dedo del medio con una sonrisa en el rostro y esta gritó de la rabia a punto de tirarse al taxi, pero sus amigas la retuvieron. El taxista rio por lo bajo girando el volante.
—Provocadora.

—Provocadora ella —dijo molesta—. Mierda, lo hubiera liquidado en un momento

Él aceleró. —Creo que el jefe es quien lo va a liquidar.

Se volvió para ver que Douglas, Tommy y Peter se habían acercado a ellas y no con buena cara precisamente. Algo en su pecho se calentó. Jamás la había defendido nadie excepto su madre y sin poder evitarlo se lo comió con los ojos mientras se alejaban.

Al día siguiente en el vestuario no se hablaba de otra cosa que de la jeringuilla. Al parecer se había enterado todo el mundo y miró a Deborah de reojo que no dejaba de dar su opinión al

respecto. Temió que ella se hubiera ido de la lengua, pero para su alivio Marcia dijo que Cora había llamado a Daisy con un disgusto enorme para decirle por qué la habían echado a mitad de la noche y le había contado su versión. Nadie creía que hubiera sido Cora. Y de repente la aludida entró por la puerta y sonrió al verla. —¡Estás aquí!

—¿Lo sabéis todo?

—Sí —dijeron todas.

—Me he librado por los pelos. Como me entere de quien lo ha hecho le parto las piernas —dijo furiosa—. Casi me deja en la calle.

—¿Pero no ha sido Martha? —preguntó asombrada.

—No lo sé. Me ha llamado Peter para decir que el trabajo todavía era mío si lo quería —dijo sentándose en uno de los bancos ante su taquilla—. Por supuesto le he dicho que sí, pero que quería una explicación. Entonces me ha contado que no había pruebas contra ninguna de las dos, que el jefe lo había pensado bien después del calentón inicial y que me reincorporaba, pero que no nos van a quitar la vista de encima. Jamás han tenido una queja de mí —dijo decepcionada—. Es injusto.

—Por eso te ha devuelto el trabajo —dijo Deborah—. No te preocupes que al final esa zorra caerá.

Y hablando de la reina de Roma que por la puerta asoma… Martha con una sonrisa en el rostro entró en el vestuario como si le perteneciera, pero al ver que todas la miraban se detuvo en seco para preguntar con desprecio —¿Qué?

Cora se iba a levantar, pero Ivi la cogió por el hombro reteniéndola y dijo —Tranquila amiga, ya le llegará su hora.

—No he sido yo —dijo molesta.

—Sí, claro —dijeron todas.

—¡Chicas, daos prisa que pintar todos esos pelos en la cara me llevará tiempo! —gritó Prue haciendo que se pusieran en marcha.

El rabo de gatita le estaba dando por saco porque no hacía más que enredársele entre las piernas y cuando salieron a la pista para empezar a trabajar no se la pegó de milagro. Cindy se echó a reír agarrándola del brazo y le hizo un nudo en el rabo justo a la altura del trasero. —Solucionado.

Sonriendo dijo —Gracias.

—Es sábado. Vamos a darlo todo —dijo antes de irse hasta la barra que estaba debajo de la suya.

Algo rojo llamó su atención y levantó la vista para ver que esa noche la pista estaba decorada como si fuera una selva. Ah, que no iba de gatita, era una tigresa. Pues esperaba que lo que llevaba en la cabeza no le diera mucho calor, porque con tanto pelo iba a sudar lo que no estaba escrito y a la porra el maquillaje. Cuando las puertas se abrieron y apareció una jaula con un tigre de verdad dejó caer la mandíbula del asombro. —Este hombre está loco.

—¿Cómo has dicho?

Se sobresaltó dándose la vuelta y se puso como un tomate al verle ante ella guapísimo con un traje azul y una corbata roja. —¿Qué?

Él entrecerró los ojos. —¿Qué has dicho?

—¿Eso es seguro?

—Lucius está sordo.

—Ah… Menos mal porque la música podría volverle loco, salir de la cosa esa y matar a varios de tus clientes. Me siento mucho más tranquila. ¿Y también es ciego? Porque las luces…

—Todo está en orden.

—Has hecho esto antes, ¿no?

—Sí, y nunca ha pasado nada.

—Genial. —Dio un paso hacia él. —¿Y nunca te han denunciado los animalistas?

—Tengo todos los permisos en regla, a su domador y una pistola con sedantes.

—Así me gusta, un hombre preparado.

—Lo estoy. ¿No tienes trabajo?

Se puso como un tomate. —Pues a ello voy.

—Pues eso, vete que para eso te pago.

Toma corte. Pasó ante él para ir hacia las escaleras y al mirarle sobre su hombro vio que le miraba el trasero. Se sonrojó aún más y dijo —Es que este rabo es demasiado largo para mí y…—Dios, ¿por qué había dicho eso? Corrió escaleras arriba mientras Jim reprimía la risa.

Limpiando los vasos minutos después estiró el cuello para ver como él daba instrucciones sobre como elevar aquel bicho.

—Me pone los pelos de punta. ¿A ti no? —dijo Deborah.

—Se le ve muy espabilado. Mira como camina por la jaula.

—Un día se van a pasar y vamos a tener un disgusto. Peter se lo ha dicho mil veces, pero Douglas dice que hay que arriesgar para seguir arriba.

Viendo como elevaban la jaula se dijo que eso era cierto, pero le daba algo de pena el pobre bicho. —Se gasta muchísimo en decoración, ¿no?

—Su prima pone el grito en el cielo cada vez que se le ocurre una idea nueva. ¿Sabes cuánto cuesta ese bicho una sola noche? Cinco mil pavos.

—¿Qué dices? —preguntó pasmada.

—Casi puede comprarse uno con esa pasta. Mira a ver si ya han arreglado la manguera del agua de tu zona, ¿quieres?

Cogió la manguera y con cuidado se acercó al fregadero para pulsar el botón. El chorrito salió como debería. —Listo.

—Genial, así no nos cruzaremos tanto. Hoy va a haber mucha gente. —Se frotó las manos. —¿Lista para la batalla?

¿No nos cruzaremos tanto? Le llamó la atención esa frase, pero simplemente dijo con una sonrisa —¿Que si estoy lista? Siempre.

Capítulo 5

Madre mía, qué trajín. No paraban de pedirle cosas y ya le tenían la cabeza loca. Ni se quería imaginar lo que era trabajar abajo. Estaba haciendo unos cócteles que esperaba estar haciendo bien cuando vio que Deborah dejaba una propina en el vaso que ya estaba repleto. Le guiñó un ojo antes de coger una botella de champán con cinco copas. Ivi cogió su bandeja y al ir hacia la mesa se quedó helada al ver a su madre subiendo las escaleras. A toda prisa se acercó a ella. —Mamá, ¿qué haces aquí?

Con los ojos como platos la miró de arriba abajo. —¿Pero qué llevas puesto?

—El uniforme de hoy —siseó mirando a su alrededor—. Espérame ahí. —Su madre atónita vio cómo iba hacia la mesa y servía las copas con una sonrisa en el rostro. Uno de los chicos divertido le enseñó las garras y ella hizo un rugido haciéndoles reír

antes de coger la pasta y que le dijeran que se quedara con la vuelta. Su madre iba a decir algo cuando se acercó. —¿Qué pasa? ¿Por qué has venido?

—¡No tengo llaves! ¡Te he llamado mil veces y esperaba que me respondieras, pero ya estaba harta de estar en casa de la vecina y se iban a acostar!

—Mierda. Siempre haces lo mismo. —Agobiada porque no podía dejar su puesto ahora le dijo a Deborah —¿Puedes quedarte unos minutos sola? Mi madre se ha dejado las llaves.

—Uff…

—Lo sé, perdona. —Le rogó con la mirada.

—Date prisa.

Fue a toda prisa hacia la escalera y le dijo a su madre que la siguió —Ahora voy a quedar fatal con el encargado porque tengo que pedirle la llave.

—Pues no puedo decir que lo sienta.

Asombrada se detuvo. —Lo has hecho a propósito, ¿no? Mamá me han prestado el dinero.

—Nos daba igual deberlo al hospital que debérselo a tu jefe.

—Mira, no tengo tiempo para discutir contigo. —Se volvió acercándose a la barra para preguntarle a Cindy —¿Has visto a Peter?

—Está allí. —Señaló la barra de enfrente y juró por lo bajo porque tenía que atravesar la pista.

Su madre llamaba tanto la atención vestida de chándal con el brazo escayolado, que todos la miraban más que al tigre que estaba en el centro de la pista. A su vez su madre no dejaba de mirar al bicho con una expresión en el rostro que demostraba lo que pensaba, que todos allí habían perdido un tornillo. Como no la seguía la cogió de la muñeca tirando de ella para rodear a los que bailaban. —¿Has visto eso?

—¡Sí mamá, lo he visto! —gritó por encima de la música—. Date prisa.

Un grupo de jóvenes que pegaba saltos en la pista casi las tira sobre una de las mesas y se volvió hacia su madre cogiéndola del brazo sano. —¿Estás bien?

—Sí, sí, no ha sido nada.

Al volverse se chocó con alguien y se apartó para mirarle gimiendo por dentro al ver a Douglas. Forzó una sonrisa. —Necesito

entrar en el vestuario.

Él miró a su madre e Ivi dijo bien alto para que la oyera —Mi madre se ha olvidado la llave de nuestro apartamento.

Emily forzó una sonrisa. —Mucho gusto.

Douglas sin contestar bajó la vista hasta su brazo antes de meter la mano en el bolsillo del pantalón tendiéndole la llave. —Cierra de nuevo al volver. Tu madre se queda aquí.

—Gracias. —Se volvió hacia ella. —Mamá quédate aquí, ¿vale? ¡Vuelvo ahora!

Cuando asintió corrió lo que pudo entre la gente para llegar a la puerta. Había cuatro llaves y tuvo que probar dos antes de encontrar la que abría la cerradura. Cerró al entrar por si algún listo se le ocurría seguirla para ver lo que había allí. Al pasar ante el despacho de Peter escuchó una voz en su interior y se detuvo en seco. —Hablaremos cuando llegue a casa —dijo la voz de una mujer. —Mira, el local está lleno y tengo que hablar con Peter. ¿Quieres dejarlo? ¡Pues acuérdate de dejar la llave cuando te vayas!

A toda prisa fue hasta la escalera. ¿Quién sería? Entonces recordó que Peter tenía una hermana, igual era ella. Pero qué hacía allí un sábado por la noche. ¿No se encargaba de los suministros y

esas cosas? Bueno, no era asunto suyo. Cogió la llave a toda prisa y cerró su taquilla. Al ver que una de las taquillas estaba medio abierta empujó la puerta, pero algo le impidió cerrar. Al abrir la puerta para meter la correa del bolso que estaba colgando vio la jeringuilla envuelta en el plástico. Asombrada la sacó. Estaba con el precinto y todo. Al ver un pequeño neceser miró hacia la puerta antes de abrirlo para ver varios sobrecitos con un polvo blanco, una cuchara y un mechero. Mierda, Cindy. Entonces entrecerró los ojos. ¿Por qué en el baño solo estaba la jeringuilla? ¿Y todo lo demás? Además, ella no podía meter ese neceser en la sala sin que la vieran. De hecho esa noche lo había dejado allí. Y estaba segura de que el resto de las noches también. Se le cortó el aliento. Miró hacia la puerta del baño que había allí. ¿Y si se había chutado en ese baño antes de salir, había dejado la jeringuilla allí tirada en la papelera y Martha la había encontrado? La había cogido y le había tendido la trampa a Cora. Cerró el neceser y lo dejó todo como estaba.

Se dio toda la prisa que pudo y al subir las escaleras vio que una mujer rubia salía del despacho de Peter con los ojos llorosos. —¿Qué haces tú aquí?

—El señor McKeown me ha dejado pasar.

—Venga, a trabajar —dijo en plan déspota como si fuera la dueña.

—Perdone ¿pero usted quién es? —preguntó como si fuera tonta.

Puso la mano en la cintura. —Cecilia McKeown.

—¿La prima del jefe?

Apretó los labios. —Soy la subencargada —siseó—. ¡Mueve el trasero si mañana no quieres estar en la cola del paro, guapa!

Puede que estuviera pasando una mala racha, pero no pensaba dejar que las pagara con ella. —Le vuelvo a decir que tenía permiso para estar aquí, así que háblelo con Douglas McKeown. El jefe, que es quien da las órdenes. Ahora si me disculpa…

Jadeó indignada viéndola abrir la puerta. —¿Cierra usted? El jefe me preguntará.

—Desaparece de mi vista —dijo entre dientes.

Como no le había contestado al salir volvió a cerrar, corriendo a toda pastilla hasta donde había dejado a su madre. Al no verla estiró el cuello mirando de un sitio a otro. Deborah la iba a matar. Se acercó a la barra más cercana. —¿Has visto a una mujer con un brazo roto?

—No —respondió sin dejar de servir copas.

—Mierda. —La buscó por allí, pero había tanta gente que casi grita de la frustración. Igual la veía desde arriba. Corrió hacia las escaleras y se acercó a Jim. —¿Mi madre está arriba?

Asintió y ella suspiró del alivio. Cuando llegó arriba casi con la lengua fuera se quedó helada al verla sentada en uno de los sofás vip al lado de su jefe que tenía un whisky en la mano. Su madre cogió una copa de champán y le dio un sorbito antes de soltar una risita como si fuera una niña. Lo que le faltaba por ver. Se acercó y se puso ante ellos con los brazos en jarras. —Os estaba buscando.

—Oh, tu jefe ha sido muy amable al ofrecerme una copita. Hija no me habías dicho que tenías un jefe tan guapo.

Madre mía, que a su madre el alcohol le sentaba fatal. —Mamá con las pastillas no puedes beber.

—Uy, es verdad. Bueno, por una copita no pasa nada.

Impotente miró a Douglas que como si nada bebió de su whisky. Dejó las llaves sobre la mesa. —Me voy a trabajar.

—Eso hija, que esto está a tope.

—¡Gatita, otra ronda! —gritaron de una mesa.

Corrió hacia allí para empezar a recoger unos vasos y cuando fue hasta la barra le echó un vistazo a su madre para ver cómo se reía y para su pasmo el jefe le sonreía. Y que guapo se ponía al sonreír. Gruñó por dentro porque a ella no le sonreía nunca y a su madre sí.

Siguió trabajando y estaba tan ocupada que casi no podía ni mirarles. Una hora después se volvió con dos botellas en la mano y asombrada vio que se habían ido. Su madre ni se había despedido. Es que de verdad…

Acabaron más tarde que cualquier otro día porque los clientes no querían irse y eso que se había apagado la música a las cuatro. Pero como tenían copas y eran vip no podían echarles a patadas. Eran las cinco y media cuando terminaron de recoger y cuando bajaron las escaleras ella miró hacia la pecera. Necesitaba contarle lo de Cindy. Caminando hacia los vestuarios se mordió el labio inferior y al pasar ante la puerta del despacho de Peter vio que estaba hablando con su hermana. —¡Es un cabrón, tienes que dejarle!

Escucharon su llanto. —Es que le quiero.

—¡Pero él a ti no, joder! ¡Te deja y vuelve cuando le da la gana y todo es por la pasta que puedes proporcionarle! —Peter bajó la voz —Como se entere Douglas de lo que ha hecho le mata.

A Ivi se le cortó el aliento y Deborah la cogió por la muñeca tirando de ella. —Vamos, vamos —susurró.

—¿A qué se refería?

—El novio de Cecilia es un cabrón de primera —susurró mientras bajaban las escaleras—. Le sisa la pasta y le pone los cuernos cuando le da la gana. Douglas ya le puso las pilas una vez y casi le envía al hospital. Y lo que ha debido hacer ahora es gordo porque Peter está cabreadísimo.

—Antes cuando vine a por las llaves ella estaba llorando.

—Sí, debe ser gordísimo para que venga a desahogarse con su hermano en noche de trabajo. Ya nos enteraremos, Peter no es precisamente discreto. Esta noche como no ha ligado hemos quedado. —Apretó los labios y Deborah lo vio. —Sí, ya sé que no es lo ideal, pero qué se le va a hacer, es la leche en la cama.

—Tú estás enamorada.

Se detuvo ante la puerta del vestuario y sus ojos expresaron el dolor que sentía. —Sí, pero le tengo así o no le tengo en absoluto. Entiendo a su hermana muy bien, ¿sabes? Por un minuto a su lado todo merece la pena porque él hace vibrar mi corazón.

En ese momento salió Martha que sonrió irónica. —¿Os habéis enterado? La yonki es Cindy.

Se le cortó el aliento. —¿Cómo lo sabes?

—Tommy y Jim la acaban de echar. ¿No habéis oído los gritos? ¿Veis como yo no tenía nada que ver? —Se alejó riendo. —Pringadas.

Deborah entrecerró los ojos. —Fue Martha, estoy segura de que ella puso la jeringuilla allí.

—Eso es evidente. —Entró en el vestuario y fue a su taquilla para dejar el dinero. Se estaba quitando las sandalias nuevas que le habían machacado los pies igualmente y disimulando miró a su alrededor antes de mirar hacia arriba para ver la alarma de incendios. La leche, tenían cámaras allí por eso Douglas sabía que había sido Cindy, porque la había visto sacar sus cosas de la taquilla. Por eso sabía lo de la cicatriz. ¡La había visto en pelotas!

—¿Pasa algo? —preguntó Cora.

—No, es que he recordado que no tengo llaves. Tendré que despertar a mi madre. —Se quitó lo que llevaba en la cabeza y la malla que rodeaba su cabello dejando caer sus húmedos rizos sobre sus hombros. —Qué gusto. Me muero por una ducha.

—Y yo —dijo Deborah.

Se quitó el traje y se vistió en tiempo récord con el vestido de flores que había llevado ese día. Se puso las manoletinas y guardó los zapatos en la taquilla para el día siguiente. Sería cabrito. Le iba a dejar las cosas muy claritas. Cogió su bolso, unas toallitas desmaquillantes y salió mientras las chicas hablaban. En lugar de ir hacia la salida volvió a entrar en el local y fue hasta el ascensor de cristal. Se dio cuenta de que no tenía botón sino una especia de pantalla. Tocó la pantalla, pero esta no se iluminó. De repente se abrieron las puertas y subió en el ascensor a toda pastilla pulsando el botón para subir. Cuando las puertas se abrieron entró como un miura con ganas de pegar cuatro gritos para encontrárselo sentado en su sillón en mangas de camisa. Estaba de perfil mirando su local vacío y parecía preocupado lo que la detuvo en seco. Él miró hacia ella e Ivi se acercó. —¿Si?

Eso la hizo reaccionar—¿Si? ¿Cómo que sí? Tienes cámaras en el vestuario, ¿verdad?

Él suspiró apoyando los brazos sobre el escritorio. —Toda la ayuda es poca para defender lo que es mío.

—¡Es un delito! ¡Puedes ir a la cárcel! ¡Estás invadiendo nuestra intimidad!

—Deberías haber leído mejor tu contrato. Has firmado que te someterás a todas las medidas de seguridad que considere necesarias.

—Seguro que un juez no consideraría que vernos en pelotas es un sistema de seguridad.

Entrecerró los ojos. —Te aseguro que no he visto nada que no haya visto antes. Y tenía que controlar que no habías metido la nariz donde no debías en tu visita a los vestuarios. Y tuve razón.

Se puso como un tomate. —La taquilla estaba abierta.

—Cualquiera la hubiera cerrado, no hubiera revuelto las cosas de su compañera.

—¡Me dijiste que tuviera los ojos abiertos! —exclamó asombrada.

—Eso también podría considerarse una invasión de la intimidad de Cindy, ¿no?

Nada, que siempre tenía que ganar. —¿Y cómo has justificado su despido?

—Sencillo. He sometido las taquillas a registro.

Increíble ese hombre se pasaba las leyes por el arco del triunfo. —¡No puedes hacer eso!

—¡Cuando tengas un negocio de diez millones de dólares, me das lecciones sobre cómo llevarlo! —Eso le cerró la boca en el acto. —Además, que seas tú quien hable de la ley me da la risa.

Levantó la barbilla. —¿Y eso por qué?

Sonrió malicioso. —Nena, no es que seas una santa. Eres amiga de Molly que es bien conocida por mis hombres por como vende sus favores y se ha molestado mucho por meterte a trabajar aquí. —Se le cortó el aliento. —Quinientos la noche. ¿No era eso lo que ganabas? Tengo entendido que ser puta es ilegal.

—Yo no…

—¿No? —Cogió una hoja que tenía sobre la mesa. —Estos son tus antecedentes. Detenida por agresión y prostitución. —La miró a los ojos. —Y lo más interesante, fuiste agredida por un pandillero que te rajó la espalda de parte a parte con una navaja cuando tenías dieciséis años y huías de él.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No fue así.

—¿No? —preguntó divertido levantándose y acercándose a ella hasta quedar a unos centímetros—. No me hagas reír. —La agarró por el cabello pegándola a él y elevando su rostro. —Eres igual que yo, preciosa. Ambos sobrevivimos y tú has mejorado mucho tu posición, así que no me jodas y haz lo que te diga.

—Púdrete —siseó mientras una lágrima caía por su mejilla.

Él sonrió divertido. —Sabía que eras rebelde. Tus ojos te delatan. —La pegó más a él y a Ivi se le cortó el aliento al sentir la dureza de su cuerpo. —Como también muestran que me deseas. —Su otra mano bajó hasta su trasero y lo amasó con pasión. —¿Te gusta duro, nena? A mí también. —Atrapó su boca y entró en ella con tantas ansias que casi se desmaya de la sorpresa. Intentó protestar, pero él la sujetaba por el cabello y cuando quiso apartarse él entrelazó su lengua con la suya mareándola de tal manera que tuvo que sujetarse en sus hombros. Douglas al darse cuenta de que cedía tiró de su vestido hacia arriba metiendo las manos por dentro de sus braguitas y acarició la suave piel de su trasero haciendo que gimiera de placer. La cogió por la cintura sin dejar de besarla como si quisiera comérsela y la sentó sobre el escritorio abriendo sus piernas con movimientos bruscos que la excitaron aún más. Ni

escuchó como le arrancaba las bragas antes de sentir la caricia de su mano en su sexo. Fue como si la traspasara un rayo y gritó en su boca antes de apartarla disfrutando de sus caricias. Él sonrió. —¿Ves, nena? Somos iguales. —Entró en ella de un solo empellón haciéndola gritar de placer y sujetándola por la nuca vio como ese placer la dominaba. No la dejaba ni pensar. Era tan maravilloso que solo pudo apoyarse en el escritorio mientras él entraba en su ser una y otra vez con tal fuerza que pensaba que lo que le hacía sentir la partiría en dos. Y llegó un punto que el placer fue casi insoportable y gritó arqueando su cuello hacia atrás. Douglas besó su cuello llenándola de nuevo y todo lo que la rodeaba estalló. Fue tan intenso, tan exquisito que sintió que su alma salía de su cuerpo para unirse a la suya. Y era allí donde se quería quedar el resto de su vida.

Cuando fue consciente de lo que había pasado se encontró rodeada por sus brazos y disfrutó de su contacto. Pero su respiración se normalizó y Douglas se apartó para mirarla con una cínica sonrisa en el rostro. —Joder, nena… Vales cada centavo.

Palideció al escucharle y antes de darse cuenta él se había apartado y se subía los pantalones. —Quinientos, ¿no? —Metió la mano en el bolsillo del pantalón y tiró unos billetes sobre la mesa.

Palideció porque le estaba dejando claro que eso era un negocio y que es lo único que tendrían. El terror la recorrió. Si rechazaba ese dinero, si le decía la verdad, puede que la echara para que no confundiera las cosas. No volvería a verle y se dio cuenta en ese momento que haría lo que fuera por estar a su lado.

Como si nada se levantó y se quitó las braguitas tirándolas a la papelera antes de coger la pasta y decir —Gracias.

Vio como tensaba las mandíbulas, lo que demostraba que en el fondo no le gustaba nada que hubiera cogido su dinero. —Cariño, ¿he dañado tu orgullo? —preguntó queriendo vengarse por hacerle pasar por eso—. Esto son negocios.

Él sonrió. —Claro que sí, nena. Son negocios. —Se pasó la mano por el cabello antes de sentarse en su sillón. —¿Has averiguado algo?

¿Ahora cambiaban de tema? —Hablas de Deborah, supongo.

—Exacto.

—No, no hace nada.

—¿Cuánto os habéis sacado de propinas?

—Mil doscientos cuarenta en total.

—Joder.

—¿Es mucho? —preguntó sorprendida—. Ayer también nos sacamos por ahí.

—¿Seiscientos pavos la noche? Hay camareras que no lo consiguen ni en toda la semana.

—Nosotras somos zona vip. Ahí se mueve mucha pasta.

Él entrecerró los ojos. —¿No puso pegas a lo de unir las propinas?

¿Cómo sabía eso? —¿También tienes micros?

—He visto el vaso, nena. La cámara, ¿recuerdas?

—No, no puso pegas. Es un sistema más justo sobre todo si hay clientes habituales y los hay.

—Hablando de clientes habituales… Ten cuidado con ese que toma whisky.

Frunció el ceño. —¿El que toma whisky?

—Ese de las hamburgueserías.

—Oh, Carrington.

—Ese —siseó.

¿Estaba celoso? Sonrió. —Es mono.

—Nena, como me entere de que repartes tus favores por ahí no volverás a entrar en mi local.

—¿Tú eres la excepción? —preguntó queriendo provocarle.

—Exacto —dijo fríamente—. ¿Me has entendido?

—Claro, jefe —dijo loca de contenta porque no quería compartirla con nadie.

—¿No querías cambiar de vida? No desaproveches la oportunidad.

—No pienso desaprovecharla.

La miró fijamente como si estuviera evaluándola. —Vete, tengo trabajo.

Vaya, ¿ya estaba? Puso una mano en la cadera y él levantó una de sus cejas morenas. —Quinientos son por la noche entera.

—Pues disfruta de tu descanso.

Mierda. Se volvió y cogió su bolso del suelo para ir hacia el ascensor refunfuñando que ese hombre no hacía más que tirar el dinero.

—¿Qué has dicho?

—¿Yo? Nada. —Quiso morderse la lengua, pero no pudo. —¡Y lo del tigre fue una chorrada carísima! —dijo antes de entrar en el

ascensor.

—¡Ivi deja de fastidiar con el puñetero tigre!

Le sacó la lengua mientras se cerraban las puertas. Levantó la vista hasta la cámara y le lanzó un beso con la mano sabiendo que la veía antes de que se abrieran las puertas y caminara atravesando la pista sintiéndose como si flotara. Tenía que conseguir que la amara porque ahora estaba convencida de que era el hombre de su vida.

Capítulo 6

Era más del mediodía cuando se levantó. Bostezando fue hasta el baño y decidió darse una ducha para despejarse. Tenía que estudiar antes de ir al trabajo. Su madre entró en el baño con una taza de café en la mano cuando se enjabonaba el cabello. Gimió de gusto. —Gracias mamá.

—Ese jefe tuyo es muy mono, ¿no?

—¿Quieres pedirle una cita? —preguntó divertida queriendo escurrir el bulto.

—Muy graciosa. Me hizo muchas preguntas sobre ti.

—¿De veras? —preguntó aclarándose el cabello—. ¿Qué te preguntó?

—Que si tenías hermanos, que si yo estaba casada, que si siempre habías sido camarera… Cosas así. Parece muy interesado en

ti.

—Tiene un local muy importante y no me conoce de nada. Seguro que quería referencias. Allí las chicas van recomendadas, ¿sabes?

Emily entrecerró los ojos. —¿Crees que fue por eso?

—Claro. Está obsesionado con la seguridad. Tiene cámaras por todas partes y ya viste los que vigilan el local. Hasta tiene uno de seguridad que le sigue de un lado a otro, pero creo que solo cuando está en el trabajo. No puede dejar que la gentuza se meta en su negocio, ¿entiendes?

—Y hace muy bien. Tiene que proteger lo suyo.

—¿Qué te pareció la discoteca?

—Una locura. ¿Tenéis que disfrazaros así todas las noches?

—Sí, mamá. Se gasta mucho en decoración y esas cosas.

—¿Y no necesitará una limpiadora? Sé que no puedo ser camarera, pero limpiar sí puedo.

—Mamá, ahora gano bastante dinero para mantenernos, no necesitas trabajar.

—¡Yo no soy una mantenida! Si no trabajo allí trabajaré en otro sitio.

Cogió la toalla y se envolvió el cuerpo. —Preguntaré, ¿vale? Pero dame un par de semanas para que haya más confianza. De todas maneras, ahora no puedes trabajar.

Emily sonrió. —Gracias hija.

Sonrió y le dio un beso en la mejilla antes de coger la taza de café de su mano e ir hacia la habitación.

—Cielo, ¿y tus braguitas?

Se detuvo en seco. —¿Qué?

—No están aquí —dijo cogiendo el vestido de flores del suelo.

—Oh, me las tuve que quitar por el disfraz, mamá. Se veían. Estarán en la taquilla.

Emily la miró con desconfianza. —¿Y al vestirte no te diste cuenta de que no te las ponías?

—Es que nos apuraban con que querían cerrar —dijo como un tomate.

—¡Ivi, me estás mintiendo! —Jadeó llevándose la mano al pecho. —¡Has ligado, pendón!

Ahora sí que estaba como un tomate. —¿Yo? ¡Qué va!

—¿No te da vergüenza mentirle a tu madre?

—¡Mamá dame espacio!

Entrecerró los ojos dando un paso hacia ella. —¿Quién es? ¿Uno de seguridad?

—¡Mamá!

Dejó caer la mandíbula de la impresión. —¿Tu jefe?

Muerta de la vergüenza gritó —¡Claro que no!

—Leche. —De repente sonrió. —Hija es un cañón de hombre, felicidades. —Dio un paso hacia ella. —¿Y cómo ha ido?

—¡Mamá!

—Bien, ¿eh? Se nota que sabe lo que hace. —Soltó una risita. —Menudo hombre.

—Entre nosotros no hay nada.

—Soy una madre moderna, entiendo que os acabáis de conocer y necesitáis tiempo.

Ya se estaba montando una película con altar y todo. No podía consentirlo porque si no funcionaba, que para ser sincera era lo más probable, su madre se iba a llevar un auténtico disgusto. Y ella también, para qué negarlo. —Mamá puede que no sea su tipo.

—Se ha acostado contigo, ¿cómo no vas a ser su tipo? —dijo como si fuera tonta.

—Igual busca otra cosa para algo serio.

Emily entrecerró los ojos. —¿Cómo qué?

—Alguien con más clase, dinero, estatura… ¡Yo qué sé!

—Si vuelve a acostarse contigo es que le gustas.

—O que me tiene a mano.

—Eso también puede ser…—Se mordió el labio inferior. —Ya sé, hazle la prueba de los celos con alguien conocido.

Pensó en Carrington, pero Douglas creía que era puta y no quería que la echara a patadas. —Me ha advertido que no ligue con nadie más. —Mejor no entrar en más detalles.

—¡Eso es estupendo! ¡Te quiere en exclusiva!

—Exacto. —Ahora sí que la veía en el altar.

—Eso es como si fuerais novios.

Igual si no le pagara… —Veamos lo que ocurre, ¿vale?

El domingo vestida de hada miraba las cuatro mesas que tenía. —Esto está muerto.

Deborah se echó a reír. —Hija, disfruta del momento. Es porque los domingos está algo más flojo al principio. Comen con la

familia y cosas así. Seguramente se anima más tarde.

Puede que tuviera razón aún eran las doce. Todavía no había visto a Douglas y en ese momento pasó Peter por la barra de Martha. Él le dijo algo y ella apoyando los codos sobre la barra sonrió prometiéndole mil cosas. Deborah apretó los labios. —Esa zorra.

—No es culpa suya.

Su amiga agachó la mirada. —Lo sé. ¿Pero sabes qué? Si es tan idiota que no se da cuenta que esa quiere pillar a uno de los jefes, que se quede con ella.

—¿A uno de los jefes?

—Oh, sí. Lo intentó con Douglas, pero le salió el tiro por la culata.

Su corazón saltó en su pecho. —¿Estuvieron juntos?

—Yo no estaba todavía aquí, es lo que se dice porque ella es la más antigua. A mí me lo dijo una que estaba en aquella época y yo repito lo que me dijo. Al parecer estuvieron unos meses juntos, pero vete tú a saber, la trata tan fríamente como a nosotras porque no quiere que ninguna se confunda, no sé si me entiendes.

Se sonrojó ligeramente. —Pero tendrá que salir con alguien, es muy atractivo.

—Claro que sale con alguien.

Se le cortó el aliento. —¿Si?

—Una rubia preciosa con cara de ángel que parece que nunca ha roto un plato. La conoció aquí un día que vino con unas amigas. Es asesora financiera o algo así. Trabaja con números. Muy guapa, muy pija y muy simpática. Lo tiene todo, hermosa. Por la ropa que lleva se nota que le sobra la pasta o que el jefe la consiente que también puede ser. Lleva con ella seis meses o algo así, dentro de poco habrá campanas de boda. Seguro que hoy cena con ella. Siempre quedan los domingos. Cuando la deje en casita como a la niña buena que es vendrá a trabajar. —Miró hacia Peter. —Ese idiota, seguro que ya ha quedado con ella.

Con un nudo en la garganta miró hacia sus mesas. Salía con alguien. ¿Pero qué tonterías pensaba? Claro que salía con alguien, un hombre como él no se iba a quedar para vestir santos. Para él era una puta que se abría de piernas por quinientos la noche, nada más. Con ella nunca llegaría a nada, pero con esa chica sí, que seguro que tenía una imagen inmaculada y era una tía con clase. —¿Crees que es de los que se casan?

—¿Peter? Ese está muy cómodo como está ahora.

La miró. —No hablo de Peter.

Deborah se acercó perdiendo la sonrisa. —No, no…

—No sé de qué me hablas.

—¿Te has colgado por él?

—No digas tonterías, si solo me ha dirigido dos palabras.

—Suficiente. Cielo, no quiero ser cruel, pero…

Hizo una mueca. —Lo he pillado. Nunca se fijaría en mí.

—Yo no he dicho eso. —La cogió del brazo para que la mirara. —Pero para él somos empleadas. Desde que estoy aquí y ya son casi dos años no he visto nunca que se acerque a ninguna de las camareras. Es más, las rehúye, no quiere líos. Peter es quien trata con nosotras. ¿Crees que yo he hablado más de dos palabras con él? Ninguna lo ha hecho. Solo recibimos órdenes para no enturbiar el lugar de trabajo. Estoy segura de que no sabe que Peter y yo nos hemos liado, porque puede que si lo supiera me echara para que no hubiera conflictos en el local. Aquí todo tiene que funcionar como un reloj, porque sino conocerías su verdadero carácter y te aseguro que no es muy amable. No ha llegado hasta donde está siendo un cabeza loca. Por mucho que le gustaras no se dejaría llevar, cielo.

Puede conseguir lo que quiere sin ninguna complicación y tener otra vida fuera del local.

Sin poder evitarlo miró hacia la pecera. ¿Entonces por qué se había acostado con ella? ¿Porque era una empleada y la tenía a mano? Cuando le dio el dinero le dejó claro que aquello era un negocio y que no le importaba en absoluto. Pero también le había dado el préstamo… Se mordió el labio inferior. ¿Porque quería su fidelidad? No, ya la tenía. Tenía que dejar de darle vueltas porque si no se volvería loca.

—Eh…—Miró hacia Deborah que sonrió. —¿Quieres que te dé un consejo?

—Ya me lo has dado, que me olvide.

—No. No pienso decirte eso y más después de lo que hago con su primo. Soy una romántica y no me doy por vencida. —Se agachó y cogió su muñeca para tirar de ella.

—¿Qué haces?

—Mira, voy a contarte algo que ni se te ocurra decir por ahí, ¿vale?

Con los ojos como platos asintió. —Si quieres verle fuera del local, todos los días corre por el parque en cuanto se levanta y

después va a un gimnasio que está justo al lado de su casa.

Separó los labios. —¿A qué hora?

—Oye maja, que ya te he dicho bastante.

—Piensa, voy a tener que buscarle por todo el parque.

—Qué va, vive por Columbus Circle. Pero calcula que sobre las doce.

—¿Qué hacéis? —Se levantaron de golpe para ver a Peter con el cuello estirado sobre la barra mirando hacia ellas. —¿Qué hacéis ahí abajo?

—Estábamos mirando si la manguera del agua perdía —dijo Deborah con una sonrisa en los labios—. Pero no.

—Os llaman de la siete.

Deborah miró hacia allí y sonrió. —Genial.

Cuando se alejó, disimulando se puso a limpiar la barra que ya tenía como los chorros del oro. —Hoy está algo flojo, ¿no?

—Es domingo —dijo como si le importara un pito mirando su móvil. Para ser el encargado lo veía demasiado relajado. Este era un vago de primera.

—Igual el jefe debería hacer algo especial el domingo para atraer a la gente.

—No le des ideas…—Se alejó dejándola con la palabra en la boca y asombrada porque le importaba muy poco si había gente o no vio cómo se acercaba al grupo y les invitaba a la ronda. ¡Encima! Este tío era un manirroto. Claro, como no era su dinero.

Sus dientes rechinaron mientras Deborah regresaba. —Mira, ahí le tienes.

Volvió la cabeza como un resorte para ver como el jefe al lado de la pista miraba el local como si algo no le gustara un pelo y su corazón chilló de la alegría al verle. No se había quedado mucho con ella. Igual no iban tan en serio. Le vio hablar con Martha que señaló hacia el piso de arriba y él miró hacia allí. Se sonrojó, aunque sabía que no podía verles.

—Que viene —dijo su amiga.

—Shusss… —Le rogó con la mirada. —Por favor que no se entere nadie. Me moriría de la vergüenza y si se entera Martha…

Deborah asintió. —Tranquila, no se lo diré a nadie.

—Gracias.

Cuando llegó a la zona vip su corazón se aceleró viendo cómo se acercaba a su barra, pero ni siquiera la miró porque su objetivo era Peter al que se acercó de inmediato. Su primo sonrió en

bienvenida, pero a medida que el jefe hablaba iba perdiendo la sonrisa poco a poco.

—Hay movida —dijo Deborah por lo bajo.

—Ahora —escucharon que decía Douglas muy serio. Peter asintió yendo a las escaleras y Douglas fue tras él. En ese momento sus ojos se encontraron y le dio un vuelco al corazón, pero sin decir una palabra pasó ante ella para seguir a su primo.

—¡Te ha mirado! —dijo Deborah muy contenta por ella—. Sabe que existes, es una buena noticia.

—¿Tú crees? —preguntó sin poder evitarlo con el corazón acelerado, aunque era muy consciente de que él sabía que existía desde hacía días.

—Te miraba cabreado, pero algo es algo. —Ivi hizo una mueca. —Uy, que viene un grupo. Los árabes. Sonríe, sonríe…

No eran los árabes habituales, pero se fueron tan contentos que esa noche bajaron las escaleras locas de alegría. —Jamás había conseguido tantas propinas como desde que tú estás aquí —dijo su amiga antes de gemir—. Y no es justo.

—Sí que es justo. Muchos ya eran clientes tuyos.

—Sí, y conmigo eran más roñicas.

Se echó a reír. —Serás exagerada. —La suela de su zapato resbaló sobre la pista. Ivi cayó hacia atrás con fuerza golpeándose el trasero con el canto de una de las mesas antes de revotar y caer al suelo haciéndose daño en la rodilla. Menuda leche. Intentó recuperar el aliento.

—¿Estás bien? —Deborah se agachó a su lado preocupada.

Gimió porque la pierna se había doblado en mala posición y se apoyó en su dolorido trasero para girarse. —Sí —dijo con esfuerzo estirando la pierna—. Mierda como duele.

—¿Necesitas un médico? —preguntó la chica de la limpieza.

—No, estoy bien. —Forzó una sonrisa. —No ha sido nada.

—Lo siento, estaba fregando y…

—No es culpa tuya.

—¿Qué pasa aquí?

Douglas y Peter se acercaron corriendo y el jefe se agachó a su lado. —¿Te has hecho daño?

—No es nada, me he resbalado.

—Se ha golpeado la rodilla —dijo Deborah preocupada.

—¿Puedes doblarla? —preguntó Peter.

—Deborah trae hielo. —Douglas muy serio dijo —Ivi dobla la rodilla.

Ella lo hizo muy lentamente. —No se la ha roto —dijo Peter—. Pero se le va a hinchar.

—No, claro que no está rota —dijo a toda prisa—. Esto estará bien enseguida. Es como cuando te golpean la espinilla, al principio duele, pero se pasa.

Douglas la cogió en brazos para su sorpresa y la llevó hasta uno de los sofás sentándola sobre él con delicadeza antes de colocar sus piernas sobre el elegante cuero blanco. —Ya estoy mucho mejor, de verdad.

Sin hacerle caso se sentó a su lado. Cogió la cubitera de hielo que le tendió Deborah y el paño limpio. Abrió el paño sobre la mesa y tiró el hielo antes de cerrarlo por las esquinas colocándoselo sobre la rodilla. —Podéis iros, ya me quedo yo con ella. Si no mejora la llevaré al hospital.

—¿Seguro? —preguntó Deborah preocupada—. Puedo quedarme.

Él la miró sobre su hombro. —Haz lo que te digo.

—Sí, jefe. —Le pidió disculpas con la mirada y se alejó.

—Jim vete a por mi coche y déjalo en el callejón.

Su jefe de seguridad que estaba a pocos metros se alejó.

—¿Quieres que me quede a cerrar? —preguntó Peter.

—No, vete. Los de la limpieza aún tardarán y si tengo que llevarla al médico aún tengo tiempo para cerrar. Vete a casa. Tienes que abrir a las cinco a los proveedores.

—Vale.

De repente se quedaron solos y ella vio como levantaba la improvisada bolsa de hielo y miraba su rodilla. —Se te va a hinchar un poco, nena.

—No es nada, ya casi no me duele.

—A mí no me mientas. —Levantó la vista hasta sus ojos.

—Bueno, un poquito.

Él sonrió. —Mañana no me valdrás para nada.

—Claro que sí, estaré lista para darlo todo.

—Esos malditos tacones que os poneis… —Miró sus pies y elevó una ceja. —¿Plataformas, nena?

—Solo un poquito, es para no forzar tanto el pie. Las chicas me los recomendaron. Y funcionan, pensaba que no pero hoy…

—Hoy te has descoñado.

Se echó a reír. —Pues sí.

Se hizo un incómodo silencio, pero Ivi desesperada por no romper ese momento dijo —Hoy ha habido menos gente.

Él sonrió. —Ya lo he intentado todo, pero el domingo es así.

—¿Has probado con el bingo?

—¿Qué?

Entrecerró los ojos. —¿Cuánto te gastas en decoración al día?

—Unos tres mil. Aunque ayer más —dijo distraído levantando la bolsa—. Joder, nena… Igual deberíamos ir al hospital.

—Estoy bien. —Se enderezó de repente con sus ojos brillantes de la ilusión. —¿Y un superbingo? Ellos tienen que comprar los boletos, claro, y te saldría más barato. Pero, ¿y si hacemos un bingo de mil y varios de quinientos?

Él levantó una ceja. —No lo veo.

—Mucha gente por mil pavos matarían a su madre.

—Probablemente, ¿pero seguro que es la gente que quiero en mi local? Además se irían en cuanto terminara.

—Por eso se harían a lo largo de la noche.

—A ver si se me llena de viejos…

—¿Con la música que pones? Se volverían locos. Pero si la cambias…

—Ni de broma.

—Por probar no pierdes nada.

Él entrecerró los ojos. —Como no salga bien me vas a oír.

—¿Y si sale bien me darás una prima?

—Sigue soñando —dijo divertido—. Aún me debes treinta mil.

—Me lo descuentas.

—Eres una negociadora nata.

—Gracias. Estudio secretariado por las tardes, ¿sabes?

—¿De veras? —Parecía sorprendido.

—Hay que prosperar en la vida.

—Bien hecho, nena.

Sonrió radiante. —Si algún día necesitas que te pase algo al ordenador soy tu chica.

—Lo tendré en cuenta. Pero tengo a mi prima.

—Bah, seguro que no mecanografía con mi velocidad. Hasta puedo llevar la contabilidad.

—Tengo contable.

—Rayos.

—Si te dejo en cuatro días regentas el local.

—Bueno, ya lo iremos viendo.

Él rio por lo bajo y se sintió tan bien que se le quedó mirando. Cuando Douglas se dio cuenta carraspeó. —¿Crees que podrás cambiarte?

—Sí, claro. —Sacó las piernas del sofá sabiendo que se había acabado el recreo. ¿Le debería echar cuento al asunto? No, que igual la llevaba al hospital y perdería mucho tiempo en urgencias para nada.

Él cogió su mano para que se pusiera en pie y sonrió. —Casi no duele.

—Estupendo. —Sin soltarla dio un par de pasos. —Muy bien. Parece que puedes sola —dijo soltando su mano.

Sí, se había acabado el recreo. Le miró a los ojos. —Gracias.

—De nada. —Metió las manos en los bolsillos del pantalón. —Si necesitas ayuda para bajar las escaleras….

—No, gracias. —Disimuló que le dolía y aunque cojeó un poco se las arregló. Es más a cada paso dolía menos. —Bah, no es nada.

—Eres una chica dura de Brooklyn.

Le guiñó un ojo y fue hacia las puertas que se abrieron a su paso. Reprimió las ganas de mirarle. Se moría por quedarse con él, pero era evidente que esa noche no quería.

Cuando llegó al vestuario Deborah todavía seguía allí. —¿Estás bien?

—Mucho mejor. Mañana como nueva. —Se sentó en el banco para quitarse las sandalias. —Menos mal porque ir a urgencias es perder un montón de horas.

Su amiga preocupada se puso la correa del bolso al hombro e Ivi sonrió. —Vete a casa, estoy bien.

—Puedo…

—Venga, no pierdas más tiempo.

—Hasta mañana.

—Que descanses.

Cuando se quedó sola se quitó las alas transparentes que llevaba a la espalda y las dejó a un lado viendo el desastre que habían hecho sus compañeras con los disfraces que estaban por

todos lados e incluso en el suelo. Entrecerró los ojos. Vale que se tenían que lavar, pero podían ser un poco más ordenadas. Acarició el ala hecha con una delicada tela y suspiró. Siempre había querido disfrazarse de hada. Sonriendo se levantó y se quitó la peluca. Se bajó la malla que tenía ya cosida la faldita blanca recordando que debía depilarse a menudo las ingles por si tocaba otra malla parecida en otro disfraz. Cuando se puso el vestido negro que había llevado para esa noche y se calzó las manoletinas tropezó con una malla que estaba en el suelo. —Es que de verdad… —Empezó a recoger la ropa y separó las alas a un lado, dejando la ropa en un montón al lado del baño.

—¿Qué haces, mujer?

Se volvió sorprendida con unas toallas en la mano para ver a Douglas mirándola como si estuviera cometiendo un delito grave. —Recoger un poco.

—¿Estás loca? ¡A casa!

—Es que las de la limpieza…

—Nena mueve el culo, tengo que volver para cerrar.

Soltó las toallas de golpe de la sorpresa. —¿Me llevas?

—¿No te lo acabo de decir?

Uy, que al parecer el recreo no se había acabado. Se acercó cogiendo su bolso y sonrió. —Estoy lista.

—¿No me digas? —Parpadeó porque no entendía. —Nena, el maquillaje.

—Oh… —Alargó la mano y sacó dos toallitas de la caja. —Lista. Lo haré en el coche.

—Como me manches el coche… —siseó.

Exasperada fue hasta el espejo y empezó a pasarse las toallitas a toda prisa. —Eres algo quisquilloso, ¿no?

—Con lo mío sí.

Sintió algo en la boca del estómago. Sabía que se refería a su coche, pero se moría porque hablara de ella. Cuando terminó tiró las toallitas a la papelera y se volvió. —Ya estoy.

La miró de arriba abajo. —Pareces una adolescente.

Pasó a su lado y le guiñó un ojo. —¿Te van las crías, guapo? —Él sonrió y le dio un azote en el trasero. —¡Ay!

Frunció el ceño. —¿Te duele?

Se levantó la falda. —¿Tengo algo?

—Hostia… —Se agachó apartando las braguitas. —Se te está amoratando. —La fulminó con la mirada. —¡Y no me lo dijiste!

—Es que me dolía más la rodilla. —Bajó su falda. —¿Nos vamos?

Él gruñó enderezándose y siguiéndola hasta las escaleras. —¡Te duele la rodilla!

—Que pesado.

—¿Qué has dicho?

—Que sí, que me duele algo, pero mañana como nueva. —Se volvió emocionada. —¿Sabes que hoy hemos tenido a unos árabes? Sí, claro que lo sabes. Tenemos que potenciar ese mercado. Están forrados. Hay que sacarles la pasta, jefe. A ver qué se te ocurre. —Caminando hacia la salida entrecerró los ojos. —Seguro que hay una embajada o algo así. ¿Y si repartimos panfletos? No, claro que no, hay que ser más discretos. ¿No conoces a alguien que sea de la embajada? Seguro que cuando visitan el país ellos les invitan a sitios. —Sus ojos brillaron. —Le preguntaré a Molly.

—¿Buenas propinas, nena?

—Buenísimas.

Cuando salieron él le dijo al de la puerta. —Que Jim me espere. Tardaré una hora como mucho.

—Sí, jefe.

Ella se detuvo ante el Jaguar y separó los labios de la impresión al ver como se descapotaba. —Hala.

Se puso a su lado sonriendo. —¿Te gusta?

—Es precioso.

Él abrió la puerta del pasajero y se sintió como una princesa. Soltó una risita subiéndose. Douglas cerró la puerta y rodeó el coche por delante. —Pero me dejas al final del puente que no quiero que entres en mi barrio con él —dijo impresionada acariciando el asiento de cuero beige—. A ver si te lo rayan.

Se sentó a su lado y pulsó un botón.

—¡No tiene llave! ¡Qué pasada!

—¿Ninguno de tus clientes te ha subido nunca a un coche como este?

Se puso como un tomate. —Siempre quedábamos en un hotel.

Él asintió saliendo a la carretera. Aunque empezaba a amanecer había poco tráfico todavía y Douglas aceleró dirigiéndose a Brooklyn. —¿Y cómo no vives en el centro si ganabas quinientos a la noche?

Mierda, ¿y ahora qué decía? —Mi chulo se lo quedaba casi todo.

Frenó en el semáforo y la miró mosqueado. —¿Y dónde está ese chulo?

—Oh, murió —dijo a toda prisa—. Se metió de más por la nariz y caput.

—Caput.

—Sí, de la que me libré.

—Y por eso decidiste cambiar de vida.

—Claro, claro. Me metí en la limpieza y empecé a estudiar, pero mi madre se rompió un brazo y…

—Nena, ¿hace cuanto que no ejerces?

Pensó rápidamente. —Tres años.

Él apretó el volante. —Sobre lo de ayer… No te sentirías obligada, ¿no? Quieres cambiar tu vida, pero creía…

Madre mía, que ahora se arrepentía. —No pasa nada, a veces hago trabajitos. —Soltó una risa totalmente falsa. —Cuando hablaba de no ejercer hablaba de tiempo completo.

Douglas la fulminó con la mirada. —Querrás decir que hacías trabajitos.

—Bueno ayer…

—¡Ayer lo hice yo todo!

Uy, que se le quejaba el cliente. —Dijiste que valía cada centavo.

—Pues empiezo a dudarlo.

—¡Oye, que soy una profesional! —¿Pero qué rayos estaba diciendo? —¡Para ahí!

—¿En el hotel?

—Te vas a enterar.

Él sonrió. —Nena no es necesario.

—Porque tienes que cerrar que sino…

—Lo tendré en cuenta.

—Mañana vas a saber lo que es bueno.

Reprimiendo la risa asintió. —Muy bien, nena. Espero que sea gratis.

—Ah, no.

—¿Cómo que no? —preguntó sorprendido.

—Esto son negocios y para que lo gastes en otra tontería me lo quedo yo. ¡O para que Peter tire el dinero! A ver si cortas esa

mala costumbre que tiene de invitar porque cómo se nota que las botellas de champán no las paga él. No le he quitado ojo y he visto que ha regalado cuatro botellas esta noche. ¡Y a saber lo que no he visto porque lo hacía abajo!

—Hablaré con él.

—Pues eso, que me pone de los nervios.

La miró de reojo. —No te cae bien Peter, ¿no? —Se mordió la lengua. —¿Nena? Te estoy preguntando algo.

—Es un vago —dijo por lo bajo.

—¿Qué?

—¡Qué es un vago! ¡Va con esa sonrisa de un lado a otro del local como si fuera el jefe y realmente no hace nada! ¡Una de las chicas ayer se quejaba de que se había quedado sin whisky y ese es su trabajo! Se supone que cuando llega por la tarde manda que se rellenen las cámaras y los licores, pero la mitad de los días no lo hace. Y los chicos del almacén se tocan las narices hasta que llegamos. Se lo pasan pipa jugando al candy crash en el móvil.

—¿Qué dices? —preguntó incrédulo.

Asombrada separó los labios. —¿No lo sabías?

—¡No, nena!¡ No lo sabía!

—Pero las grabaciones…

—¿Crees que reviso las grabaciones cuando casi no hay personal? —Apretó el volante como si estuviera estrangulando a alguien. —¿Algo más?

Forzó una sonrisa. —¿Seguro que quieres saberlo?

—Habla de una vez —dijo entre dientes.

Cinco minutos después cruzaban el puente. —Y Jim tiene un lío con la de la limpieza, la rubita, no recuerdo el nombre, y se la pega con Molly —dijo indignada—. Hay que tener cara, con lo buena chica que parece. Oh, y esto no puedes decírselo a nadie porque es un secreto y no quiero meterla en un lío, Deborah y Peter se acuestan juntos cuando a él le da la gana. Tírale de las orejas porque la va a dejar hecha polvo. Se lía con todas y la coge y la deja cuando le conviene y no tiene plan. Uy con tu primo, cada día me cae más gordo.

Douglas sonrió. —Nena, me refería a problemas en el negocio, no a los líos de cama.

—Oh. Pues aparte de que algún cliente se queja de ese whisky que trajiste de Escocia no.

Frenó en seco en la acera. —¿Cómo que se quejan? ¡Si es un whisky de primera!

—Yo no entiendo mucho. Solo les digo que es escocés, les enseño la etiqueta y cierran la boca por no quedar mal ante sus amigos.

Él frunció el ceño. —¿Qué más?

—Pues no sé… Los disfraces a veces nos rozan y algunos dan mucho calor. Oh eso, el calor. También algún cliente dice que el aire no está bien.

—Me he gastado medio millón de pavos en el aire.

—Pues a veces arriba no llega.

—La madre que los parió.

—Y necesitamos un cubo para la ropa sucia en el vestuario. —Lo pensó seriamente. —Ya está. —Lo pensó de nuevo. —Sí, ya está.

—¿No me digas? —dijo entre dientes.

Era evidente que no le gustaba que le dijeran lo que estaba mal. Forzó una sonrisa. —¿Te has enfadado?

—No, nena. ¿Cómo me voy a enfadar cuando lo que quieres es mejorar el negocio?

—Eso. Yo lo hago por el bien de todos.

—Claro, porque si todos estamos bien más propinas, ¿no? —preguntó con ironía.

—Y más ganancias para ti. —Le dio un beso en los labios como si tal cosa. —Hasta mañana.

—¿Qué haces?

—Bajarme —respondió asombrada.

—Te voy a llevar a casa.

—Será mejor que no que pueden pensar que estoy liada con un narco y me metes en un lío —dijo cerrando la puerta.

—Ivi sube al coche.

Le lanzó un beso con la mano caminando calle abajo. —¡Vete a cerrar! —Mientras se alejaba sonrió sintiéndose genial. La había llevado, habían hablado. Puede que tuviera una oportunidad.

Capítulo 7

Su madre suspiró. —No tiene buena pinta.

La verdad es que la rodilla tenía un color bastante feo, aunque no le dolía mucho. —Unas medias —dijo a toda prisa levantándose—. Tengo unas de la boda de la prima Rose…—Abrió un cajón y empezó a revolver. —¿Dónde estarán?

—En el cubo de la basura. Las usé para aquella cita desastrosa con el mecánico de la esquina, ¿te acuerdas?

—Mierda. Mamá vete a comprar unas que tengo que estudiar. —Fue hasta el bolso y sacó la cartera. Su madre al ver el dinero que tenía allí se levantó asombrada. Le tendió cincuenta dólares. —Toma y que no brillen, ¿vale?

—¿Pero cuántas propinas ganas al día?

Sonrió divertida. —Si hay suerte en un mes nos mudamos al centro y que le den al casero.

—¿Qué?

—Y eso que todavía no me han pagado. ¡Mamá, nos vamos a Manhattan!

Su madre chilló de la alegría abrazándola y por eso merecían la pena todos los golpes del mundo. —Hija tienes que conseguirme trabajo allí.

Se apartó. —Sí, hablaré con el jefe más adelante, ¿vale? Escúchame. —Abrió el cajón de arriba y sacó el calcetín donde tenía el dinero. —Quiero que vayas al centro y preguntes por pisos de alquiler.

—¿Cuánto de límite?

Lo pensó seriamente. —¿Dos mil quinientos?

—Dos… Hija, eso es mucho.

—Mamá pagamos mil por este cuchitril y es Manhattan. A ver qué encuentras y si está cerca del trabajo mejor.

Emily asintió. —Tú déjame a mí.

En ese momento sonó su móvil y corrió hasta él, pero era un número que no conocía. —¿Diga?

—Nena, tienes que venir a la discoteca.

Se enderezó de golpe. —¿Qué pasa?

—Tengo una reunión importantísima en el centro a la hora de la comida y no localizo a Peter ni a Cecilia. En una hora llega un pedido que si no entregan se llevarán hasta sabe Dios cuando —dijo furioso—. ¿Puedes venir tú?

Miró su reloj. Ya era la una. —Sí, claro. Pero, ¿y las llaves?

Juró por lo bajo. —Te las dejo en un sobre en la recepción del Plaza.

—Vale.

—Y coge un taxi no llegues tarde.

Colgó y a toda prisa corrió hasta el armario para coger unos vaqueros y la camisa de seda. —¿Qué pasa?

—Los vagos de sus primos que pasan de todo y él tiene una reunión en el centro. Tengo que ir a abrir. Coge el bolso mamá, te vienes conmigo en taxi.

—Hija, ¿y tus clases?

Hizo una mueca porque ese día tenía examen de control para los finales. —Igual llego a tiempo. Me llevaré la mochila por si acaso.

Estudiando en una de las mesas escuchó que alguien entraba a las cinco silbando la sintonía de la guerra de las galaxias. Ahí estaba Peter. Levantó la vista para ver como se sorprendía porque se abrían automáticamente las puertas que daban al local. Al verla frunció el ceño. —¿Qué coño haces tú aquí?

—Tu trabajo —respondió con ironía—. O el de tu hermana, no lo tengo claro.

—¿Qué?

Le miró fríamente. —Douglas te ha llamado.

Miró su móvil y juró por lo bajo mientras ella recogía sus libros. —Espero que tengas una buena excusa porque estaba cabreadísimo.

—¿Y te ha llamado a ti? —Entrecerró los ojos. —¿Por qué?

¿Y ahora qué decía? —Será que era la única de la que tenía el número a mano.

Parecía que no se creía una palabra. —Tienes un lío con él, ¿no? Por eso te contrató.

—No le había visto en mi vida hasta el día en que puse un pie en este sitio, pero créete lo que quieras. Me largo que tengo examen

en una hora.

—Ah, ¿pero tú estudias? —preguntó con desprecio.

Levantó la vista de la mochila y dijo fríamente —Igual no te vendría mal a ti aprender algo. Como modales. Deberías dar las gracias en lugar de ponerte chulo.

—Así que la mosquita muerta tiene carácter.

—Mucho más que tú. —Se puso la mochila al hombro.

—No sé de qué vas, pero pienso descubrir tu juego ante Douglas. —Pasó a su lado ignorándole y él la cogió por el brazo. —Mírame cuando te hablo.

—Suéltame —siseó.

—Ya entiendo, ¿te has enamorado de él y vas de novia solícita? —preguntó con burla—. Pues vete despertando puede que hoy te necesitara, pero no eres nada para él. ¿Crees que no sé de dónde vienes? Jim me lo ha dicho. —Palideció dando un paso atrás. —Como se lo ha dicho a él. ¿Quinientos la noche? De acuerdo, te enseñaré lo que es un hombre después del trabajo. —Sonrió malicioso. —¿Me harás rebaja si te corres?

Soltó su brazo. —No dejaría que un cerdo como tú me pusiera una mano encima ni aunque estuviera muerta de hambre.

—Vamos, si lo estás deseando.

Le arreó un tortazo que le volvió la cara y él furioso la cogió del brazo. —¡Suéltame!

—¡Qué coño pasa aquí!

Se le cortó el aliento y se volvió para ver a Douglas que furioso dio un paso hacia ellos sin dejar de mirar a su primo. —¿Peter?

—¡Esta zorra me ha dado un tortazo! ¡Se me ha insinuado, le he dicho que no y me ha arreado!

Asombrada negó con la cabeza. —No es cierto. ¡Nunca me insinuaría a este idiota!

—¡Me ha pedido quinientos la noche!

Douglas tensó las mandíbulas antes de mirarla. —¿Hoy no tienes clase?

—Te juro…

—Vuelve a la hora, hablaremos después.

Impotente porque era evidente que le había creído se acercó a él. Iba a decir algo, pero Douglas la fulminó con la mirada. —Hablaremos luego. —Con ganas de gritar pasó a su lado. —Ivi… —Se detuvo para mirarle. —Las llaves.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y se las tendió. —Te juro que es mentira. En realidad…

Él se volvió y sin escucharla fue hasta su primo. —Sube al despacho. Tenemos que hablar.

Peter sonrió demostrándole que su palabra no valía nada contra la suya. Apretó los puños de la impotencia viendo como subían al ascensor. Ambos la miraron a través del cristal, pero solo la expresión fría de Douglas le preocupaba. Ese cerdo aprovecharía el momento para ponerla verde ante él y seguro que cuando volviera no tendría trabajo. Desmoralizada salió del local.

Molly se levantó cogiendo sus libros. —¿Estás bien? Parece que estás enferma. Y cojeas.

—No, estoy bien. —Forzó una sonrisa. No pensaba decirle nada porque ella la había ayudado a conseguir el trabajo y todo lo que había hecho había sido por su bien. —Solo un poco cansada y que ayer me caí. La rodilla no me ha dejado dormir bien.

Su amiga hizo una mueca. —¿Al menos te ha salido bien el examen?

—Sí, me ha salido de diez.

—¿No estás emocionada? En nada de tiempo habremos terminado.

Sonrió. —Me muero de ganas.

—Y yo. Cuando terminemos tenemos que celebrarlo.

—Libro los miércoles.

—Pues en miércoles. —Miró su reloj. —Me piro, que tengo un pez gordo de fuera de la ciudad.

—Ten cuidado.

—Esto es pan comido.

Bajó los escalones y se le cortó el aliento al ver el coche de Douglas. La puerta se abrió y él salió mirándola fijamente. Le hizo un gesto con la cabeza para que se acercara y lo hizo a regañadientes. —Yo no he hecho nada.

—Sube al coche. Vamos a mi casa.

Se mordió el labio inferior porque parecía realmente enfadado, pero aun así quería que se fuera con él. —Te digo que…

—Nena, sube al coche.

Ahora sí que la había cabreado. Rodeó el coche y se subió de mala manera lo que no mejoró el humor de Douglas que después de

subirse al vehículo cerró con fuerza. Gruñó poniéndose el cinturón y él arrancó haciendo rugir el potente motor antes de salir. Casi se llevaron por delante a un monovolumen y él juró por lo bajo mientras Ivi se cruzaba de brazos. Él la miró de reojo. —No le he visto.

—¿No me digas? ¡Pues es bien grande! ¡Te agradecería que te relajaras porque quiero llegar entera!

—Nena, no me cabrees.

—¿Más? Porque es evidente que vas a echarme la bronca. ¡Y te vuelvo a repetir que no le he dicho nada al gilipollas de tu primo! Te ha mentido a la cara y con un descaro…

—¿Y cómo sabía lo de los quinientos pavos? —preguntó entre dientes.

—¡Porque el bocazas de Jim se lo va contando a todo el mundo, por eso! Y no es por nada, pero no me gusta que piensen de mí…

—¿La verdad, nena?

Entrecerró los ojos. Este quería guerra. Pues para guerrera ella, no pensaba dejar que nadie la hiciera de menos. —Si tanto te jode que haya sido puta no sé qué haces aquí.

Él frenó en seco tras un taxi. —Eso me pregunto yo. —Ivi abrió la puerta y él la agarró. —¿Qué coño haces?

—Largarme.

—Cierra la puerta.

—No voy a dejar que me trates así.

Se estiró y cerró la puerta. —Hablaremos en casa.

—Lo que tú quieres es un polvo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas de la impotencia. —Es lo único que quieres de mí.

La miró de reojo y apretó el volante con fuerza. —No me llores…

Sorbió por la nariz. —No lloro. —Levantó la barbilla orgullosa. —Eso sería como dejar que ganarais y no pienso dejaros. ¡Yo con mi vida hago lo que me da la gana! ¿Y sabes qué? ¡Que le den a tu primo y que te den a ti! —Ni se dio cuenta de que metía el coche en el garaje subterráneo. —¡Ni tú tienes derecho a decirme con quien me acuesto ni él tiene derecho a tratarme como a una puta! Que va a demostrarme lo que es un hombre —dijo con desprecio—. ¡No sabría ni por dónde empezar porque es un niñato consentido y la culpa es tuya!

Él apagó el motor. —¡Deja de llorar!

—¡No me da la gana!

La cogió por la nuca atrapando su boca e Ivi le respondió entregada. La agarró por la cintura, pero el cinturón le impidió moverla. Él apartó sus labios, pero ella protestó jadeando cuando le vio salir del coche. —¿Qué haces? ¡Ven aquí!

Él se agachó para mirarla. —Nena, que no tengo quince años. Sal del coche.

—A mí no me des órdenes que no estamos en la discoteca.

—¡Sal del coche! —Cerró de un portazo e Ivi se quedó allí sentada. ¿Qué debía hacer? Vio que exasperado rodeaba el vehículo mirándola como si quisiera soltarle cuatro gritos y cuando abrió su puerta le miró con sus preciosos ojos cuajados en lágrimas. Él suspiró acuclillándose ante ella. —No llores.

—No me insinué a tu primo.

Apretó los labios y le acarició la mejilla borrando la lágrima que la recorría. —Te creo.

Se le cortó el aliento. —¿De veras?

Cogió su mano y tiró de ella suavemente para sacarla del coche. —¿Me mentirías?

—No.

Douglas sonrió y cerró la puerta. —Eres transparente, nena.

¿Si? ¿Pues entonces por qué pensaba que era puta? Él tiró de su mano. —¿Tienes hambre?

—No mucha.

—Pues vas a cenar.

Sonrió sin poder evitarlo. —En realidad es la comida.

—Tenemos un horario de locos, ¿no? —preguntó entrando en el ascensor.

—¿Te acostumbrarías a vivir de otra manera? Yo ni me acuerdo cuando he dormido de noche por última vez. Incluso cuando descanso tengo el sueño cambiado y me paso la noche viendo viejas películas en la tele.

—A mí me pasa lo mismo.

—Ah, ¿pero tú descansas?

—Muy graciosa, nena. —Se abrieron las puertas y con curiosidad le siguió hasta la única puerta que había en esa planta. —Descanso los miércoles.

Le dio un vuelco al corazón. —¿De veras? Yo también.

Él abrió la puerta levantando una ceja y se sonrojó. —Que casualidad, ¿no? —Entró en la casa y separó los labios de la

impresión porque el salón era enorme con grandes ventanales parecidos a los de las fábricas. —¿Esto era una fábrica?

—De papel. La compré en una subasta e hice apartamentos. Me quedé con todo el último piso.

—Vaya…—Caminó sobre el mármol gris y acarició uno de los sofás de piel del mismo color. —Es muy bonito, y luminoso.

—Gracias nena.

—Esto se te da bien —dijo yendo hacia una enorme chimenea. Soltó una risita acariciando la moderna repisa de mármol. —Siempre he querido unas navidades ante el fuego. Debe ser genial.

—No la enciendo nunca.

—¿Y las fotos?

—¿Las fotos?

—Todo el mundo pone las fotos sobre la chimenea —dijo distraída mirando a su alrededor—. Pero tú no.

—No soy de sacar fotos ni de pedirlas. En realidad, no hacemos muchas fiestas familiares. Cuando descansamos nos gusta vernos lo menos posible.

Hizo una mueca. —¿Peter y Cecilia son tu única familia?

—Mi abuela que es quien nos crió, está en una residencia —dijo acercándose—. ¿Y tú, nena?

—Solo tengo a mi madre. Mi padre murió en un accidente de construcción cuando tenía diez años. Mamá lo pasó muy mal. ¿Cómo perdiste a los tuyos?

Él suspiró. —A mi padre nunca le conocí y mi madre se largó cuando tenía cinco años. Por eso tengo el apellido de mi madre. Los padres de Peter murieron por las drogas unos años después. A mis primos los encontraron los de servicios sociales en el piso con el cadáver de su madre que era la que les cuidaba en ese momento. Afortunadamente ellos no se acuerdan de nada porque eran pequeños. La abuela nos cuidó a los tres con su pensión, que no era mucha. Así que me puse a trabajar con catorce años.

—Yo con dieciséis.

Se miraron a los ojos y él acarició su mejilla. Ese gesto la enterneció y sin poder evitarlo le abrazó apoyando la mejilla sobre su pecho sintiéndose unida a él. Notó como se tensaba sin corresponder el abrazo lo que demostraba que no estaba acostumbrado a dar ni a recibir afecto. —Relájate… No te va a pasar nada por un abrazo, ¿sabes? De vez en cuando necesitamos uno y a ti hace mucho que no te abrazan.

Sintió como se le cortaba el aliento. —¿Cómo lo sabes?

Apartó la cabeza para mirar sus ojos. —Rodéame con los brazos. —Él lo hizo e Ivi sonrió. —¿Ves? No voy a comerte. —Sintió como se excitaba y levantó una ceja.

—¿Qué esperabas? Después de lo del coche es difícil de detener. —Su mano bajó por su espalda a su trasero que acarició con suavidad. —¿Cómo vas, nena? ¿Te duele?

—Mejor toca la otra.

Rio por lo bajo. —Eso son cien menos.

—Eh…

Riendo la cogió en brazos e Ivi le abrazó por el cuello. —¿A dónde me llevas, McKeown? ¿No cenamos?

—Claro que sí, en la cama.

—Uhmm…—Besó suavemente su labio inferior. —Nunca he cenado en la cama.

Loca de contenta no dejaba de ir de un sitio a otro animando a su clientela que estaba encantada con ella. De hecho, al ver que su zona estaba tan animada, varios fueron desde la zona vip de sus

compañeras para unirse a su fiesta. Deborah estaba entusiasmada pensando en las propinas de esa noche.

Se acercó a una mesa de unos ejecutivos y dejó la bandeja sobre la mesa. —Muy bien, ronda de chupitos —dijo poniendo los brazos en jarras mostrando su disfraz de conejita—. El que tire la pelota en el centro de los vasos manda beber. Y no vale mandar a la camarera que en media hora no sabría ni lo que sirve.

Los clientes que ya eran hombres hechos y derechos se echaron a reír antes de empezar a tirar la pelotita. —¡Vamos, vamos, no dais ni una!

—Déjame a mí, inútil —dijo uno cogiendo la pelota de pin pong. Hizo botar la pelota y esta cayó en el centro de los vasos de papel que la retuvieron en su rebote—. ¡Bien! —gritó levantando los brazos mientras ella aplaudía—. ¡Bebe George!

—¡Jefe, mañana no le voy a valer para nada!

—Tampoco es que me valgas para mucho ahora —dijo haciendo reír al grupo.

Ivi sirvió los vasos en uno de cristal tallado y le guiñó un ojo al perdedor. —No lo dice en serio.

Este sonrió. —Lo sé.

Se volvió deteniéndose en seco al ver que Douglas estaba tras ella con los brazos cruzados y con cara de pocos amigos. Gimió forzando una sonrisa. —Que animado está esto, ¿no?

Pasó ante él para ir hasta la barra y Douglas la siguió. —¿Qué haces, nena?

—Dar un poco de vidilla. Tampoco es malo.

—No digo que sea malo, pero esto es la zona vip. ¿Juegos de universitarios? ¡No quieren eso!

—¿Ah, no? —preguntó mirando a su alrededor—. Pues parece que se lo pasan bien.

Él gruñó. —Debemos tener clase.

—Vienen a divertirse. —Sus ojos brillaron. —Mañana traeré la comba. Tengo una idea…

—Ni hablar.

—Jo, Douglas…—Puso morritos. —Por favor…

—No.

—Está bien. ¿Tienes por ahí una baraja?

La señaló con el dedo. —Contrólate.

Deborah soltó una risita. —Jefe eso va a ser difícil, es hiperactiva, solo hay que verla.

—Uy, los árabes —dijo dejándole con la palabra en la boca yendo hasta ellos para mostrarles la mesa que les quedaba. Ella le miró sobre su hombro y le hizo un gesto para que se acercara a saludar.

—Menudo fichaje, jefe.

Douglas sonrió acercándose y dejando a Deborah con la boca abierta de la sorpresa. ¿Había sonreído? Uy, uy… Volvió la vista hacia las escaleras para ver que Peter les observaba con los ojos entrecerrados lo que la tensó antes de mirar a su compañera. —Al parecer se avecinan problemas.

Capítulo 8

Dos meses después

Emocionada corrió por la pista hasta el ascensor sin cortarse mientras sus compañeras preparadas como ella la miraban desde sus barras. Cuando Douglas le dio permiso para subir después de verla en la cámara, entró en el ascensor a toda prisa. —Lo conseguí, lo conseguí.

Las puertas se abrieron y allí estaba él. Se tiró encima haciéndole reír. —¡Lo conseguí! ¡Ya soy secretaria!

Sujetándola por el trasero contestó —Muy bien, nena. Sabía que lo conseguirías, has estudiado mucho.

—Seguro que te imaginabas lo que te iba a decir.

—¿Por los treinta mensajes que has enviado durante toda la tarde? Sí, alguna pista me dieron.

—Sobre todo ese emoticono con los brazos levantados.

—Ese fue el definitivo.

—Estoy tan contenta… —Frunció el ceño. —No sé cómo me sentiría si acabara una carrera.

—¿Carrera? Nena, descansa un poco.

—¿Te molesta que haya subido a decírtelo?

—No, no me molesta. —La llevó hasta el sofá y se sentó con ella encima. —Estaba esperando que llegaras para celebrarlo —dijo comiéndosela con los ojos.

Rio. —Ya estoy maquillada.

—Y eres una mariquita, preciosa.

—Me encanta este disfraz —dijo acariciando su nuca.

—Nena, a ti te encantan todos.

Abrió sus preciosos ojos azules como platos. —¿Has visto el periódico?

Él sonrió más ampliamente. —Sí, lo he visto. Una publicidad increíble. Gracias.

—De nada. La foto de la ganadora del bingo desmelenada y loca de la alegría por los mil pavos nos atraerá clientela para el domingo, ya verás como sí. El hermano de Rachel dice que le debemos una buena juerga.

—Eso está hecho —dijo acariciando su espalda.

—Cariño, estoy maquillada.

Él juró por lo bajo mirándose la mano e hizo una mueca. —Estupendo, me he manchado el puño de la camisa.

—Lo siento. Prue ahora utiliza un maquillaje de teatro que es muy fuerte.

—No pasa nada, me cambiaré.

Sonrió mirando sus ojos. —¿Después lo celebraremos?

La besó suavemente en los labios. —En mi casa, todo lo que quede de noche y de día…

—Genial. —Le besó y cuando se apartó hizo una mueca. —Mejor lávate la cara también.

—¡Nena!

—Lo siento, pero es que eres irresistible.

Riendo dejó que se levantara y fue hasta el ascensor bailando. —Soy secretaria…

Él desde el sofá dijo —Después comprobaré tu ortografía.

Le guiñó un ojo desde el ascensor. —¿Me castigarás si cometo una falta?

—Muy duramente.

Rio pulsando el botón del bajo y le lanzó un beso antes de que las puertas se cerraran. Nunca había sido tan feliz. Al fin había acabado y parecía que lo suyo con Douglas era cada vez más serio. De hecho casi todas las noches se quedaban a dormir en su casa, excepto el día que descansaban que aprovechaba para salir al cine y a cenar con su madre. Era increíble lo bien que se compenetraban y a veces solo con una mirada ya sabía lo que pensaba el otro. Mierda, se le había olvidado decirle que se mudaban al día siguiente, así que eso de celebrarlo durante el día tendría que quedar para otro momento.

Cuando llegó a su barra sonrió a Deborah. —¡Ya estoy aquí!

Su amiga sonrió. —¿Qué te ha dicho?

—Me ha felicitado —Soltó una risita. —Y me ha dado un besito como premio.

—Me alegro mucho por ti.

—Sé que lo haces. —Perdió algo las sonrisa porque aunque intentaba disimularlo su amiga estaba triste. —Siento que las cosas con Peter no vayan bien últimamente.

—Bah… —dijo con desprecio mientras colocaba una botella de coñac—. Es un imbécil. Si no ve lo bueno cuando lo tiene delante…

Dio un paso hacia ella. —Sé que seamos amigas ha influido en que no se vuelva a acercar por aquí. No me traga por lo mío con Douglas.

—Eso demuestra lo poco que le importaba, ¿no? Que le aproveche a Martha el tiempo que le dure. Son tal para cual.

Ambas miraron hacia abajo para ver la complicidad que tenían los dos, que se sonreían como estúpidos demostrando que eran amantes. Y por si con esas miradas no les quedaba claro que se acostaban, ella se pavoneaba ante las demás alardeando de que estaba encantada con él. Y les mostraba sus regalos. Regalos carísimos como el reloj Cartier que le había comprado y que no se quitaría ni aunque le arrancaran el brazo.

—¿Sabes? —dijo su amiga—. Se rumorea que le va a regalar el anillo.

La miró sorprendida. —¿Qué dices?

—Me lo ha dicho Tommy. Y ya sabes que los de seguridad se enteran de todo.

Se sonrojó. —Lo mío era mentira.

—Ya, ahí Jim patinó pero bien. ¿Qué te dijo Douglas cuando se lo contaste?

Se sonrojó aún más y Deborah dejó caer la mandíbula del asombro. —¡No se lo has dicho!

—Esperaba que se lo contara Jim después de hablar con Molly del tema. Mi amiga Molly se quedó de piedra cuando se enteró y menuda bronca le cayó. Igual por eso el muy cobarde ha cerrado el pico, porque la reacción de Douglas puede ser de aúpa con el carácter que tiene cuando se enfada. —Angustiada se apretó las manos. —Y yo no sé cómo decírselo.

—Leche, pues sí que está colgado si está contigo después de que todo el mundo sepa algo así.

—¿Tú crees? —Sus ojos brillaron antes de soltar una risita. —Ya verás cuando se entere. Van a saltar chispas.

—Fuegos artificiales. Y a Jim le van a tirar de las orejas. —La miró de arriba abajo. —Pues no sé cómo pudo creerse algo así de ti,

es evidente que tú no vales para eso. Cuando Peter no se cortó en decírselo a una y a otra nadie se lo creyó.

—Por eso Jim habló con Molly.

—Así que solo Peter y Douglas creen que es cierto.

—Y Martha porque nadie habla con ella.

Ambas miraron hacia ellos. —Pues ella no se ha metido contigo por eso, ¿no es raro? Es munición contra ti y no se cortan en meterse contigo cuando pueden.

—No me tragan y Cecilia tampoco. El otro día vino por un inventario del almacén y me miró como si quisiera que desapareciera de la faz de la tierra.

—Dicen que su novio la ha dejado.

—Le he preguntado a Douglas y dice que no quiere saber nada más de él después de la discusión que tuvieron la última vez. Casi le detienen por eso y encima vuelve con su novio como si tal cosa. Está muy harto de esa relación. Si le pide ayuda, bien, pero no lo va a hacer porque está enamorada.

—Sí, es increíble que aún le quiera después de lo que le hizo. —Bajó más la voz. —¿Sabes que ese mal bicho por poco la mata? — Asombrada la miró. —Oh, sí. Por eso el jefe le envió al hospital. Una

noche llegó borracho y se le fue la mano. Ella llamó a su primo y fue cuando se armó la movida.

—¿Fue por eso? —preguntó sin aliento.

—Me lo dijo Peter una de las últimas noches que nos fuimos juntos. Imagínate lo mal que fue la cosa.

—¿Y volvió con él? Increíble.

—Es un elemento de cuidado. Dicen que quiso trabajar aquí de seguridad, pero el jefe no le tragó desde el principio. Se odian desde entonces.

—¿Y ahora en qué trabaja?

—Ha puesto una empresa de suministros con el dinero de ella.

Entrecerró los ojos. —¿Empresa de suministros?

—¿Adivina quién nos sirve las bebidas gaseosas? Por eso nunca la dejará porque ella es su gallina de los huevos de oro.

—¿Eso lo sabe Douglas?

Su amiga parpadeó. —Claro, ¿cómo no lo va a saber? —Frunció el ceño. —Hostia, ¿crees que no lo sabe?

—¿Crees que mi Douglas ayudaría de alguna manera a alguien que no soporta?

Deborah dejó caer la mandíbula del asombro. —Pues agárrate porque creo que nos sirven menos bebidas de las que nos dicen.

—¿Qué?

—Sí, ayer le dije a Peter que solo nos habían puesto dos botellas de whisky y el me contestó que habían puesto tres. Yo le dije que no porque luego pueden pensar que he escaqueado una botella, pero él dijo que era lo que ponía en el inventario. Que la buscara que tenía que estar por aquí...

—¿De lo que falta en las barras no se encarga Peter?

—¿Peter? Qué va. Viene ella por la mañana para encargarse del recuento y de los proveedores habituales, aunque muchas veces ni aparece por aquí. Una vez llamó a Peter uno de unas bebidas y estaba cabreadísimo diciendo que no había nadie en el local. Él tuvo que saltar de la cama para abrirles cuando casi se acababa de acostar. Se acordó de su hermana diciéndole lindezas de todos los colores. Oído por estas orejitas.

Así que lo que había pasado aquel día con Peter no había sido culpa suya si no de Cecilia… Miró hacia la pecera mientras empezaba la música. Ya se lo diría después.

De la que iba hacia la barra sonrió al señor Carrington y a la chica que le había presentado. Parecía que se lo pasaban bien y ya era la tercera vez que iban juntos, así que aquello iba viento en popa. Metió la propina en el vaso y Deborah dijo —¿Puedes hacer seis San Franciscos?

—No hay problema. La despedida de soltera está animada y eso que no toman alcohol.

—Es que son ex.

Puso las copas de cóctel sobre la barra y cogió el cuchillo para cortar la naranja preguntando —¿Ex?

—Exalcohólicas, o casi porque de eso es difícil salir, pero al menos lo intentan.

Abrió los ojos como platos volviendo la vista hacia las chicas que en ese momento levantaban los chupitos que les había llevado de invitación. —¡No, no! —Saltó sobre la barra casi cayendo sobre un cliente y las chicas la miraron. La mariquita gritando como una loca que no se lo bebieran corría hacia ellas con el cuchillo en la mano y gritaron saliendo despavoridas cada una en una dirección

provocando una estampida de su clientela hacia las escaleras. Frunció el ceño poniendo los brazos en jarras. —¿Qué pasa?

La bronca de Douglas estaba siendo de aúpa. Todavía estaba pegando gritos. Mirándole como una niña buena aguantó el chaparrón. —¿Cómo se te ocurre? ¡Con un cuchillo! —Movió las imágenes para que se viera de nuevo y gritó —¡Esos no vuelven! ¡Y esperemos no salir en las noticias porque dos de ellas son periodistas!

—El señor Carrington se rio.

—¿Después de que su novia se tirara por la barandilla? —gritó furibundo—. ¡Menos mal que cayó sobre una de las decoraciones en forma de seta y solo se ha roto una pierna!

—Pobrecita. Me he disculpado. No me he dado cuenta de lo del cuchillo, te lo juro. Ha sido sin querer.

—¡Sin querer!

Peter entró en ese momento. —Las he convencido de que no es una desequilibrada. Ya se les ha quitado el susto del cuerpo. Las

he invitado el resto de la noche y ahora se ríen por la reacción de Ivi.

—¿La ambulancia ya se ha llevado a la de la seta? —Peter reprimió la risa. —¡No tiene gracia!

—Sí, ya se la han llevado. Dice que no pasa nada, que se lo perdona por presentarle al amor de su vida.

—Pues el señor Carrington no debe pensar que es el amor de su vida porque ni se ha molestado en mirar por la barandilla para ver donde había caído —dijo ella pensativa—. Vaya, con la buena pareja que formaban.

—Nena, ¿te das cuenta de lo que has hecho?

—Sí, cielo. Me doy cuenta —dijo como si fuera muy pesado—. ¡Pero ya no puedo hacer nada para cambiarlo!

Él gruñó yendo hacia su mesa. —¡Baja y hazles la rosca hasta que se vayan de aquí encantadas!

—Oh, eso está hecho. Va a ser la mejor despedida de su vida.

—No te pases, sé amable nada más.

Hizo una mueca. —Seré buena… —dijo yendo hacia el ascensor. Se mordió el labio inferior. A ver cómo lo arreglaba ahora.

Douglas sentado tras su escritorio, veía asombrado en el monitor como la novia se subía a una mesa y se arrancaba el velo para girarlo sobre su cabeza mientras el resto la animaba. De repente la cara de Ivi se puso ante la cámara sonriendo de oreja a oreja levantando el pulgar y Peter se echó a reír a carcajadas. —Le voy pillando el punto.

Sonrió sin poder evitarlo. —Tiene don de gentes, de eso no hay duda.

—Bueno, para la profesión que ejercía lo necesitaría.

Perdió la sonrisa de golpe. —¿Qué has dicho?

—Vamos primo, es algo que sabe todo el mundo. —Hizo una mueca. —Es lista de eso no hay duda, ha sabido camelarte. A otra después de lo que ha hecho la hubieras echado a patadas.

—Lo ha hecho sin querer.

—¿Y? —Rio por lo bajo. —Como si eso te hubiera importado antes de que apareciera. De hecho antes de que estuviera por aquí hubieras echado a Cora, a Martha y a cualquiera que pusiera en peligro el buen nombre del local por lo de la jeringuilla.

—Y tenía razón, no había sido Cora.

—Pero sigue metiendo mierda entre Martha y las demás poniendo su nombre en duda.

—Martha no es una santa y ya se llevaba mal con las chicas antes de que apareciera Ivi.

—¿Ves cómo la defiendes? —Dio un paso hacia la mesa. —Desde que está ella aquí nos está separando. Ya no estás de acuerdo con nada de lo que propongo y…

—¡Será porque lo que propones implica gastar mi dinero a manos llenas! ¡No culpes a Ivi de tus acciones! ¡Fuiste tú quien se gastó siete mil dólares en invitaciones en una noche!

—No me gasté ni cuatrocientos —siseó.

—Estoy hablando de lo que yo he dejado de ganar por la falta de esa mercancía, primo. ¿Crees que soy injusto? ¡Te excediste!

—¡Pues haber hablado conmigo, hasta ese momento nunca lo viste mal! Y sé que ha sido por ella que me ha puesto verde, ¿crees que soy tonto? —gritó frustrado—. ¡Incluso has cambiado la marca del whisky escocés porque ella te lo ha dicho!

Le miró a los ojos. —¿Cómo sabes eso? —Peter parpadeó y él sonrió irónico. —¿Te lo habrá dicho Deborah cuando estabais en la cama?

—Algo mencionó del whisky cuando llegó la nueva marca hace unas semanas. ¡Qué pasa, tú te acuestas con esa!

Se levantó lentamente acercándose a él. —Estás acabando con mi paciencia, primo. Te aconsejo que cierres la boca y vuelvas al trabajo porque ya he pasado por alto muchas cosas por nuestra relación.

—¿Si? ¿Cómo qué?

—¡Como que me mentiste cuando dijiste que ella se te había ofrecido! —Peter palideció. —¿Crees que soy idiota? ¡En cuanto tuve la oportunidad vi las imágenes! ¿Quieres que te las ponga? ¡Porque no dejan duda de lo que ocurrió!

—¡Se me ofreció!

—Vuelve a cogerla por el brazo, a rozarla siquiera y te arranco la cabeza.

—¿Ves cómo te vuelve loco? ¿Estás oyéndote? ¡Me estás amenazando a mí, a tu sangre que lo he dado todo por ti! ¡Has perdido la cabeza por esa zorra!

Le agarró por la pechera acercándole a él. —Vuelve a hablar de eso con alguien, vuelve a insultarla así y tú y yo hemos acabado.

Peter impresionado se soltó. —No puedo creer que hayas dicho eso. Piensa primo. Piensa antes de que destruya esta familia. Te está envenenando para quedarse con todo y te lo voy a demostrar.

—Aléjate de ella, no te lo digo más.

Peter furioso fue hasta el ascensor. —¡Ya que la tienes a ella y no soy necesario, me voy a casa!

Douglas apretó los puños mientras las puertas se cerraban y sus ojos fueron a parar a las pantallas donde Ivi riendo bailaba entre las chicas de la despedida. Juró por lo bajo volviéndose, golpeando la lámpara del escritorio y estampándola contra la pared. Se acercó al cristal que mostraba su local y puso los brazos en jarras pensando en lo que su primo le había dicho.

Sentada a su lado en el coche le miró de reojo. —¿Sigues enfadado?

—Nena, tengo mil cosas en la cabeza.

—¿El hotel que querías comprar ya no se vende?

—No quiero hablar de eso.

Ivi sonrió. —Tienes razón, hablemos de nosotros. Mañana me mudo.

Sonrió con ironía. —Al centro.

—Sí, mamá ha encontrado un pisito monísimo cerca del trabajo.

—Has prosperado mucho en poco tiempo, ¿no?

No entendía esa pregunta. —Sí, gracias a ti.

—Sí, gracias a mí —dijo entre dientes.

—Douglas, ¿qué te pasa?

—Nada, nena… —respondió con ese tono irónico que la ponía de los nervios—. ¿Qué me va a pasar?

—Estás muy raro.

—Como si me conocieras.

Frunció el ceño. —Ah, que ahora no te conozco.

—Como yo no te conozco a ti.

—Tú tampoco me conoces. —Aquella conversación no le gustaba nada. —Estás queriendo discutir y me pregunto la razón. Estabas tan contento cuando te vi antes de que se abriera el local y…

—¡Y después has atacado a unas clientas con un cuchillo!

—¡Tú no estás cabreado por eso! Ha sido Peter, ¿no? ¿Qué te ha dicho? ¿Por eso se ha largado? ¿Habéis discutido?

La miró de reojo metiendo una marcha. —Veo que no se te escapa nada, nena.

—Douglas me estás cabreando con esas pullitas. ¡Habla claro! Estás enfadado conmigo y no sé por qué. —Él se detuvo en un semáforo al lado de su casa y como no abría la boca ella salió del coche a toda prisa cerrando de un portazo.

—¡Ivi! —Caminó hacia el metro y escuchó como frenaba en seco a su lado. —¡Sube al coche!

—¡Qué te den! —gritó dolida.

—¡Nena, sube al coche!

Le miró con lágrimas en los ojos. —Era un día especial y lo has estropeado todo con esa actitud que no entiendo.

Él apretó los labios mirándola fríamente. —No me manipules con esas lágrimas falsas, nena. ¿No quieres subir al coche? Pues esto se acaba aquí.

—¿Que te manipulo? —preguntó incrédula—. ¿Pero cuántos años tienes tú?

—Los suficientes para saber cuando algo no me conviene.

Aceleró alejándose de ella cortándole el aliento porque no se podía creer que su relación acabara así. La había dejado. Atónita ni se dio cuenta de cómo las lágrimas se deslizaban por sus mejillas mientras él giraba la esquina desapareciendo de su vista. —Douglas…

—Hija lo siento muchísimo, estás tan enamorada…

Se levantó y corrió hacia el baño para vomitar de nuevo, aunque ya no tenía nada en el estómago. —Oh, cielo… —Su madre puso la toalla mojada en su frente. —No te pongas enferma ahora.

—Estoy bien —dijo agotada apoyándose en el wáter.

—Siempre que te disgustas te ataca al estómago.

Suspiró cerrando los ojos. —¿Qué voy a hacer? —Sollozó sin poder evitarlo. —Él llena mi corazón. Soy tan feliz a su lado…. —dijo intentando contener el dolor—. Y no le importo. ¿Qué voy a hacer sin él, mamá?

Emily angustiada por el estado de su hija la abrazó. —Todo saldrá bien, ya verás. Se arrepentirá de haberte tratado así y te

pedirá perdón.

—Ha sido tan frío. Ha dicho que le manipulo.

—¿Que tú le manipulas?

—Eso ha sido su primo que le ha dicho algo.

—Hija lo arreglaréis. Esto ha sido un malentendido tonto… No te disgustes tanto. Mañana cuando vayas al trabajo seguro que está arrepentido, ya verás. Ven, que te hago un té para que se te asiente el estómago. Y no llores más, las lágrimas no sirven de nada.

Levantándose recordó cómo le había echado en cara sus lágrimas falsas, pero lo que más le dolía era su frialdad al decirle que no era lo que le convenía. Abrió el grifo del agua y se lavó la cara mirándose al espejo mientras las gotas caían por su rostro aterrada porque se hubiera dado cuenta de que no era lo que quería en su vida y hubiera decidido cortar por lo sano.

—¿Entonces no nos mudamos? —preguntó su madre preocupada minutos después dejándole un té delante.

Volvió la cabeza hacia las cajas con todo lo que su madre había guardado. —Ya hemos pagado la fianza. Y tenemos dinero

ahorrado, pero no sé.

—Igual deberíamos esperar. A ver por dónde van los tiros.

Sonrió irónica. —Es evidente que en el fondo no tienes mucha fe en que vuelva conmigo.

—No es eso, hija. —Se sentó a su lado. —Estoy convencida de que lo arreglaréis. Y trabajo aún tienes porque le debemos dinero. No te va a echar si le debemos treinta mil, ¿no?

Gimió cerrando los ojos. —¿Ahora tengo que trabajar allí hasta que pague?

—Si ves que no tiene arreglo y lo quieres dejar, puedes decirle que le irás pagando. Has ahorrado diez mil.

Miró a su madre asombrada. —¿Tanto?

—Sí, cielo. Has ganado muchas propinas y entre eso y el sueldo además de la prima que os dio Douglas…

Hizo una mueca. —La prima…—Apretó los labios. —Pensaba comprarle un reloj con ese dinero para darle las gracias por todo lo que había hecho por nosotras.

Emily apretó su mano. —Todo irá bien. Esto es una discusión de enamorados.

La miró a los ojos demostrando el dolor que la recorría. —No sé, mamá. El hombre que me miró desde ese coche no me quiere en absoluto.

Agotada porque estaba sin dormir y habían tenido que encargarse de casi todo en la mudanza, entró en el trabajo por la puerta de atrás. Al llegar al vestuario las chicas la miraron con una sonrisa que fueron perdiendo poco a poco porque estaba pálida como una muerta y con los ojos hinchados. Deborah les hizo un gesto para que la dejaran y se sentó en el banco dejando el bolso a un lado. Su amiga se sentó a su lado. —¿Estás bien? —susurró.

—Me ha dejado.

—Lo siento.

—Todavía no lo entiendo —susurró antes de mirarla a los ojos —. Creí que éramos felices. Creí que era feliz a mi lado.

—Igual ha sido una discusión. ¿Por qué no vas a hablar con él?

—¿Y que se arrastre? —preguntó Martha irónica—. Yo ya pasé por eso. Primero se divierte y luego nos da la patada. Conserva el

trabajo y sigue adelante, no seas tonta. Lo que quiere es que te largues para que no le recuerdes lo cabrón que es. Pero yo me quedé, que le jodan.

—Cállate Martha —dijo Cora.

—¿Qué? ¡Nos lo hacen a todas! ¡Mírame a mí! ¡Mira a Deborah, aunque lo suyo es un secreto a voces! —Se volvió mirándolas a todas. —¿Cuántas de aquí habéis pasado por la cama de Peter? Son unos cerdos que cuando se aburren nos dan puerta, pero yo al menos esta vez pienso sacar algo —dijo mostrando el reloj.

—Yo solo le quiero a él.

—¡Pero él no te quiere a ti! ¡Abre los ojos! ¡Si tiene novia y todo el mundo lo sabe, por el amor de Dios! ¡Tú eres su amante! ¡La puta que se tira después del trabajo! ¡Es con ella con quien se va a casar!

Pálida se levantó temblando. —¿Qué?

—Te dije que tenía novia, cielo —dijo Deborah angustiada.

—¡Pero la ha dejado! ¡Ha tenido que dejarla! ¡Estaba conmigo! Nos veíamos…

—¡Os veíais cuando él quería, estúpida! ¿Crees que va a dejar a una pija con pedigrí por una zorra que se vende por quinientos la noche? ¿Una mujer que puede haber estado con alguno de sus conocidos o clientes? —Se echó a reír con desprecio. —Espabila.

Sintiendo que el corazón se le iba a salir del pecho salió corriendo del vestuario. —No, cielo. ¡No vayas ahora, estás muy nerviosa!

Sin hacerle caso subió las escaleras y corrió hasta las puertas que se abrieron a su paso. Douglas al verla llegar se volvió. —¿Es cierto? —gritó.

—Ivi que… —Dejó los papeles que tenía en la mano sobre una de las mesas. —¿Estás bien?

—¿Es cierto? —gritó fuera de sí—. ¿La veías a mis espaldas?

—¿Qué?

—¿Sigues con ella? ¿Con esa pija de la que todos hablan? —Dio un paso hacia él. —¿Quedas con ella cuando no estamos juntos?

Douglas entrecerró los ojos antes de acercarse y cogerla por el brazo. —No me montes numeritos —siseó.

—¡Eres un cerdo! —gritó fuera de sí.

—¡Cálmate!

Le dio un tortazo con la mano libre y él la miró como si la odiara. —¿Qué esperabas, nena? —preguntó con ironía—. Creí que esos quinientos que te di la primera noche dejaban las cosas claras.

Gritó desgarrada soltándose y dando dos pasos atrás para mirarle como si no le conociera. Douglas apretó las mandíbulas. —Ve a cambiarte —dijo fríamente—. La puerta se cierra en veinte minutos.

Pálida sintió que su corazón se resquebrajaba y dio otro paso atrás. —Ivi… Nena, no quería… ¡Joder, ve a cambiarte!

Se volvió y corrió hacia la puerta sin ver por las lágrimas. Desesperada por salir de allí sintiendo que le faltaba el aire salió del edificio.

Capítulo 9

La noche siguiente Douglas miraba por el cristal mientras su local se llenaba. —Nada jefe, en la dirección del contrato no están. Una vecina me dijo que se habían mudado al centro —dijo Jim—. El administrador dice que no encuentra la dirección, que se la dejaron para la correspondencia pero que debe haberla traspapelado.

—Dejó su bolso en el vestuario. Tiene su móvil dentro, pero no he podido desbloquearlo para llamar a su madre.

—Jefe, si me lo da encontraré a alguien que lo haga.

En ese momento la madre de Ivi atravesó la pista. —Ahí está su madre.

Se volvió para ver que llamaban al ascensor en ese momento y pulsó el botón de su mesa. Las imágenes del ascensor mostraban

que parecía angustiada y se tensó mientras Jim decía —Jefe, esto no tiene buena pinta.

Las puertas se abrieron y Emily entró. —¿Dónde está mi hija? El de seguridad me ha dicho que no ha venido a trabajar. ¡La he llamado y no contesta a mis mensajes! —Vio su bolso sobre la mesa y miró a su alrededor. —¿Ivi?

—No está aquí, Emily. Pensaba que estaba contigo. He visto en el móvil que tenía avisos de mensajes, pero no he podido desbloquearlo para llamarte.

—Y no teníamos su dirección actual, señora.

Emily miró a uno y después a otro. —¿Qué me estáis diciendo? ¿Dónde está mi hija? —Fulminó a Douglas con la mirada. —¿Dónde la tienes? ¿Qué le has hecho?

Muy tenso respondió —Ayer discutimos y se fue antes de abrir.

—¿Sin su bolso? ¿Sin dinero?

—Estaba disgustada.

—Jefe, deberíamos llamar a la policía. Si ni su madre ni nosotros sabemos nada de ella debemos denunciar. Ya han pasado veinticuatro horas desde su desaparición.

Emily se llevó la mano al cuello. —Dios mío, ¿desaparecida? —Dio un paso hacia Douglas gritando —¿Qué le has hecho a mi hija?

La detective Carson que en sus veinte años de profesión había visto de todo, observó a la gente que bailaba desde la pecera antes de volverse para mirar las pantallas de videovigilancia. —Así que no saben nada de ella desde ayer.

Emily sorbió por la nariz. —Sé que usted no la conoce, pero es una niña muy responsable, siempre me llama o contesta a mis mensajes si no está trabajando.

La mujer se acercó a Douglas que muy tenso estaba de pie al lado de Emily que estaba sentada en el sofá. —Y si lo he entendido bien no le ha contestado porque dejó aquí su bolso con el teléfono dentro.

Su madre asintió antes de mirar con rencor a Douglas. —O eso dice él.

—Señora, yo no le he hecho nada —siseó—. ¡Discutimos y se fue!

—¿La despidió?

Douglas apretó los labios. —No, teníamos una… relación.

—Antes de ayer la dejó y mi hija estaba muy mal. Está muy enamorada, ¿sabe? —Emily sollozó mientras él se tensaba aún más. —No hacía más que llorar, estaba muy decepcionada con su comportamiento. Acababa de terminar sus estudios de secretariado, ¿sabe? Iban a celebrarlo, pero él se comportó de una manera extraña y discutieron.

—¿Extraña?

—Sí, ella me dijo que parecía que quería discutir. Estaba enfadado.

—¿Y la razón? —le preguntó a él.

—Joder, pues estaba cabreado.

—Sí, eso ya lo he escuchado. Quiero saber la razón.

Apretó los labios. —Me sentí inseguro.

—¿Inseguro?

—¿No debería estar buscándola? —gritó furioso.

—Es lo que estoy haciendo —dijo fríamente—. ¿Inseguro por qué? Usted tiene pasta, un local de éxito, no me parece una persona insegura.

Miró de reojo a su madre. —Fue por su anterior profesión.

Emily frunció el ceño. —¿Porque limpiaba oficinas?

Jim carraspeó incómodo mientras Douglas decía —No limpiaba oficinas precisamente. —Fue hasta el mueble bar y se sirvió un whisky que bebió de golpe.

—Jefe…

—¿Pero de qué hablas? —preguntó Emily—. ¡Claro que limpiaba oficinas!

—No, señora. ¡Ejercía otra profesión!

Emily frunció el ceño y al darse cuenta de lo que quería decir jadeó. —¿Pero qué dice este loco?

—Jefe…

—¿Está insinuando que Ivi era prostituta? —preguntó la detective.

—Quería cambiar de vida.

—¡Estás loco! —Emily se volvió hacia la detective. —¡Este hombre está loco! ¡Deténgalo, le ha hecho algo a mi hija e intenta ensuciar su reputación!

—Jim díselo —dijo antes de pasarse la mano por los ojos. Cuando su jefe de seguridad no dijo nada le miró—. ¿Jim?

Él hizo una mueca. —Fue un malentendido.

Dejó caer el vaso de la impresión. —¿Qué has dicho?

—Ella me llamó de parte de Molly y luego Molly me la recomendó diciendo que era muy buena amiga… Creí que…

Dio un paso hacia él como si quisiera matarle. —¿Creíste? ¿Creíste? ¡Me dijiste que era una puta de quinientos dólares la noche!

—¿Mi hija? —Emily chilló tirándose a él. —¡Te voy a matar! ¡Qué le has hecho a mi niña!

La detective puso los ojos en blanco mirando a su compañero que se mantenía en silencio. —¿Y no estará con esa Molly?

Los tres la miraron y Emily dijo —Sí, igual está con ella. Se puede decir que es su mejor amiga.

—¿Alguien sabe dónde vive?

—No, solo sé que tiene un hijo —dijo Emily.

Todos miraron a Jim. —Yo tengo el número.

—Llámala —siseó Douglas.

—Sí, jefe.

La detective miró hacia la pecera. —Debo hablar con el personal por si alguien ha visto algo. —Se volvió hacia Douglas. —

¿Se les ha avisado de lo ocurrido?

—No, llevo unas horas intentando localizarla con la ayuda de Jim y ha preguntado al portero de la puerta del callejón, pero la vio salir y aunque la llamó no le hizo caso corriendo hacia el sur. Tengo las imágenes, ¿quiere verlas?

La mujer asintió. En ese momento sonó el teléfono del detective Campbell que descolgó de inmediato. —Estas son —dijo Douglas mirando la pantalla que tenía en frente.

Ella volvió el rostro para ver una muchacha totalmente destrozada de dolor correr por un pasillo. Otro monitor mostró como se acercaba a la puerta y como el hombre que estaba allí intentaba detenerla, pero le apartó para salir. El monitor del callejón mostró como corría como si la persiguiera el mismísimo diablo hasta desaparecer del enfoque.

—Enséñeme las imágenes previas. —Como Douglas no dijo nada le miró levantando una de sus cejas morenas. —¿Las tiene?

—Sí. —Cogió el ratón del ordenador y al cabo de unos segundos vieron como entraba en el local gritando. Douglas apretó los puños por el dolor que reflejaba su rostro y como rota le daba un tortazo.

—Dios mío… —dijo Emily impresionada antes de mirarle—. ¿Qué le decías? —Fue hacia él. —¿Qué le decías a mi hija? —gritó fuera de sí.

La detective la ignoró. —¿Quién es la pija? —La miró sorprendido y esta hizo una mueca. —Leo los labios. Mi hermano es sordo.

—Hace un año empecé a salir con una chica que vino por aquí unas cuantas veces. Era de buena familia. Supongo que alguien le habló de ella y creyó…

—Que aún la veía.

—Dejé de verla antes de conocer a Ivi.

—Pero le hizo creer que no.

—¡No, esa no era mi intención! Solo quería que dejara de...

—Montar el numerito, ya me ha quedado claro.

—Serás cerdo —dijo Emily furiosa.

—Jessica…

La detective miró a su compañero. —Ayer atropellaron a una chica a dos calles de aquí. No llevaba documentación y encaja en la edad y el color del pelo.

—¡Mi niña, mi niña!

—¿En qué hospital está? —preguntó Douglas a toda prisa.

El detective apretó los labios. —Está en el depósito.

Emily se echó a gritar de dolor mientras Douglas daba un paso atrás de la impresión.

—Cálmese mujer —dijo la detective acercándose para sentarla en el sofá porque parecía que iba a desmayarse en cualquier momento—. No sabemos si es ella. Charles que envíen una foto del cadáver.

—No es el procedimiento.

—No quiero perder más tiempo. Si no es ella Ivi puede estar en problemas.

—Entendido.

Jim se acercó. —Molly viene para acá.

Jessica se acuclilló ante Emily. —Debe calmarse. Todavía no sabemos nada.

Temblando de miedo asintió. —Casi la pierdo una vez, ¿sabe?

—¿No me diga?

—Sí, cuando tenía dieciséis años. Salió con un chaval durante una temporada y fueron al parque. Ella le conocía del barrio y parecía un buen chico. Pero de repente llegaron unos pandilleros y

empezaron a discutir con él. Al parecer había formado parte de su banda. A ella la empujaban entre unos y otros riéndose, entonces el chico quiso defenderla. —Levantó la vista hasta los ojos de la detective. —Le apuñalaron. Ella quiso salir corriendo y uno de ellos gritó que la mataran, que no dejaran testigos. Le cortaron la espalda de parte a parte dejándola tirada en el suelo.

—Pensaron que estaba muerta.

—Es lista, no se movió. Aunque estaba asustada declaró contra ellos y murieron en prisión en una guerra de bandas.

—Tuvo suerte. Seguro que ahora también saldrá de esta, no se preocupe.

—Jessica…

Emily con el corazón a mil vio como el detective se acercaba con el móvil.

A Douglas se le cortó el aliento mientras veía la foto y cuando se echó a llorar perdió todo el color de la cara. —No, no es ella. —Douglas cerró los ojos volviéndose y llevándose las manos a la cabeza. —No es mi niña.

—Señor McKeown, necesito hablar con su personal. El tiempo apremia.

Se volvió y asintió. —Jim llama a Peter para que desaloje el local. Quiero a todo el personal de la discoteca abajo.

—Jefe eso son miles de dólares.

—¡Haz lo que te digo!

Jessica miró a su compañero. —Necesitamos refuerzos. Llama al jefe.

—Cree que ha podido pasarle algo, ¿no? —preguntó Emily.

—Voy a serles muy franca. En este tipo de casos las horas son claves. —Miró la pantalla donde aparecía la imagen de Ivi rota de dolor. —Y en el estado en que se encontraba…

—¿Cree que pueda haber cometido alguna locura? —Douglas se dejó caer en su sillón y apoyó los codos sobre las rodillas pasándose las manos por la cara.

—¿Mi hija? ¡No, mi hija es muy fuerte! ¡No se suicidaría! —Emily se echó a llorar. —Mi hija no.

En ese momento sonó el timbre del ascensor y Douglas lo abrió de inmediato. No tardó en aparecer Peter cabreadísimo seguido de Jim. —¿Que cierre? ¿Estás loco?

—¿Y usted es? —preguntó la detective.

Él miró hacia ella. —Peter McKeown, el encargado. Y su primo.

—Peter cierra el local —ordenó sin moverse.

—¡Esa gente no volverá!

—¡Me importa una mierda! —Se levantó furioso. —Cierra el local de una puta vez. ¡Es una orden!

—Al parecer el bienestar de Ivi le importa muy poco, Peter. Me pregunto la razón.

—Es una camarera. ¡Si cada vez que no viene una a trabajar tuviéramos que cerrar no abriríamos nunca!

Emily jadeó. —¡Serás mamón!

—¡Mire señora, es la verdad! —Miró a la detective. —Igual decidió no volver para seguir ejerciendo porque sabía que de aquí ya no iba a sacar nada más. —Sonrió malicioso. —Se le vio el plumero enseguida. Era una aprovechada que quería liar a mi primo para hacerse la dueña. Le avisé y afortunadamente vio la luz.

La detective levantó una ceja. —¿Era?

—¿Qué le has hecho? —Douglas le agarró por las solapas del traje fuera de sí. —¿Qué le has hecho?

El detective tuvo que separarles. —No le he hecho nada.

—Te juro que como le hayas tocado un pelo te mato.

—Te ha vuelto loco —dijo con desprecio—. ¿Quieres que cierre? ¡Cerraré, pero te vas a arrepentir cuando te enteres de que está en la cama con otro pasándoselo de lo lindo!

—Desaparece de mi vista.

—No —dijo la detective mirando a Jim—. Encárguese usted de cerrar el local. Diga que ha habido un conato de incendio en el almacén y que aunque está apagado deben cerrar el local por seguridad. Que salgan tranquilamente por la puerta.

—Sí, señora.

—Charles baja a interrogar a los empleados. Pregunta si alguien la ha visto o si sabe algo de ella.

—Entendido.

Jessica se volvió hacia Peter. —Siéntese.

Sin hacerle caso fue hasta el mueble bar y se sirvió una copa como si fuera el dueño. —Esto es ridículo.

—Igual Deborah… —dijo Douglas—. Es su mejor amiga aquí y comparten barra desde que entró a trabajar para mí.

Peter sonrió irónico. —La puso en contra de mí. —Todos le miraron. —Deborah era mi novia y no paró hasta que no dejábamos

de discutir y la despaché.

—Nunca fue tu novia —dijo Douglas a punto de perder los estribos—. ¡Era tu amante! ¡Como te has acostado con muchas otras y a algunas se las has pasado por las narices! ¡Y fuiste tú quien dejó de quedar con ella! ¡Me lo dijo Ivi! ¡Deborah estaba hecha polvo porque te quería!

—Sí, me quería muchísimo —dijo como si eso fuera imposible.

—Está claro que le tenía inquina a la desaparecida. —Peter que estaba bebiendo se detuvo en seco. —¿Me puede decir dónde estaba ayer por la noche?

—Aquí, trabajando.

—Sí, ya se había encargado de meter mierda entre nosotros la noche anterior.

—¿Por eso discutieron?

Douglas apretó los labios. —Me recordó su pasado y me dijo que ella solo quería una cosa de mí. Que estaba envenenando nuestra relación que para ser sinceros desde que llegó ella es cada vez más tensa.

—Porque ella te abría los ojos, ¿no? —preguntó Emily.

—Decía que era un vago, que abusaba de su puesto comportándose como si fuera el dueño. —Peter se sonrojó. —Cosas así.

—Interesante.

—¡Yo no le he hecho nada a esa zorra!

Douglas le pegó un puñetazo que le tiró al suelo y le señaló con el dedo fuera de sí. —Te lo advertí, primo.

Se pasó la mano por la boca mostrando la sangre antes de mirarle con odio. —Serás cabrón.

—¡Basta! —ordenó la detective—. ¡No tenemos tiempo para esto! —Se volvió hacia el cristal para ver que el local se desalojaba con calma. Vio que Jim hablaba con una de las camareras vestidas de niñas. Sonrió impresionada por el enorme caramelo que llevaban en la cabeza. —Aquí no se oye lo de fuera, ¿no?

—Está insonorizado, así puedo trabajar.

—Interesante.

Emily fulminó a Douglas con la mirada. —¿Qué le has hecho?

—Nada, te lo juro.

—Una de las camareras viene hacia aquí —dijo la detective.

Al mirar la pantalla Peter dijo —Estupendo. Deborah.

—Es su compañera —dijo Douglas dando al botón para que subiera.

Impacientes esperaron a que llegara mientras Peter se levantaba. Cuando las puertas se abrieron miró hacia todos intimidada. —Pase, Deborah. Tengo unas preguntas que hacerle.

—¿Es verdad lo que se dice? ¿Ivi ha desaparecido?

—Eso parece. ¿La ha visto?

—Desde ayer no. Antes del servicio.

—¿No se ha puesto en contacto con ustedes a lo largo del día de hoy?

—No. Creí que lo había dejado. —Miró de reojo a su jefe.

—¿Sabe con quién puede estar?

—Tiene una amiga… Molly. Fue a clases con ella.

—Sí, ya nos hemos puesto en contacto. ¿Algo que pueda decirnos que nos ayude a dar con su paradero?

Negó con la cabeza y Emily dejó caer los hombros desilusionada. Un pitido sonó y Douglas se acercó al teléfono descolgando enseguida. —Dime. —Se pasó la mano por la nuca intentado aliviar la tensión. —Súbela. —Colgó el teléfono. —Molly ya está aquí.

—Gracias a Dios —dijo Emily—. Se ha dado prisa.

Él se volvió para ver a una mujer impresionante con un vestido rojo que caminaba al lado de Jim hablándole como si le estuviera echando la bronca. Jessica sonrió a su lado. —Tiene carácter, me gusta. Veamos si ella puede ayudarnos.

—No la ha visto. Lo hubiera dicho por teléfono.

—Nos dará algo si es su mejor amiga.

Deborah frunció el ceño. —Su mejor amiga soy yo.

Emily la miró. —A Molly la conoce desde hace tres años, cielo.

Levantó la barbilla. —Conmigo pasa muchas horas.

—Trabajando —dijo Peter como si fuera idiota—. Y poniéndome verde.

—Con razón, inútil.

—¿Qué has dicho?

—¡No te tengo miedo! ¿Crees que me importa que me eches? ¡Anda y que te den!

—Mujeres con carácter. —Jessica le dio un codazo a Douglas sorprendiéndole. —¿Su chica es igual?

—Sí.

—Eso es bueno, muy bueno.

—¿Verdad que sí? —dijo Emily esperanzada—. Ha vivido en un barrio duro. Imagínese que una vez con doce años la detuvieron por prostitución en una redada. Era evidente que era una cría que pasaba por allí, pero aun así la quisieron detener cuando una de las prostitutas le pidió un chicle. Ella que no es tonta salió corriendo, pero un policía la agarró llevándose un codazo en la cara. Ahí presentaron cargos, pero ella no soltó una sola lágrima. —Sonrió con nostalgia. —El policía al ver que había metido la pata hasta el sobaco retiró los cargos. Cuando volvimos a casa me dijo que quería ser policía. Que hacían falta muchos más policías por la zona.

—¿Y por qué no lo fue? —preguntó la mujer acercándose.

—Se puso a trabajar después de lo de la espalda y no volvió a decir nada del tema. —Hizo una mueca. —Necesitábamos el dinero. Siempre íbamos muy justas. —Fulminó a Douglas con la mirada. —Mira que creerse que mi niña es puta…

—No, no lo es —dijo Molly entrando en el despacho con Jim detrás y mirando a su alrededor levantando una de sus maquilladas cejas morenas. —Vaya… Cuanto lujo.

—¿Molly…?

Miró a la detective. —Molly Princeton. Siento el retraso, estaba con un cliente.

—¿Sabe que la prostitución es un delito? —preguntó irónica.

—Sí, como que estaba usted allí para pagarme el recibo de la luz cuando mi hijo tenía un año. —Caminó hacia ella. —¿No estamos aquí para buscar a Ivi?

—¿Sabes algo de ella? —preguntó Emily esperanzada.

—Ya le dije a Jim que hablé con ella ayer sobre el mediodía. —Miró a su alrededor y cuando vio a Douglas lo hizo con desprecio. —Estaba disgustadísima con este. —Volvió la vista hacia Peter. —Y cabreadísima con ese.

—¿Cabreadísima?

—Estaba convencida de que le había dicho algo a Douglas que le había puesto en ese estado. Yo le dije que los hombres eran así, intentando calmarla, ya sabe. No es por nada, pero mi relación con los hombres siempre ha sido nefasta. Yo le decía que los hombres eran escoria y ella siempre me decía que su Douglas no. —Este se tensó como si no soportara esas palabras. —Pero ayer no contestó nada a mi comentario.

—Lo que le hizo pensar que era serio.

—Sí, en la discusión de la noche anterior dijo algo que le dolió mucho. Era evidente por su voz. Como buena amiga y porque no quería que sufriera, le dije que hablara con él. Que intentara solucionarlo.

—Como le dije yo —dijo Deborah.

Molly la miró con una sonrisa en los labios. —¿Eres Deb?

—Sí, soy yo.

—Me habla mucho de ti. Te está muy agradecida por lo bien que la has tratado desde que llegó. Sabía que a veces era un peso para ti porque no sabía hacer alguna cosa y tenías que enseñársela, pero tú nunca te quejaste.

Se sonrojó bajo su maquillaje. —Fue un placer ayudarla, es muy buena persona y una buena amiga.

—Sobre lo de ayer…—dijo la detective.

—Oh, sí —dijo Molly—. Le dije que lo hablara con él. Que le contara la verdad sobre sus primos y que dejara con el culo al aire a esos vagos mantenidos.

—¿Primos? —dijo Douglas alerta.

—¡No sé de qué habla! —gritó Peter.

Molly sonrió maliciosa. —Que todavía no lo saben… Pues será un placer decírselo yo misma ya que mi amiga no se encuentra aquí para hacerlo. Douglas, aquí tu primito tapa a su hermana que te está robando.

—¿Cómo has dicho? —preguntó entre dientes.

—Decías que creías que Deb te robaba. —La aludida jadeó. —No majo, quienes te roban son estos. Tan fácil como poner en el inventario que colocan tres botellas en las barras y poner solo una o dos, por ejemplo. Cuando se acaba en el almacén, hacen el pedido y después llega la mitad del cargamento cuando a ti te cobran el pedido completo. Así vuelven a empezar. ¿Adivina a quién se las compran? ¡Pues al novio maltratador de su hermana!

—Vaya, sí que eres amiga suya para que te cuente eso —dijo Deb antes de sonreír—. Es verdad, jefe. Antes de ayer le dije que me había dado cuenta de que se habían puesto en el inventario más botellas de las que nos sirvieron. Ivi debió sacar sus propias conclusiones. Seguramente quería hablarlo contigo. Como sospechabas de mí...

Peter pálido miró a su primo. —Te juro que yo no lo sabía.

—No me jures... —dijo entre dientes.

—¡No lo sabía! ¡Cecilia me daba los albaranes con todo lo que se había repuesto! ¡Cuando Deborah me dijo que faltaba una botella yo miré el albarán y dije que la buscara que tenía que estar allí! ¡Yo no me he llevado nada de esto! ¡Puede que me haya pasado con las invitaciones, pero jamás te he robado!

—¡Igual si hicieras mejor tu trabajo Cecilia no se hubiera aprovechado! —gritó furibundo cerrándole la boca.

—Así que Ivi descubrió el timo y se lo iba a decir a Douglas.

Molly asintió. —La animé para que lo hiciera.

Douglas se volvió. —No le di tiempo a decirme nada —dijo en voz baja.

Jim abrió la puerta del ascensor. —Es su compañero, detective Carson.

—Dios mío, nadie sabe nada —dijo Emily—. ¿Y sus compañeros de clase?

Molly negó con la cabeza. —No tenía la bastante confianza. Son unos niñatos. Jamás les pediría ayuda.

La detective suspiró mientras su compañero entraba en el despacho. —Charles, ¿me traes algo? Venga, necesito algo.

—En los hospitales no se ha ingresado a ninguna Ivi Stevenson. Ha habido una Ivianne Williams que era rubia y la edad correspondía. Entró por urgencias en una clínica privada a unas calles de aquí, pero su marido se la llevó a casa después de comprobar que en su embarazo todo estaba en orden. Como estaba nerviosa un sedante y a casa. Apenas estuvo una hora.

—No es ella. ¿Algo más?

—¿Y si es ella? —preguntó Molly haciendo que Douglas se volviera y esta hizo una mueca.

La inspectora levantó una ceja. —¿Cómo ha dicho? ¿Ivi está embarazada?

Emily pasmada se levantó. —¿Qué?

—Estaba de muy poco. —Douglas se llevó las manos a la cabeza. —Ni siquiera se había hecho el análisis. Pero me dijo que lo sospechaba. Le tenía que haber bajado la regla hacía un par de semanas. —Miró con desprecio a Douglas. —No te ponías la gomita, guapo.

—¡Creí que se protegía!

—Las putas nos ponemos condón, espabilado.

—¡Joder!

Los policías vieron como frustrado golpeaba la pared con el puño.

—¿Algo más?

—No, nadie de aquí sabe nada. Nadie la vio irse ni se ha puesto en contacto con ninguno de los empleados.

—Entonces solo tenemos esa clínica. Vayamos a ver si tienen cámaras de seguridad. —Les miró a todos. —Les agradecería que estuvieran localizables por si les necesitamos.

De la que iban al ascensor la inspectora dijo revisando las notas de su compañero. —Conozco la clínica. A ver si podemos ver las imágenes de seguridad del banco de enfrente. Encárgate de pedir la orden al juez. Y quiero todas las imágenes de tráfico a cien metros a la redonda. No pudo esfumarse.

—Entendido.

En el ascensor dijo —Señora Stevenson, la llamaré con cualquier novedad.

—Gracias —dijo con lágrimas en los ojos.

En cuanto se fueron Jim se acercó a Douglas. —Jefe…Creo que tengo algo. —Este le miró a los ojos. —Ayer a Roy le tocaba la puerta principal. Me ha dicho que Carrington iba a entrar en nuestro

local y que de repente se volvió como si viera a alguien y echó a correr, literalmente. Roy no pudo ver a quien perseguía, pero le llamó la atención que un vip se comportara así. Y fue sobre esa hora.

Deborah jadeó. —Ayer no vino y siempre viene los jueves. ¡Y le tiene el ojo echado a Ivi! ¡Todos lo hemos visto!

—Encuentra su dirección —siseó—. Vamos a hacerle una visita.

Emily se apretó las manos. —¿Ese hombre le ha hecho algo a mi niña?

Douglas se acercó a ella. —La voy a encontrar.

Sollozó sin poder evitarlo. —¿Viva?

Pálido miró a Deborah. —¿Puedes quedarte con ella?

—Yo también me quedo —dijo Molly.

—Yo voy contigo, primo.

Jim colgó el teléfono. —Un amigo de la policía me ha echado una mano. Hay dos tipos que se llaman igual.

—El que viva en la calle más cara.

—Avenida Madison.

Capítulo 10

Metida en el agua apoyó la mejilla sobre las rodillas mientras George pasaba la esponja por su espalda. —¿Te encuentras mejor?

—Tengo tanto sueño…

—Son las pastillas que te ha dado el médico.

Sonrió. —El amor es una mierda.

—Eso no es cierto.

Le miró sobre su hombro. —¿Y lo dices tú que llevas enamorado un año y no te hace ni caso?

—Al final se dará cuenta de que soy el hombre de su vida. Que estoy ahí para ella.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Qué bonito. Nunca me ha dicho cosas tan bonitas.

—Te las dirá. Y Deborah recapacitará. Se dará cuenta de que soy el amor de su vida y que Peter no vale tanto como cree.

—Ya ha abierto los ojos, ¿sabes? Dice que pasa de él.

—Pues entonces ha llegado mi momento.

—Cree que eres un chiflado.

Rio por lo bajo. —Las pastillas te han soltado la lengua, ¿no?

—Y lo de los celos no funcionó. Ni conmigo ni con esa.

—¿Quieres ser la madrina en nuestra boda?

Le miró atónita. —¿No me oyes? ¡No se ha fijado en ti!

—Lo hará. Como Douglas recapacitará.

Se quedó en silencio mirando al frente. —Ya no quiero que lo haga.

—Estás dolida, ahora no es el momento de tomar decisiones. Pero Douglas se dará cuenta hasta donde ha metido la pata e intentará arreglarlo. Y tú como le amas le perdonarás porque el amor es así. He soportado sus desplantes un año. ¿Crees que se lo tomo en cuenta? No, porque la he conocido en un momento en el que cree que ama a otra persona.

—¿Crees que no ama a Peter?

—¿Cómo va a amarle si es el amor de mi vida? Yo seré el amor de su vida. En cuanto la vi lo supe, solo tengo que esperar a que ella se dé cuenta. ¿Acaso tú no sentiste lo mismo cuando conociste a Douglas?

Se le cortó el aliento. —Sí.

—Esa conexión, lo que sientes por él no puede ser en vano. Solo tienes que esperar al momento adecuado. Estar ahí y esperar. Llegará mi momento y te aseguro que cuando lo haga no pienso desaprovechar la oportunidad.

No quería pensar en Douglas. Cerró los ojos tomando aire. —Mi madre no ha llamado. El portero no ha debido darle el recado. Tengo que irme, estará preocupada.

—Tú vas a acostarte y yo iré hasta tu casa para hablar con tu madre.

Se levantó y cogió una toalla cuando se escuchó un estruendo en alguna parte del piso. George hizo una mueca. —Estupendo.

—¿Qué pasa?

De repente se abrió la puerta y al ver a Jim chilló cubriéndose como pudo. En ese momento apareció Douglas y al ver la en la bañera y a él con la toalla le miró con furia. —Tío estás muerto.

—¡Douglas! —chilló antes de que se tirara sobre George que gritó que no se levantara.

Al hacerlo se mareó y Jim la cogió de los brazos. —¡Jefe, está drogada!

—¡Te voy a matar, cabrón! —Sujetándole por la camiseta que llevaba le pegó un puñetazo en el estómago que le dobló.

—No, déjale. ¡Solo me ha ayudado!

—Ya veo cómo te ha ayudado. —Le agarró por el cabello. —¡Te voy a partir los dientes!

—¡Douglas no!

Jim la cogió en brazos. —¡Déjale! —Al ver a Peter en el pasillo gritó —¡Haz algo!

—Creo que mi primo lo hace estupendamente él solo.

—¡No ha hecho nada! ¡No me ha tocado!

Douglas aún agarrándole del cabello siseó —¿La has tocado?

—¿Y a ti qué te importa? ¿Acaso no es una puta?

Palideció tirando más de su pelo. —Repite eso.

—¿No es lo que piensas? Quinientos la noche. Puedo permitirme el gasto. Puede que después me lo haga gratis como a ti.

—Te voy a…—Le pegó un puñetazo que le tiró al suelo.

—¡Déjale! —gritó ella llorando lo que le detuvo en seco con el brazo en alto para mirarla sobre su hombro—. Él no ha hecho nada. Solo me ha escuchado. —Se tapó la cara con las manos muy avergonzada.

—Nena…

—¡Déjame!

Jim le miró impotente. —Jefe… No se tiene en pie, ¿qué hago?

A toda prisa se acercó cogiendo una toalla y se la puso por encima antes de cogerla en brazos. Ivi no dejaba de llorar. —Lo siento, nena. Lo siento —dijo metiéndola en una habitación que tenía la cama deshecha. Al ver las marcas en las dos almohadas apretó las mandíbulas con fuerza, pero disimuló sentándola sobre la cama—. Jim llama a su madre para decir que está bien. Peter busca su ropa.

Ivi sollozó. —¿Mi madre está preocupada?

—Nena, te han dado por desaparecida.

—¿Qué? —Miró hacia la puerta donde en ese momento entraba George con una toalla mojada en la cara limpiándose la

sangre. —¿No avisaste al portero?

—Claro que sí. Ayer mientras dormías. Dijo que le daría el recado. En el ciento seis de la cuarenta y tres este, apartamento seis.

—¡Dieciséis! ¡Apartamento dieciséis!

—Joder, farfullabas por la medicación y entendí seis —dijo preocupado—. ¿Está de los nervios?

—¿Tú qué crees? —siseó—. ¡Su hija ha desaparecido!

Hizo una mueca. —Preciosa crees que un ramo de flores…

—Te voy a…

—¡Basta! —Sorbió por la nariz. —Quiero irme a casa.

Al ver lo drogada que estaba miró a su alrededor para ver un bote de pastillas sobre la mesa. Unos sedantes muy fuertes. —¿Ivi Williams?

—¡No quería ir! ¡Casi tuve que obligarla! ¡Para que la atendieran más rápido dije que era mi mujer y que temía por su embarazo! ¡No sabía que estaba embarazada, te aseguro que fue toda una sorpresa enterarme de que mi mentira era verdad! —Chasqueó la lengua. —Pero tranquilo que esas pastillas son seguras

para el feto si las toma un par de días como han prescrito. Eso dijo el doctor.

Ivi gimió tapándose la cara con las manos y Douglas apretó los labios. —Nena, ¿por qué no me dijiste nada?

Esa pregunta la tensó y bajó las manos poco a poco mostrando su rostro. —¿Para qué? —preguntó en un tono tan suave que le puso los pelos de punta—. Solo soy una puta de quinientos la noche. No es problema tuyo.

Douglas apretó los labios antes de decir —¡Peter, dónde está su ropa!

—¡No la encuentro, joder!

—Está en la secadora. Voy a por ella —dijo George alejándose —. Este tío no sabe aprovechar las oportunidades.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Jim.

—Ni idea. —Miró a Ivi que se había cerrado totalmente a él mientras intentaba cubrirse con la toalla mirando de reojo a Jim totalmente avergonzada, demostrando lo equivocado que estaba respecto a ella. —Enseguida te llevamos a casa.

—No te necesito. No te molestes —dijo con ironía—. Siento que mi madre te haya molestado por esto.

—No ha sido una molestia, nena. Nos tenías muy preocupados. Estaba muy preocupado.

Ella miró hacia la puerta como si no se creyera una palabra. George llegó con la ropa en la mano y le sonrió. —Gracias.

—¿Quieres que te ayude?

—Ya la ayudo yo.

—No quiero tu ayuda —dijo como si estuviera sordo—. Ya me has ayudado bastante.

Douglas apretó los labios y Jim carraspeó. —Jefe, será mejor que esperemos fuera. La policía no tardará en llegar, seguro que ya la han avisado los vecinos.

—Estupendo —dijo George.

—Lo siento. —Ivi apretó los labios.

George se sentó a su lado acariciando su espalda. —Eh… no pasa nada.

—¿Jefe?

Ella levantó la vista para ver como Douglas apretaba los puños como si quisiera volver a arrear a George y eso le hizo decir —¿Quieres largarte de una maldita vez?

La miró a los ojos provocándole un vuelco al corazón porque parecía que quería decirle algo, pero finalmente salió de la habitación.

George sonrió. —Venga, es hora de irse. Tu madre ha debido asustarse mucho.

—¿Me dejas el móvil?

Él se lo dio de inmediato y emocionada marcó el número de su madre poniéndoselo al oído. —¿Mamá? —Se echó a llorar al oír su voz. —Cuando me desperté intenté llamarte, pero no daba señal. —Se pasó la mano por la frente. —No lo entiendo, te llamé. George dejó un recado al portero para que te avisara, pero…

—Déjame a mí. —Cogió su móvil y se lo puso al oído. —¿Señora Stevenson? Lo siento, pero ayer a su hija le dieron una medicación muy fuerte y debió confundirse al marcar los números de su teléfono. Me dijo la dirección, pero también hubo una confusión. —La miró sonriendo. —Sí, está bien. Enseguida llegará a casa. La llevaré yo mismo, no se preocupe. —Escuchó algo que le decía su madre. —No tiene que agradecerme nada. La he ayudado encantado.

Jim en el pasillo miró a su jefe. —¿Cree que le ha hecho algo?

—Joder, no digas eso.

—A saber en el estado en que estaba ayer. No debía enterarse de nada para confundirse con el número de su madre.

—Cierra la boca. ¡Está bien!

—Deborah dice que…

—¡Ya sé lo que dice Deborah sobre él! ¡Pero está bien! ¡No le tiene miedo!

—Deberíamos llevarla a que le hicieran un reconocimiento médico.

Pálido abrió la puerta mientras él le subía los vaqueros por las piernas. —No la toques —dijo con violencia.

George entrecerró los ojos. —Oye…

Le empujó y se acuclilló ante ella. —Nena, ¿te ha hecho algo? ¿Sientes que puede haber hecho algo?

—¿Qué dices? —preguntó George como si estuviera loco—. ¿Crees que soy un violador o algo así?

—¡Has dormido con ella!

—¡Para comprobar que estuviera bien! ¡Estaba en una casa extraña y podía necesitar algo!

—¡Sal de la habitación! —gritó Ivi.

Douglas gruñó levantándose y salió de la habitación. —No digas una palabra más —dijo entre dientes.

—Pillado, jefe.

No tardaron en abrir la puerta y justo en ese momento llegó la policía, así que George tuvo que ir a hablar con ellos para decir que se había dejado la llave dentro. No se creyeron una palabra, por supuesto, sobre todo por los morados que le estaban saliendo en la cara. Estaban discutiendo en la puerta y Douglas perdió la paciencia al ver que a Ivi sentada en el sofá se le cerraban los ojos por la medicación. —Se acabó. —La cogió en brazos. —Me la llevo a casa.

—Pero…—Confundida miró a George.

—¿Esa no es la chica desaparecida? —dijo una de las agentes llevando la mano a su arma.

—¡Señora que yo puse la denuncia!

—Déjela en el sofá otra vez. ¡Nadie se mueve de aquí hasta que esto no se aclare!

Jessica levantó una ceja al ver a Ivi durmiendo con la boca abierta en el sofá. —Increíble.

George se sonrojó. —Lo siento, creí que había dejado el mensaje para el piso correcto.

Suspiró mirando a Douglas que tenía una cara de mosqueo que no podía con ella. —¿Cree que hay indicios de delito, señor McKeown?

—No —dijo a su pesar haciéndola sonreír—. No creo que le haya hecho nada.

—Sí, parece muy relajada.

—Son los sedantes.

—Deben ser la leche. Señor Carrington tengo una duda… ¿Si no ha hecho nada malo porque dio un apellido falso en la clínica?

—Porque la clínica es de mi primo. ¡Si decía que me llamo Carrington le hubieran avisado y no podía explicar el estado de Ivi! Así que dije que me apellidaba Williams y pagué en efectivo.

—¿Llevaba tanto efectivo encima?

—Acababa de recoger la recaudación de uno de mis restaurantes.

—Hamburgueserías —dijo Douglas con mala baba.

—Dieciséis.

—La mejor discoteca de la ciudad, tres edificios y pasado mañana un hotel.

George iba a abrir la boca y Jessica carraspeó. —Dejemos quien la tiene más larga para después. —Se acercó a Ivi y la empujó por el hombro. —Está frita.

—Sí, igual esos sedantes son algo fuertes —dijo Douglas mirando a George como si fuera un psicópata.

—Ivi. ¡Ivi! —Se sobresaltó abriendo los ojos como platos. Esa mujer que no conocía sonrió. —Bienvenida. Soy la detective Carson y estoy encargada de tu caso.

—Caso —dijo como si fuera lenta.

Le puso dos dedos delante. —¿Cuántos dedos hay aquí?

—Dos. —Miró a Douglas. —¿Por qué me habla como si fuera idiota?

—Quiere comprobar que entiendes lo que te dice.

—Ah... —Miró a la mujer. —La entiendo.

—¿El señor Carrington la ha tratado bien? Ha venido aquí libremente.

—Bueno, libremente, libremente… Estaba drogada hasta las cejas —dijo Jim—. Yo que usted la llevaba al hospital por si las

moscas.

—¡Que no le he hecho nada! —gritó George.

—Qué pesados. —Ivi se levantó tambaleándose a la derecha. Douglas la cogió del brazo a toda prisa. —¿Puedo irme?

—¿Pero qué rayos le han dado?

—Benzodiacepina —dijo Douglas.

—Estaba mal y el doctor creyó que era lo mejor. No dejaba de llorar.

Douglas apretó los labios. —Su madre está deseando verla, detective. La está esperando en casa.

—Oh, sí. Si tiene alguna cosa que decirme, por favor llámeme. —Le entregó su tarjeta a Ivi.

—Vamos Ivi —dijo George.

—Lo siento, pero todavía no he terminado con usted. Aún tengo preguntas. El señor McKeown se encargará de llevarla a casa.

Ivi apretó los labios. —Puedo ir en taxi.

—Mejor que la lleven no vaya a ser que le ocurra algo. No se encuentra en condiciones de ir usted sola.

—Vamos, nena. Ya ha pasado una hora desde que hablaste con tu madre.

—¿Una hora? —preguntó confundida. Preocupada por ella asintió. —Bien, vamos.

Se dejó llevar cuando la cogió del brazo con delicadeza. Ivi sonrió a George y susurró —Gracias por tu ayuda. Te la devolveré.

—No es necesario.

—Claro que sí, has sido un amigo.

George sonrió mientras salían de su piso. En el ascensor Ivi se apoyó en la pared queriendo apartarse de él todo lo posible. —Nena…

—Ni me hables.

—Quiero que sepas que ya sé la verdad.

—¿La verdad?

—Que no ejercías —dijo Jim haciendo que los dos le fulminaran con la mirada.

—Así que ya lo sabes.

—Podías habérmelo dicho.

—¿Podía? ¿De veras? Creo que me hubiera sido muy difícil, porque incluso después de conocerme, de estar conmigo durante dos meses, de compartir conversaciones, risas y follar como locos, seguías pensando que era una puta. Y no dudaste ni un momento

en echármelo en cara después de dejarme. ¿De veras podía convencerte? ¡Esperaba que lo hiciera él, pero al parecer era esperar demasiado!

Jim apretó los labios. —Lo siento.

—Oh, no te disculpes. Total, esa mierda no tenía futuro, le van las pijas —dijo con desprecio saliendo del ascensor mientras Douglas la miraba impotente.

Al ver que se escoraba hacia la derecha corrió hacia ella para enderezarla. —¡No me toques! —gritó apartando su brazo de golpe y cayó al suelo.

—¡Nena! —Se agachó a su lado.

—Uff…

—Ya está bien. —La cogió en brazos mientras el portero abría la puerta.

Antes de darse cuenta estaba metida en el coche. —Bien, ¿dónde vives?

Le fulminó con la mirada antes de decirle la dirección a Jim que estaba al volante. Ivi se mantuvo en silencio todo el trayecto y cuando vio a su madre en el portal se emocionó por su impaciencia

por verla. En cuanto se detuvo el coche abrió la puerta y Emily corrió hacia ella para abrazarla. —Mi niña…

—Estoy bien, mamá. Lo siento.

—No pasa nada. No pasa nada. —La besó antes de cogerla por las mejillas para mirarla. —Ya te echaré la bronca cuando se me pase el susto.

—Bien. Y que sea bien gorda.

—Gordísima. —La cogió del brazo para bajar del coche y al notarla insegura la cogió por la cintura. —Comerás algo, seguro que no has comido nada. Eso no es bueno para el bebé.

—¿Lo sabes? —preguntó emocionada mientras se alejaban.

—Eh, no llores. Podremos con ello. Nosotras podemos con todo.

—Sí. Saldremos adelante.

Douglas apretó los labios y cuando Ivi entró en su edificio sin mirarle ni una sola vez supo que la había perdido. Sintiendo que la rabia le recorría cerró la puerta del coche antes de decirle a Jim. —Llévame al local.

—Sí, jefe. ¿Encuentro a su cuñado?

—Les quiero a los tres allí dentro de una hora. Ha llegado el momento de liquidar este asunto.

Capítulo 11

Dos días después Ivi suspiró caminando por el callejón y cuando el portero la miró sorprendido le espetó —¿Tengo algo en la cara?

—No, pero…

Pasó de él caminando hacia las escaleras del vestuario y las bajó a toda prisa sin que sus zapatillas de deporte hicieran ningún ruido. Fue abrir la puerta y todas se volvieron con cara de ver un fantasma. —¿Qué? No me he cortado las venas ni nada por el estilo.

Deborah se acercó a medio vestir con el vestido del circo. —¿Hoy toca eso?

—¿Qué haces aquí? ¿Deberías estar descansando?

—¿Por qué? ¿Porque me ha dejado mi amante y me ha dado una crisis nerviosa?

Su amiga hizo una mueca.

—Tranquila, que ya se me ha pasado. —Se sentó en el banco y empezó a desatarse las zapatillas.

—¿Vas a trabajar? —preguntó Cora.

—Claro, necesito pasta. ¿No lo sabéis? Estoy preñada y he dejado de ser puta. Tengo que trabajar. —Hizo una mueca mientras las chicas sonreían sin poder evitarlo.

Deborah se sentó a su lado. —¿Estás segura de esto?

—Sí.

—Te puedo conseguir trabajo en el Flower. Una amiga…

—¿Y perderte? ¿Perder a mis clientes? Porque no son suyos son míos. Y no me despidió así que aún tengo trabajo. Además debo un favor.

—¿Un favor?

—Ya te enterarás. —Tiró las zapatillas de deporte en la taquilla y se levantó. —Eh, ¿dónde están mis zapatos? ¿Y mi neceser?

—El jefe ordenó recoger todo lo que había en tu taquilla —dijo una de las chicas.

—Genial. —Descalza salió del vestuario y subió los escalones. —¡Peter!

Jim desde la puerta principal levantó una ceja viéndola ir furiosa hasta la pista hasta quedarse en el centro. —¿Dónde estás, inútil? ¡Quiero mis zapatos! —Estiró el cuello hacia las puertas que llevaban a su despacho. —¿No me oyes?

Cuando la vio desaparecer tras las puertas abatibles cogió la radio del hombro para decir divertido —Jefe, ¿ha visto eso?

—Sí, lo he visto.

—¿Qué hago? Está cabreadísima.

—Deja a ver lo que hace.

Las puertas se abrieron en ese momento y Jim se escondió en las sombras para verla ir hacia el ascensor de la pecera como si fuera a la guerra. Pulsó la pantalla con tal fuerza que podría haberla roto. —¿Qué? ¿Me abres o no? —Miró hacia arriba. —¿Estás ahí? —gritó desgañitada.

Las puertas se abrieron en ese momento y Jim sonrió cuando la escuchó refunfuñar que el rey le había permitido el acceso. Rechinando los dientes esperó a llegar arriba y cuando se abrieron las puertas se lo encontró tras su escritorio de lo más relajado

sentado en su sillón. —No encuentro mis cosas —dijo directa al grano.

—No creí que volvieras a trabajar. Parecía que no querías ni verme.

—Y no quiero verte, pero tengo que pagar un piso carísimo, mi madre todavía está en el paro y tenemos que comer. ¿O estoy despedida?

Él entrecerró los ojos. —No, nena... No estás despedida mientras no olvides quien manda aquí.

—Oh, ¿es que lo había olvidado? —preguntó con ironía.

—Espero que sepas diferenciar la faceta profesional de la personal.

—Claro que sí, jefe. Me han quedado las cosas muy claritas. ¿Dónde están?

Él señaló una bolsa que estaba sobre el sofá. —Pensaba enviártela hoy.

—Gracias —dijo con ironía—. No tenías que molestarte. —Fue hasta ella y la agarró de malas maneras antes de ir hacia el ascensor.

—Ivi… —Gruñó volviéndose. —Siento lo que te dije y como te traté.

—Oh… —Abrió los ojos como platos. —Entonces está todo olvidado. Con un lo siento se arregla todo. Ahora que me he quedado más tranquila me voy a trabajar. —Pulsó el botón mientras él gruñía.

Miró hacia la cámara y entrecerró los ojos antes de hacerle un dedo. —¡Qué te den! —gritó de tal manera que hasta se escuchó en la pista donde algunas chicas ya estaban preparadas para trabajar.

Jim puso los ojos en blanco viéndola atravesar la pista con ganas de guerra. Rio por lo bajo. —Aquí uno nunca se aburre. Me encanta este trabajo.

Gruñó limpiando la barra porque era domingo y no habían anunciado el bingo, lo que implicaba que aquello estuviera flojísimo. Mierda. Esa noche las propinas serían una ruina y necesitaba ahorrar antes de que se le notara el bombo. Porque dudaba que después la dejaran seguir trabajando.

—Esto está muerto —dijo Deborah—. ¿Dónde están los vips?

—Si hubiéramos hecho el bingo… —dijo entre dientes.

—Seguro que el jefe no da para más. Ahora tiene que encargarse de todo. —La miró sin comprender y su amiga abrió los ojos como platos. —¿No te has enterado?

—¿De qué?

—De que ha echado a Peter, a Cecilia y a Martha. A los primeros por chorizos a la última por follonera.

Detuvo la bayeta en seco. —¿De veras?

—Sí, Molly le dijo todo lo que hacían y ya no se fiaba de Martha, así que a la calle. Ayer ya no estaban. Jim me dijo ayer que está buscando encargado. Alguien que haga su trabajo y que se encargue de las compras como Dios manda. Al parecer mañana empiezan las entrevistas. Nos vamos a presentar todas. —Sonrió maliciosa. —¿Piensas presentarte?

—¿Yo? ¿Trabajando estrechamente con él? Ni de broma.

—Pues sería una pena porque tengo la sensación de que tú serías perfecta para el puesto. Uy, ahí viene Carrington.

Se volvió y cuando él se acercó Deborah dejó caer la mandíbula del asombro mientras ella gemía porque tenía la cara hecha un cromo. —¿Pero qué te ha hecho?

Él hizo una mueca y gimió de dolor. —¿Tan mala pinta tiene? Mis empleados dicen que casi ni se nota.

—Pues mienten como bellacos para hacerte la rosca —dijo Deborah.

—Amiga, ¿sabes que se portó muy bien conmigo? Me cuidó maravillosamente.

—Sí, ya me lo has dicho. Tres veces. —Carrington la advirtió con la mirada, pero Ivi no se dio por aludida. —Uy, vienen clientes. Esto se anima. —Salió de la barra a toda prisa para mostrarles una mesa.

George apoyó el brazo sobre la barra. —No le hables de mí.

—Ha sido inevitable. Me ha interrogado. A fondo.

—Mientes fatal.

—¿Sabes que ha echado a Peter?

—¿De veras? Una buena noticia, pero no me sorprende. La detective Carson se encargó de interrogarme sobre lo que sabía del local y me contó algunas cositas.

Frunció el ceño. —¿Por qué te interrogó sobre el local?

—Creo que estaba escarbando por si podía encontrar algo para hincarle el diente. Después de una hora se dio por vencida. De

hecho murmuró algo sobre que había perdido la noche para nada con todos los crímenes que había en la ciudad.

—¡Oye, que yo también pago mis impuestos!

—Tú sí que me has sorprendido, creí que no volverías.

—Sí, lo pensé, pero mi madre me hizo entrar en razón.

—La pasta.

—Exacto.

—Y yo que pensaba ofrecerte trabajo.

—No lo harías, eres un romántico.

—Pues la verdad es que sí. —George sonrió.

—Carrington, qué sorpresa. —Ambos se volvieron para ver a Douglas acercándose. Este hizo una mueca. —Joder, sí que te di fuerte.

—¿Eso es una disculpa?

—Es lo más cercano que tendrás a una disculpa. —Miró a Ivi. —Está invitado.

—Claro que sí, de por vida. Porque una demanda por allanamiento de morada y por agresión te saldría mucho más cara.

—Voy a tener a mis abogados entretenidos porque mi primo me ha demandado por despido improcedente…

—¿Qué? —preguntó Ivi indignada—. ¡Tendrá cara!

—Tranquila nena, eso no llegará a ningún sitio.

—No, si yo estoy muy tranquila. ¡Y no me llames nena! ¡Ya no somos nada! —Miró a George. —¿Tú llamas nena a tus empleadas?

—No, si no quiero una demanda por acoso sexual… —dijo divertido.

—Ella no haría eso, ¿verdad preciosa? En el fondo me quiere.

—¿Pero qué dices? ¡Tú deliras!

—George, ¿nos sentamos? Creo que debemos hablar. Nena whisky.

Jadeó indignada mientras iban hacia una mesa. —Nena, nena, nena… —dijo entre dientes cogiendo una de las cubiteras porque a George le gustaba con hielo. Lo preparó todo en la bandeja y se lo llevó a la mesa. Para su asombro no le hicieron ni caso hablando de no sé qué acciones que habían caído en picado. Increíble. Se volvió exasperada y afortunadamente en ese momento llegó algo de gente.

Una hora después fue a buscar la granadina y solo quedaba un culín en una botella. En lugar de estar dando la lengua podría trabajar. Gruñó corriendo a la barra de las chicas del fondo que estaban de lo más aburridas y cogió la botella. —¡Ahora os la traigo!

—Tranquila, no creo que la necesitemos —dijo Laura.

Al ir hacia su barra Douglas entrecerró los ojos como si viera algo que no le gustara nada. Hizo los San Franciscos en tiempo récord. Acercándose a la mesa de sus clientes con una amplia sonrisa en los labios escuchó decir a George —Tienes toda la razón. No creo que sea el trabajo adecuado para ella.

Perdió la sonrisa de golpe. ¿De quién estarían hablando? Sirvió las copas y gruñó por dentro por la propina que le dejaron. Menudos vips más roñicas. Aun así puso su mejor cara y se volvió para ver ante ella a Douglas algo tenso. Dio un paso a un lado para pasar, pero él se puso en medio. —¿Qué haces?

—Esos tacones…

Se miró los pies y movió los deditos. —¿Qué?

—Son muy altos. Ya te caíste una vez.

Su corazón dio un vuelco. ¿Estaba preocupado por el bebé? ¿Eso significaba que también lo quería? Levantó la vista hasta sus

ojos. —Tranquilo, estaré bien. —Intentó pasar a su lado, pero él se interpuso de nuevo. —¿Qué? —Entrecerró los ojos. —No querrás echarme con la excusa del bebé, ¿verdad? —Dio un paso hacia él amenazante. —Porque tengo mis derechos. Cora me ha dicho que eso es ilegal.

Se tensó por sus palabras. —Nena, no corras —siseó antes de volverse y salir de la zona vip dejándola con la palabra en la boca.

Miró hacia George que sonrió levantando su vaso. —Ya le has oído, no corras.

—¿Qué le pasa?

—Se encuentra en una situación incómoda.

—Por mi culpa.

—Más bien por su culpa.

—Pues que se fastidie, pero a mí no me echa.

—No creo que sean esas sus intenciones.

—¿Ah, no? —Le miró con desconfianza. —¿Y qué es lo que quiere ahora?

—¿Aparte de tu perdón?

—Que espere sentado.

—Creo que quiere arreglarlo.

—¿Arreglarlo? ¿Cómo arreglarlo? ¡Me dejó!

—Y tiene pinta de que se arrepiente.

—Menuda cara —dijo Deborah acercándose—. ¿Ahora se arrepiente? —Puso una mano en sus caderas. —Amiga te lo digo por experiencia, no perdones así como así que luego se acostumbran.

Levantó la barbilla. —Tranquila, que eso no va a pasar. Para que luego me trate como le dé la gana.

George frunció el ceño. —No seas cabezona que le quieres y estás sufriendo. Vas a tener un hijo suyo.

—Podría perdonarle mil cosas, pero sabía que me estaba haciendo daño. ¡Lo sabía! —gritó haciendo que todos se volvieran mientras iba hacia la barra.

Deborah hizo una mueca. —Está dolida.

—Y enamorada.

—Se le pasará.

—¿El amor o el cabreo?

—El cabreo. Tiene buen corazón.

—Como tú, preciosa.

Se sonrojó por el cumplido. —Tú nunca paras, ¿no?

—No me rindo. ¿Quieres que quedemos para tomar algo esta noche?

—¿Con esa cara? —preguntó espantada antes de volverse a toda prisa.

George se echó a reír y Deborah sonrió de la que se acercaba a su amiga. Al parecer su humor había empeorado porque tenía cara de querer quemar el local.

—Jefe, se está desmadrando —dijo Jim a su lado viendo el monitor donde se mostraba a Ivi con una cuerda estirada haciendo pasar a sus vips por debajo haciendo el limbo.

Levantó sus cejas negras al ver bailando a un concejal del ayuntamiento que se lo estaba pasando en grande. —Se lo pasan bien. Déjales.

—He oído algo, jefe. A las chicas de la barra tres.

Volvió la vista hacia él de golpe. —¿Cora?

—Exacto, jefe. Su situación les preocupa. Les cae bien. Cree que hará lo que sea para echarla. Supongo que ella piensa lo mismo. —Él asintió. —¿Y si aprovecha sus circunstancias para ofrecerle otro

puesto? No lo podría rechazar. Al parecer quiere pasta para cuando llegue el bebé. Jefe, no tiene ninguna confianza de que usted le eche una mano.

Gruñó mirando la pantalla de nuevo. —No, no la tiene.

—Pues haga lo que ella piensa que va a hacer. O acepta el puesto de encargada del local o a la calle. Le está ofreciendo un puesto mejor, no es un despido, despido. No puede arriesgarse a que se caiga y le pase algo. Ya no es apta para ser camarera con esas escaleras… Así no iría corriendo de un lado a otro del local y estaría segura de que quiere que se quede aquí. Eso por no mencionar que le estaría demostrando que le interesa su bienestar.

Entrecerró los ojos y sonrió. —Entiendo, le estoy ofreciendo un ascenso.

—Uno muy bueno, jefe. No tiene por qué rechazarlo Y si lo hace… Bueno, usted tiene pasta para abogados.

—Gracias Jim.

—De nada, para eso estamos. —Miraron el monitor y vieron como George cogía el otro extremo de la cuerda para que ella pasara debajo mientras todos la animaban.

Al verla bailar como una loca acercándose a la cuerda mientras inclinaba la espalda hacia atrás gruñó porque no llevaba sujetador y eso lo había hecho a propósito porque ese disfraz tenía la espalda cubierta. Jim carraspeó. —Mejor bajo a ver…

Cuando vio como caía al suelo de espaldas mientras todos se reían gruñó de nuevo. —Jim.

—¿Si, jefe? —preguntó desde el ascensor.

—Dile que venga.

—Ahora mismo.

Mosqueadísima salió del ascensor para verle de pie mirando por la pecera. Bufó poniendo los brazos en jarras. Ahora que había animado al personal la sacaba de allí. —¿Qué?

—Nena, siéntate —dijo sin mirarla—. Estarás cansada de tanto bailar.

Se sonrojó. —Estaba trabajando.

—Creía que ya pagaba animadores.

—En la zona vip se aburren, allí no sube ninguno.

Él se volvió y suspiró metiendo las manos en los bolsillos del pantalón. —Siéntate, tenemos que hablar.

—¡Douglas, no puedo dejar sola a Deborah ahora! ¡Es lo mejor de la noche!

—Siéntate. Todavía soy tu jefe.

Entrecerró los ojos. —¿Todavía?

—¡Sí, aunque decidas ignorarlo! ¡Siéntate!

Molesta fue hasta las sillas y se sentó de mala manera. —Estás buscando una excusa para echarme, ¿verdad?

—Claro que sí, porque soy un desalmado que quiere echar a mi ex a la calle para que tenga a mi hijo bajo un puente. ¿No es eso lo que piensas de mí? —preguntó empezando a cabrearse de veras.

—Bueno…—Se sonrojó. —¿Entonces qué quieres?

Se sentó tras su escritorio. —Mañana son las entrevistas para el nuevo encargado del local.

—Sí, me lo ha dicho Deborah.

—Quiero que te presentes.

—¿Perdón? —Negó con la cabeza. —No quiero ese puesto. ¡No quiero ni verte! ¿Por qué iba a querer trabajar contigo tan…?

—¿Estrechamente? ¡Porque lo digo yo que soy el que pago!

Le fulminó con la mirada. —No puedes obligarme.

—Claro que puedo. —Le puso delante una hoja de papel. —Me lo acaba de enviar mi abogado. Muy bueno, por cierto. En el contrato que firmaste dice en una de las treinta cláusulas que seguro que no leíste, que si considero que no eres apta para el puesto que desempeñas puedes irte alegremente a la cola del paro. ¡Y estás embarazada! ¡No voy a dejar que subas y bajes esas escaleras con esos zancos, que bailes el limbo, que te subas a las mesas para animar a los clientes ni que corras de un lado a otro como una loca porque te falte una botella! ¿Me has entendido? ¡Según mi abogado dadas tus circunstancias si considero que tienes que cambiar de puesto dentro de la empresa o lo aceptas o te vas a la calle! ¡Punto!

—Serás cabrito.

—Nena, no creo que esa sea la manera de llamar al jefe. Vendrás a la entrevista que haré mañana o a la calle. Tú decides.

—¡Ya lo has decidido!

—No —dijo dejándola de piedra—. Porque todavía estoy pensando que es lo mejor para el local. Puede que contrate a Julie.

—¿A quién?

Él sonrió. —La pija.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —Mi madre me contó que le dijiste a la detective que no tenías nada con…

—¿Con ella? Desde antes de conocerte no. Pero me ha llamado, ha perdido el trabajo y es organizada. Una mujer muy capaz que puede que sea lo que necesita el local.

—¿Vas a darle mi puesto a esa que no sabe ni como se hace un Martini? —gritó levantándose de golpe.

—Tú tampoco sabías cuando llegaste.

—O sea que consigo ese puesto o me despides —siseó.

Él levantó una ceja. —Exacto. —Le puso delante otro documento. —A partir de ahora te pasaré una pensión de manutención de tres mil al mes. Cuando nazca lo hablaremos.

—¡No soy una mantenida! ¡No quiero tu dinero!

La fulminó con la mirada. —¡Pues consigue el puesto porque yo no te voy a tener por aquí pegando saltos y sin sujetador!

—Tenías que decirlo. ¡Se me rompió el cierre!

—Nena, no me mientas. Hoy no lo traías. ¿Recuerdas que nos vimos antes del servicio?

Mierda, la había pillado. —No me lo he puesto porque no me ha dado la gana.

—¡Para provocarme! Puedo entender que estés cabreada y que esa sea una pequeña venganza, pero que no se te vaya de las manos porque sino el que me voy a cabrear seré yo. ¡Deja de llevarme la contraria y más ante mis empleados! —Se acomodó en su asiento mirando unas facturas. —Mañana aquí a las tres.

Apretó los puños impotente. —Claro que sí, jefe.

—Vamos a ver si lo he entendido. ¿Te ha ofrecido tres mil pavos por estar en casa y has dicho que no? —gritó Deborah como si estuviera mal de la cabeza poniéndola como un tomate mientras todas la miraban asombradas.

—No soy una mantenida —dijo con orgullo.

—Esta es tonta —susurró alguien al fondo del vestuario.

—¡Eh! ¡Te he oído, Marcia!

Deborah se sentó a su lado. —Así que de camarera nada. Si quieres trabajar tiene que ser de encargada.

—Me ha dicho que venga a las pruebas. ¡Y flipar! ¡La pija con la que salía también es candidata!

—¿La pija?

—Sí, esa Julie ha perdido el trabajo y va a presentarse. Que va a elegir lo mejor para el local. Si no consigo el trabajo me echará a la calle. Cora estudia un poco más porque en nuestro contrato dice que si considera que no somos aptas hasta luego.

Su compañera se sonrojó. —¿En serio? Es que no leí el contrato.

—Vas a ser una abogada buenísima —dijo entre dientes levantándose para coger unas toallitas—. Menuda asesora estás hecha.

—Eh, que me queda la mitad de la carrera.

—Pues estudia guapa, que lo vas a necesitar porque tengo un presentimiento que no me gusta nada.

Deborah entrecerró los ojos. —¿Qué quieres decir?

—¿Pensáis que esa pija quiere este trabajo? ¿De noche? ¡Esa viene a llevárselo! ¿Qué mujer quiere que su marido trabaje de noche y rodeado de tías guapísimas? Seguro que se separaron por eso.

—Igual si ella empieza a trabajar aquí lo suyo cuaja —dijo Laura.

—¿Qué va a cuajar? —preguntó exaltada.

—Ah, que no cuaja —dijo Deborah.

—Claro que no. Ha comprado un hotel y no es por nada, pero la remodelación de edificios se le da genial. Esa viene a llevárselo, te lo digo yo. Y antes de un año esto está cerrado.

Todas murmuraron mirándose las unas a las otras. —¿No estarán hablando tus celos? —preguntó Deborah casi con miedo por la cara de loca que tenía.

—¿Yo celosa? —Dio un paso hacia ella. —¿De esa? No me llega ni a la suela de los zapatos. Si cree que me va a quitar el puesto lo lleva claro. ¡Es mío!

—¿El puesto o Douglas? —preguntó intentando no reírse.

Entrecerró los ojos. —No me líes. —Gimió sentándose de nuevo. —No puedo perder el trabajo.

—Te pagaría una pensión. Lo que tú no quieres es perderle a él. Reconócelo —dijo Cora.

Sus dientes rechinaron fulminándola con la mirada y su amiga carraspeó. —Uy, que prisa tengo…

Todas se pusieron a lo suyo y Deborah sonrió. —Es normal que te fastidie, estás enamorada.

—Cada vez menos —dijo entre dientes—. Es por orgullo. Me toca las narices que esa se quede mandándoos a todas. —Sonrió maliciosa. —¿Os sentiría bien a vosotras?

—Eso no es justo. Nosotras conocemos el local —dijo Cora—. El ascenso debería ser entre nosotras.

Entonces se empezaron a quejar e Ivi sonrió maliciosa. ¿Quería guerra? Iba a ser encarnizada.

Capítulo 12

En la pista miró a su alrededor. Allí estaban todas dispuestas a la batalla y también había una morena guapísima que no conocía de nada. Llevaba un vestido rojo de gasa que le quedaba precioso y dejó su bolso de firma sobre una de las mesas. —¿Quién es esa? —preguntó en voz baja.

Varias miraron hacia ella que como si nada se sentó en uno de los sillones que rodeaban la pista y se apartó con clase un mechón de pelo del hombro.

—Ni idea —dijo Deborah.

Una risa femenina les hizo volverse hacia las puertas que se abrieron en ese momento para dejar entrar a Douglas acompañado de una rubia guapísima que decía —Cómo eres, cielo.

—¿Le ha llamado cielo? —preguntó entre dientes.

—Se va a liar —dijo alguien por lo bajo.

Douglas miró al grupo. —Muy bien chicas, empecemos. Formad una fila para haceros la entrevista. Julie guapa, ponte en la fila.

—Como digas.

—Como digas —dijo Ivi con burla.

Julie acercándose a ella entrecerró los ojos. —Ya veo.

—Lo dudo.

—Oh Meredith, bienvenida.

—Gracias, jefe —dijo la morena desde su asiento sin moverse.

Fue él quien se acercó dejándola pasmada y cuando se sentó a su lado lo vio todo tan rojo como su vestido. —¿Quién es esa?

—Ni idea.

—Uy, uy que me estoy poniendo muy nerviosa.

—¿Más? —Deborah aguantó la risa.

—No tiene gracia. —Cuando vio que Julie se le ponía delante levantó una ceja. ¿Llevaban allí esperando una hora y se le colaba? Le dio un golpecito con el índice en el hombro y esta se volvió para mirarla. —Atrás, guapa. Haz la cola.

—Estoy en la cola.

—Nosotras hemos llegado antes —dijo Deborah.

La miró de arriba abajo con desprecio. —Lo dudo. —Miró al frente pasando de ellas e Ivi iba a agarrarla por los pelos, pero Deborah la agarró por los brazos.

—Bien…—Douglas rio antes de mirarlas e Ivi sacó la cabeza de la fila como un resorte para ver que se reía de lo que decía la morena demasiado cerca de su oído para su gusto. —Sí, es de locos.

De locos iba a ser lo que pasaría como esa morena le siguiera mirando como si quisiera comérselo entero.

Julie se volvió mosqueada. —¿Quién es esa?

—Tu competencia.

Entrecerró los ojos antes de respirar hondo para poner su mejor sonrisa volviéndose. —¿Has visto? —preguntó Deborah—. Eso es un cabreo con clase.

—Yo no soy tan falsa.

Julie jadeó, pero en ese momento Douglas dijo —Julie acércate.

—Sí, claro.

Movió las caderas que parecía que se le iban a desencajar y Deborah e Ivi se miraron. —Tranquila amiga, la dejó antes de estar contigo.

—Y a mí me dejó antes de estar con esa.

Su amiga hizo una mueca. —Pongamos la oreja, así ya sabremos las preguntas.

—Ella es Meredith Johnson, su especialidad son los recursos humanos. No pienso cometer el mismo error dos veces y a partir de ahora será una profesional quien designará los puestos exclusivamente por méritos.

—Mierda —dijeron varias en la cola.

Meredith sacó unos papeles de su bolso. —Buenas tardes a todas. Por favor que salgan de la fila las que no hayan terminado el instituto. Este puesto es de responsabilidad, tenemos que poner un nivel mínimo de educación. Así que salgan de la fila las que no hayan terminado los estudios básicos. —Tres salieron de la fila murmurando. —Muy bien gracias por venir. Pueden irse. Tú eres Julie Bones, ¿no es cierto?

—Sí.

—En el curriculum que has enviado he visto que has estudiado económicas —dijo la morena para su pasmo.

—¿Has enviado tu curriculum? —preguntó Ivi.

—Claro.

—Mierda, no me dijiste nada.

—Da igual, tú estás aquí obligada.

—Pues tienes razón. —Enderezó la espalda escuchando.

—Sí, y un master en administración de empresas. Y he trabajado en industrias Milton desde que terminé mis estudios.

—¿En qué se basaba tu trabajo?

—Me encargaba de ser técnico contable.

—Mierda —dijo una detrás—. Esta sabe de números.

—Yo también —dijo Ivi por lo bajo.

—¿Y sabes algo de hostelería?

—Su padre tiene dos restaurantes —dijo Douglas con una sonrisa en los labios.

—¡No la ayudes! —Todos miraron hacia Ivi que se sonrojó. —No es justo, ¿no? Y si tiene que ser justo no debes decir nada. Que se arregle sola.

Meredith sonrió. —Pues tiene razón.

—Perdona —dijo Douglas entrecerrando los ojos.

—Así que sabes de hostelería.

—Llevo la hostelería en las venas.

Ivi bufó. —Seguro, tienes toda la pinta. Esta no ha tomado nota en la vida.

Julie se volvió. —¡Sí que lo he hecho!

Sonrió maliciosa. —¿Seguro?

—¡Sí!

Dio un paso hacia ella. —¿Cuántas puntas tiene el tenedor de exprimir?

Julie parpadeó. —¿El tenedor de exprimir?

—Sí, el tenedor de exprimir o tenedor exprimidor.

Frunció el ceño. —Eso no existe.

—Tiene tres puntas —dijo Deborah.

Julie se volvió de golpe. —Bueno, nosotros no lo usábamos…

—No pasa nada —dijo Meredith. Unió sus manos sobre la mesa—. Este es un puesto de responsabilidad. ¿Qué crees que puedes aportar a la empresa?

—¿Clase? —preguntó Cora haciendo reír a varias.

—¡Chicas, ya está bien! —gritó Douglas fulminando a Ivi con la mirada—. Hablo en serio.

—Sí, chicas… Que se puede molestar y se nota que es muy sensible.

Julie se volvió. —¡Eres una bruja!

—Pues no has visto nada. Cuando se cabrea… —Deborah sonrió. —Hoy tiene un buen día.

—¿De veras? Y yo que pensaba que me había levantado con el pie izquierdo.

—No, amiga. —Entrecerró los ojos. —Y tienes una cara, parece que resplandeces.

—Eso es que es chico —dijo Cora—. Nunca he estado más guapa que embarazada de mi niño.

La miró como si quisiera matarla y Cora carraspeó. —Vaya, estoy sembrada.

—Sí, bonita. Cierra la boca un poco.

—¿Estás embarazada? —preguntó Meredith.

—Uy sí, pero la culpa es de ese —dijo señalando al jefe—. Así que no puedes echarme. Él quiere que esté aquí. ¿Verdad, cielo?

Meredith carraspeó mientras Julie jadeaba. —¿Está embarazada de ti?

—Julie…

—¡Esto es el colmo! —gritó furiosa—. ¡Y yo que pensaba cambiar mi vida por ti!

Él frunció el ceño. —¿Y cuándo te lo he pedido?

—¡Eres un cerdo! —gritó como una loca antes de volverse y salir de allí con furia.

Ivi sonrió. —Genial, una menos.

Douglas se pasó la mano por los ojos. —¿Meredith?

Esta sonrió. —Siguiente.

Dio un paso adelante. —Esa soy yo. Ivianne Stevenson a su servicio. He estudiado secretariado por lo tanto contabilidad y llevo en esto desde los dieciséis años. Había que echar una mano en casa, ¿sabe? Además he trabajado en limpieza y no se me escapa nada.

—Impresionante. Y cuéntame Ivi, ¿qué podrías aportar a la empresa?

—Uy, ¿cuánto tiempo tiene? Porque tengo muchas ideas y una mano firme… Yo descubrí que le soplaban la pasta, ¿sabe? —

Douglas sonrió. —Les conozco a todos y sé de qué pie cojean.

—¿No me digas?

—Oh, sí. —Se volvió. —¿Ve a la del fondo? Pues esa fuma a escondidas. En el baño. Tiene el paquete metido en la cisterna.

Lisa dejó caer la mandíbula. —¿Cómo?

—La siguiente no se va a quedar, está aquí para ganar pasta y largarse a un viaje por Europa.

—¡Oye!

—Cora estudia derecho, así que como comprenderá cuando termine que espero que sea pronto no se quedará y queremos estabilidad, ¿no?

Meredith asintió. —Exacto. ¿Y la siguiente?

—Oh, no debería decirlo porque somos muy amigas. —Dio un paso hacia ellos y susurró —Pero tampoco tiene futuro aquí porque se va a casar en cuanto mi amigo George se la camele.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Deborah antes de volverse hacia sus compañeras—. ¿Qué ha dicho?

Ivi se volvió. —Nada amiga. —Le guiñó un ojo cómplice. —¿A que sí?

Deborah entrecerró los ojos sin enterarse de nada. —¿Si?

—¿Ve? No vale. Solo valgo yo qué sé de qué va esto y tengo al futuro de la discoteca en mis entrañas.

Meredith sonrió antes de mirar a Douglas. —La verdad es que es decidida. ¿Cómo trabaja?

—Bien, es una de las mejores —dijo Douglas.

Jadeó indignada. —¿Cómo una de las mejores? ¡Soy la mejor! Me dejo la piel y aporto ideas. Díselo, cielo. Dile que la idea del bingo fue mía. Salimos en el periódico, ¿sabe? Y fue porque tengo enchufe en el Times y me hicieron el favor.

—Así que tienes influencia en la prensa.

—Oh, sí. Mucha, Pero mucha, mucha.

—No soy partidaria de contratar familiares. Enturbian la relación profesional y se confunden las cosas.

Mierda. —No, si yo no soy familia suya.

—Pero vas a tener un hijo suyo.

—Sí, pero ha sido un patinazo. Entre él y yo no hay nada. Una relación profesional buenísima. Díselo, Douglas.

Él gruñó. —¿Qué opinas, Meredith?

La morena respiró hondo mirándolas a todas hasta llegar a ella que sonrió. —La verdad es que es la más apropiada.

—Vaya…—dijo Cora.

Deborah chasqueó la lengua. —¿De verdad creías que tenías esperanzas?

—¿Meredith? —preguntó Douglas muy serio—. ¿Crees que habrá problemas?

—¿Con Ivi? —La miró a los ojos. —No, no los habrá porque en el fondo es una profesional que se dejará la piel por el negocio. Al fin y al cabo es el futuro de su hijo. La garantía de su bienestar. Puede que privadamente haya conflictos contigo, pero ese no es mi problema. Profesionalmente es la mejor. Es decidida, tiene carácter y es mi recomendación.

Ivi chilló de la alegría mientras sus amigas la rodeaban para felicitarla. —Lo conseguí.

—Felicidades —dijo Deborah—. ¿Me das libre el domingo?

—Sigue soñando.

Se echaron a reír mientras Douglas se levantaba. —Gracias por venir, Meredith.

—De nada. —Le dio la mano. —Por cierto… A mí no me importa que esté embarazada. Llámame.

Ivi les fulminó con la mirada mientras la morena salía del local dejando el silencio tras ella y Douglas carraspeó diciendo —Nena, a mi despacho.

—Que no me llames nena —siseó siguiéndole.

—¿Subes o no?

—¡Claro que subo!

Él pasó la mano por el sensor y las puertas se abrieron. —Tendrás que meter mi mano ahí.

—¿Y eso por qué?

—Para subir cuando no estés. ¿Y si necesito algo?

—¿Cómo qué?

—Como ver las imágenes o algo.

Entrecerró los ojos, pero ella extendió la mano. —Las llaves.

—Están arriba. —La miró fijamente. —¿Estás contenta?

Lo pensó seriamente y ahí fue consciente de que era la encargada del local. Ella mandaba. Después que él, claro, pero ella mandaba. De repente sonrió. —Soy la jefa.

—El jefe soy yo.

—Ya claro.

Entraron en el despacho.

—Voy a cambiar algunas cosillas.

—Las consultarás conmigo —dijo acercándose al escritorio.

—Les voy a decir a los proveedores que vengan a las ocho de la tarde.

Él frunció el ceño. —Muchos no querrán venir. Lo hacen por la mañana.

—Pues buscaré a otros. Tú tranquilo que no nos quedaremos sin mercancía. —Alargó la mano. —¿Las llaves?

Tomó aire cogiéndolas de encima de la mesa. —Ivi, si es mucho trabajo…

—Si voy a vivir como una reina. Trae.

—Estás embarazada. Las embarazadas duermen mucho y…

Uy, que se echaba atrás y contrataba a la rubia. —¿Douglas?

—Espera que no sé si estamos cometiendo un error.

Mejor camelarle. —¿Qué tal si probamos unos meses y si no va bien…?

—Lo dejas.

—Ya lo veremos.

—Nena…

—¿Primero quieres que coja este trabajo por el embarazo y ahora me echas? ¡Ah, no!

Él gruñó dándole las llaves. —Pero cerraré yo y te irás a las tres.

Bueno, eso ya se vería. —Vale. —Se volvió revisando las llaves y soltó una risita. —Tengo las llaves. —Alargó la otra mano. —Los albaranes de hoy, por favor.

Volvió a gruñir cogiéndolos de la mesa y tendiéndoselos. —Mañana a las diez llega el ron. Cuarenta cajas.

—Muy bien, ya hablaré yo con ellos. —Sonrió yendo hacia el ascensor. —Me voy que tengo que abrir.

—Nena…

Se detuvo en seco porque su tono había cambiado. —Siento lo que te dije. ¿No vas a perdonar mi metedura de pata?

Sus ojos se llenaron de lágrimas —¿Para qué quieres que te perdone? —preguntó sin volverse—. Además, solo dijiste lo que pensabas. Siendo puta o no tú no tenías intención de tener una relación conmigo. Me lo dejaste claro desde el principio, ¿no fue lo que dijiste?

—Estaba enfadado —dijo tras ella.

—Y quisiste hacerme daño. —Se volvió para mirar sus ojos. —Utilizaste el que creías que era mi pasado para hacerme daño y alejarme de ti. Pues ya me he alejado. Has conseguido lo que querías.

—No, no quería… Me sentí…

—Inseguro, eso dijo mi madre. Influía demasiado en ti según Peter. Te volvía contra él y tú le creíste. Quería quedarme con todo y solo me interesaba tu dinero. —Las lágrimas recorrieron sus mejillas.

Douglas apretó los labios. —Lo siento, es lo único que puedo decir.

Se le encogió el corazón porque en el fondo de su alma había esperado que le dijera que la quería y que deseaba que le perdonara más que a nada, pero no la quería y lo había demostrado, así que era hora de dejar de desear un imposible. —Sé que lo sientes. Y que me hayas dado estas llaves demuestra que ahora confías en mí. Te lo agradezco y no voy a fallarte. —Entró en el ascensor y dio el bajo. —Te veo luego.

—Nena, yo…

—Te veo luego —dijo mientras se cerraban las puertas.

Él volvió la vista hacia los monitores para ver como con la cabeza agachada se limpiaba las lágrimas. —¡Joder!

Capítulo 13

Revisando el pedido levantó una ceja. —Aquí falta una caja.

—No, señora.

—Señorita y falta una caja. —Sonrió irónica. —Cuando se hace un pedido tan grande, lo lógico y lo educado es dar una caja de regalo ya sea del mismo producto o de otro que queréis que probemos. Y aquí no hay nada. —Negó con la cabeza. —El señor McKeown se disgustará con lo bien que le tratan otros proveedores. Igual puede pensar que no le aprecian como cliente.

—No, claro que no. ¡Chico baja una caja de Moet!

Sonrió. —Gracias, seguro que le encanta. Y recuerde a partir de ahora se descarga a las ocho.

—Entendido señorita.

Cuando se volvió para entrar en el local le escuchó decir —Joder con la nueva.

Contenta entró en el local y giró a la derecha para entrar en el almacén. Los chicos estaban colocando las bebidas por fecha de entrega y tipos. Las botellas más antiguas delante. Había decidido hacerlo así después de encontrarse con varias cajas de refrescos caducadas.

—Jefa, ya está —dijo Johnny.

—Bien, empezad a cargar las neveras, lo más frío delante. Tenéis una hora, así que espabilad. —Miró su reloj de pulsera. —Ya son las nueve, chicos. Colton comprueba que los barriles estén llenos y dame el inventario.

El jefe de almacén que había designado se acercó con los papeles. —Quedan pocas cervezas de esas rusas.

—Mejor comprar producto americano. En cuanto se gasten no traeremos más, son demasiado caras. —Miró las hojas y frunció el ceño. —¿No han llegado los barriles de refresco de cola? Estos me van a oír.

Salió de allí mientras Colton sonreía y daba una palmada. —¡Ya habéis oído a la jefa! ¡Moveos!

Yendo hacia su despacho se cruzó con una de las limpiadoras que parecía que cojeaba. —Lucy, ¿qué te ha pasado?

—Uno de los de la decoración que ha dejado unas cosas por el medio, no las he visto y me he caído.

—¿Puedes llegar al médico sola? —Miró a su alrededor y vio salir a su jefe de almacén. —Colton lleva a Lucy al hospital.

—Pero… —dijo ella—. Estoy bien.

—¿Colton? Un taxi.

—Enseguida jefa.

Entró en el despacho mientras la chica se sonrojaba. Colton era mucho más serio que Jim y le vendría bien el cambio.

Estaba poniendo verdes a los de los refrescos cuando Douglas entró en el despacho y por su cara no estaba nada contento. En cuanto colgó dijo —Bien, ¿qué pasa?

—Nena, esto es un caos. ¡Las de la limpieza intentan hacer su trabajo con todo el atrezo por el medio! ¡Y los del almacén están cargando las cámaras ahora! ¡La bebida estará caliente!

—De aquí a que se consuma esa bebida ya estará fría y las chicas dejarán la discoteca como una patena para la hora de apertura. ¡La culpa la tienen los del atrezo que tendrían que haber

terminado ya! —Rodeó el escritorio. —Pero me van a oír. ¡Llevan aquí desde las seis!

—¿Has abierto antes? —preguntó entre dientes.

—Tus decoraciones dan mucho trabajo, eso dice el encargado. —Salió de su despacho y como una furia entró en la sala para dejar caer la mandíbula del asombro al ver que el arcoíris que iba en la cúpula aún estaba sin subir y que las estrellas de cristal estaban repartidas por el suelo. —¿Pero qué…?

—Ivi tranquilízate que es el mejor en lo suyo.

—Y una leche. —Se acercó a toda prisa. —¡Bill! ¿Qué rayos está pasando? ¡Esto ya debería estar montado!

El encargado se volvió. —Tenemos un problema con las poleas y nuestra escalera no llega. Han ido a por otra a nuestro almacén.

—¿Y eso está?

El tío se sonrojó. —A las afueras.

—¿Cuánto a las afueras?

—Cuarenta kilómetros.

—¿Qué? —gritó sobresaltándole—. Mira, abro en hora y media como esto no esté montado para entonces no vuelvas por

aquí, ¿me oyes? ¿Nos gastamos una pasta cada noche y no eres capaz de comprar una escalera específica para nosotros? —gritó desgañitada.

—No volverá a pasar.

—¡Claro que no porque yo no dejaré que pase! —Le señaló con el dedo. —¡Tienes una hora! ¡Una! —Se volvió furiosa. —¡Mientras tanto poner el resto de la decoración del local, inútiles!

Douglas gimió viendo como el hombre sudaba y todo corriendo hacia unas cajas y gritando —¡Moved el culo!

Se acercó a él. —Solucionado. O casi.

—Nena, no te puedes alterar así.

—Este piensa que puede tomarme el pelo. Esto es Nueva York, hay teatros dando una patada a cualquier piedra. Puedo encontrar otro de atrezo igual de bueno en cualquier esquina. Que no me toque las narices… —Volvió la cabeza hacia la derecha hacia la antigua barra de Martha. —No, Charleen. Los whiskies a la derecha como habíamos hablado. De más baratos a más caros.

—Perdón, jefa.

—No pasa nada. Son muchos cambios.

—Exacto —dijo Douglas—. ¿No deberías haberlo hecho todo más despacio? Las chicas se van a volver locas para encontrarlo todo.

—Se acostumbrarán. Las tiritas cuanto antes se quiten menos dolor. —Se detuvo para mirarle a los ojos. —¿No tienes nada que hacer?

—¡Pues no!

Sonrió encantada. —¿De veras? Pues hala, a gastar el dinero que yo gano en otro de esos edificios.

Fue hasta la oficina, pero la siguió. —¿Cómo que tú ganas?

—Bueno, ya que lo hago yo todo…

Douglas se pasó la mano por su pelo moreno. —Nena, esto no me gusta.

—Hago la función de un encargado que como su propio nombre indica es encargarse de todo mientras el jefe no pega palo al agua. Cariño, no estás acostumbrado, tienes que adaptarte. —Se puso el teléfono al oído. —¿Oiga? Soy Ivi Stevenson, llamo del Mistero. No me han traído las servilletas de cóctel y esta vez quiero que el logo sea en dorado. Ese rojo casi ni se distingue en la servilleta granate. ¡Quiero siete cajas y que las cajas sean de un

cartón en condiciones porque las últimas se rompían con solo mirarlas! —Colgó sin despedirse y Douglas gimió. —¿Qué?

—¿En dorado? ¿Cuándo hemos hablado de eso?

—El dorado es más bonito. Más llamativo. Por eso he cambiado el cartel de la entrada.

—¿Que has hecho qué? —Su grito se escuchó hasta en la entrada.

—¡En rojo no se ve bien! También pintarán el laberinto de dorado. Le dará más clase.

—¡Mi local ya tenía clase!

—Sí, pero ahora tendrá más. —Sonrió acercándose. —Ya verás, te encantará.

—Nena…

—Yo lo hago por el bien del local.

Él alargó la mano cogiendo un mechón de cabello que tenía sobre su hombro para acariciárselo pensativo y a Ivi se le cortó el aliento. —¿Y qué más se te ha ocurrido?

—¿Por qué piensas que se me ha ocurrido algo más?

—Porque esa cabecita no para. —Levantó la vista hasta sus ojos.

Se quedaron en silencio mirándose el uno al otro y cuando Ivi se dio cuenta de lo que estaba haciendo carraspeó volviéndose. —Bueno, ya te enterarás.

—Me lo dirás antes de decidir ningún cambio más.

—Vale.

Él puso los ojos en blanco. —¡Hablo en serio!

—Que sí. —Vio un movimiento tras él y estiró la cabeza para ver a un hombre rubio de la edad de Douglas. —¿Quién es usted?

Douglas se volvió y apretó los labios. —Steward, ¿qué haces aquí?

—Quiero hablar contigo.

—¿No me digas? —En ese momento apareció Jim y Tommy tras él. —Pues yo no tengo nada que hablar contigo. ¡Chicos llevadle a la salida y que no vuelva a poner un pie en mi local!

—¡No puedes tratarnos así! ¡Quién coño te crees que eres! —Los chicos le cogieron por los brazos. —¡Serás hijo de puta! ¡Cecilia no deja de llorar! ¡Nos lo has quitado todo!

—Seguro que aún tendréis ahorros de todo lo que me robasteis —dijo fríamente.

—Siempre estaban a tu disposición ¿creías que eran tus esclavos? ¡Algo tenían que sacar! ¡Tú te has hecho rico!

—¡Fuera!

Los chicos tiraron de él e Ivi asustada por su violencia escuchó que decía —¡Te voy a matar, cabrón! ¡Cómo no retires la denuncia, te juro que te mato!

—¿Denuncia?

—No es nada. Le he denunciado para asustarle y que me dejen en paz.

—Me han dicho que es mala gente.

Él apretó los labios. —Es un fanfarrón que solo se atreve con los débiles.

—Douglas deberías denunciarle, acaba de amenazarte de muerte.

—No pasará nada. —Sorprendiéndola le dio un beso en la frente antes de alejarse. —Nada de más sorpresas, nena.

Ella se quedó allí de pie pensando en lo que acababa de pasar y entrecerró los ojos yendo hacia su escritorio. Acostumbrada a vivir en el barrio sabía cuando alguien hablaba de veras y ese hombre lo hacía. Y Douglas no se lo tomaba en serio. Preocupada salió del

despacho y fue hasta la salida de atrás donde Jim y Tommy observaban como se alejaba por el callejón. —Jefa, esto no me gusta —dijo Jim mosqueado.

—Ni a mí, amigo. Ni a mí.

Se acercó a un grupo vip sonriendo y la actriz homenajeada se levantó para saludarla. Se dieron dos besos. —¿Cómo va todo? ¿Os tratan bien?

—Maravillosamente, como siempre. —Se apartó para mirarla. —Ya se te empieza a notar.

Se acarició el pequeño vientre. —Es que ya casi estoy de cinco meses.

—¿Y qué es?

—Todavía no lo sabemos. No se deja ver. Igual porque de día duerme y le da el culito al doctor.

Se echaron a reír. —¿Y no vas a dejar de trabajar? —Ivi la miró con horror haciendo que se riera. —Sí, tú eres de las mías. Hasta trabajé de siete meses subida a una moto haciendo que pegaba tiros.

—Martina, pero si estás aquí. —Se volvió hacia Douglas que llegaba en ese momento. —Felicidades por el premio.

—Gracias.

Douglas dio la mano a su marido que se levantó en el acto. Un director de cine muy prometedor. —¿Os vais a quedar mucho en Nueva York?

—Volveremos a casa en una semana.

—Espero que paséis más por aquí.

—No hay sitio mejor en todo Manhattan y tenemos que aprovechar que las niñas están con mi madre. Es como unas vacaciones —dijo la actriz.

—Jeff has de traerla para su cumpleaños. Es dentro de tres días. —Le guiñó un ojo. —Le organizaremos una fiestecita.

—¿Pero cómo lo…?

Douglas se echó a reír. —Mi chica es una caja de sorpresas —dijo cogiéndola por la cintura—. ¿Nos disculpáis un segundo? Al parecer nos reclaman desde una de las barras. —Se volvió con ella y siseó —Nena, ¿y esos zancos?

—Estilizan las piernas.

—Estás embarazada.

—Qué pesado estás con el… —Se detuvo en seco al ver a Peter subiendo las escaleras. —Tu primo.

Douglas volvió la mirada hacia él y se acercó de inmediato dejándola allí. Ah no, que ella quería enterarse. Corrió tras él y se detuvo a su lado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él fríamente.

—Te he llamado, pero no me cojes el teléfono. Cecilia… —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Está en el hospital.

—¿Qué?

—Por poco la mata. Está muy grave.

Douglas tensó su rostro de una manera que la asustó y ella dijo tan rápido como podía —Vamos a mi despacho a hablar de esto.

Peter la miró con odio. —Esto es culpa tuya. Pensaba solucionarlo, pero…

Douglas le cogió por los hombros. —Hablemos abajo. Nena, te quedas al cargo.

—Ah, no. ¿Qué vas a hacer? —preguntó asustándose de veras.

—Lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo.

Sintiendo que se le helaba el alma observó como se alejaban. A toda prisa caminó por la zona vip y se acercó a la mesa de George que hablaba con Deborah. Al ver su rostro su amigo perdió la sonrisa. —¿Qué pasa?

—Deb, te quedas al cargo.

—¿Yo?

—Tengo que salir. —La miró a los ojos. —¿Entiendes?

Su amiga enderezó la espalda y asintió. —Sonríe, amiga. ¿Recuerdas lo que hablamos?

Forzó una sonrisa para las cámaras mientras George entrecerraba los ojos. —Cielo, vete a la barra. ¿Dónde está Douglas?

—Ha bajado con su primo. —Sacó la radio del bolsillo del vestido y la acercó a la boca. —Jim, ¿el jefe se ha ido?

—Le acompaño al hospital.

—Bien. ¿Le cuidarás por mí?

—Por supuesto, jefa.

George se levantó caminando a su lado y cuando bajaban las escaleras preguntó—¿Estás segura de esto?

Sabiendo que allí no había cámaras dijo —¿Si Deb estuviera en problemas no la ayudarías?

—Eso no lo dudes.

—Pues eso.

Recorrieron la planta de abajo y sacó las llaves para abrir las puertas que daban a la zona de empleados. En cuanto pasaron cerró y fueron hasta su despacho cerrando la puerta. —No puedes ausentarte para siempre. Dos horas como mucho —dijo su amigo.

Sacó el móvil que había comprado y se lo puso al oído. —¿Lewis? ¿Dónde estás?

—Está como loco. No deja de dar vueltas con el coche desde hace dos horas. Casi le pierdo varias veces. Estamos en el centro creo que va hacia ahí. —Sorprendida levantó la vista hasta George que se tensó.

—¿Viene hacia aquí?

—Espera que vuelva a girar. Sí, sí, va hacia ahí. Acaba de aparcar el coche sobre la acera. El local está a cien metros.

—Muy bien, lárgate. Te llevaré el dinero al barrio. Tú no me has visto en meses, ¿me oyes?

—Por supuesto. Suerte.

Colgó el teléfono.

—¿Es de fiar?

—Su hermano murió entre mis brazos y declaré contra el cerdo que le mató. No me delataría jamás.

—Bien, ¿qué vas a hacer ahora?

—Seguir el plan. Me ha hecho un favor y no tendré que ir a buscarle. Solo tenemos que esperar.

Cogió la radio y dijo —Chicos atentos. Tengo un mal presentimiento.

—Entendido jefa —dijo Roy—. En la puerta principal todo normal.

—Puerta de atrás despejada —dijo Terence.

Frunció el ceño. —¿Qué haces ahí si está cerrada? Vete a la puerta principal.

—El jefe me ha dicho que me quede aquí.

Juró por lo bajo antes de pulsar el botón. —Y yo te digo que vayas a la otra puerta. ¡Ahora!

—Entendido jefa.

George sonriendo alargó la mano. —Las llaves, por favor.

—Claro amorcito. —Le tendió las llaves y cogiéndola por la cintura salieron al pasillo. Él la pegó a la pared para darle un beso.

—Voy a buscar tu regalito al coche.

—Estoy deseando saber lo que es. —Le dio un besito que tampoco había que pasarse, pero George la miró malicioso antes de atrapar su boca para darle un morreo de primera. Cuando se apartó se echó a reír. —Serás…

—¿Estás segura de esto?

—Totalmente. Date prisa.

George se alejó volviéndose para guiñarle un ojo y que lo captaran las cámaras. Sonriendo como una tonta entró en el despacho y dejando la puerta abierta se sentó tras su escritorio sabiendo que la enfocaba una de las cámaras del pasillo que vigilaba la puerta. Cogió unos papeles e hizo que los revisaba cuando escuchó los pasos acercándose. Levantó la vista con una sonrisa y dijo —Has vuelto muy pronto. —Los pasos se detuvieron y escuchó el tintineo de unas llaves. ¡Tenía llaves! Seguro que había hecho una copia de las de Cecilia en algún momento. Eso no se lo esperaba porque solo se interponía ella de cruzar la puerta que daba al local. —¿Douglas? —preguntó cogiendo su arma del cajón del escritorio.

Entonces apareció ante ella. Stewart estaba borracho y tenía un aspecto desastroso con la camisa arrugada como si hubiera dormido con ella. —Pero mira a quien tenemos aquí. Pero si es la zorra por la que se jodió todo.

—¿Te conozco? ¿Cómo has entrado aquí? —Cuando estiró la mano para coger la radio él levantó el brazo mostrando el revólver que llevaba en la mano. Se detuvo en seco sintiendo el corazón a mil.

—Por tu culpa todo se ha ido a la mierda.

—Mira no sé quién eres ni lo que quieres, pero seguro que podemos llegar a un acuerdo —dijo asustada.

—¿El cabrón de Douglas cree que puede quitárnoslo todo? ¡Yo digo cuando se acaba! —gritó fuera de sí.

—Claro que sí. Se te ve un hombre decidido. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Por favor no dispares, estoy embarazada.

Él se echó a reír. —Serás puta. Bien que te abriste de piernas para él. Eres muy lista. Mira hasta donde has llegado. ¡A mi costa! —Dio un paso hacia ella. —Pero esto no se acaba aquí. ¡Voy a hacer que ese cabrón pague! —Sus ojos vidriosos brillaron como si se le hubiera ocurrido una idea. —¡Levanta!

—¿Qué vas a hacer? —dijo muerta de miedo levantando su arma por debajo de la mesa.

—Douglas pagará por su hijo lo que le pida. Y cuando me dé la pasta… —Sonrió malicioso.

—¿Vas a matarle? No, eso no va a pasar.

Él entrecerró los ojos antes de que Ivi apretara el gatillo. La bala atravesó la madera del escritorio llegando a su estómago. Él disparó e Ivi sintió como la bala silbaba cerca de su oído. Gritando de miedo levantó su arma y disparó una y otra vez dándole en el pecho. De los impactos cayó sobre la pared del pasillo mirándola con tal sorpresa en el rostro que era evidente que no se lo esperaba. Stewart se deslizó hasta el suelo e Ivi se estremeció cuando exhaló su último aliento. Se echó a llorar dejando caer su arma y se tapó la cara con las manos. En ese momento llegó George corriendo y se acercó al cadáver quitándole el arma de la mano antes de coger su móvil y llamar a la policía gritando que un hombre había asaltado la discoteca donde trabajaba su novia. En cuanto colgó se incorporó entrando en el despacho y la abrazó susurrándole al oído —Joder, eres la mujer más valiente que conozco.

—¿De veras? —Sollozó sobre su pecho.

—¿Estás bien?

—Sí, algo asustada.

—Ahora a esperar a que llegue la policía. —La besó en la sien. —¿Lista?

—Sí.

Capítulo 14

Sentada en el sofá de la pecera le decía a los sanitarios que estaba bien mientras se volvía a desalojar la discoteca. Eso a Douglas no le iba a gustar nada, ¿pero qué se le iba a hacer? Lo primero era lo primero.

La detective Carson revisaba las imágenes y ella desde su asiento vio como movía los labios mientras leía los suyos en la pantalla. Como Deborah le había dicho que leía los labios, eso iba a ser una baza a su favor. La detective asintió y se volvió hacia ella que agachó la mirada de inmediato a su brazo porque el sanitario le tomaba la tensión. —Algo alta, pero nada preocupante. ¿Seguro que no quiere ir al hospital?

—No llegó a tocarme. Estoy bien.

—Le daré un sedante, está temblando.

Sí, al parecer como sicaria no tenía futuro. Estaba de los nervios y la verdad no sabía la razón porque ese hombre era escoria. Sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo y asintió. —Sí, deme algo por favor.

El sanitario se levantó para decirle a la detective. —Debería ir al hospital para un reconocimiento, está embarazada.

—No está detenida, la decisión es suya.

—¿No va a detenerme?

—¿Por defenderse de ese psicópata? Por supuesto que no.

Lo dijo con una ironía que la puso alerta. George la abrazó por los hombros. —¿Ves cómo no va a pasar nada? Tú no has hecho nada malo. —La besó en la sien.

—Ah, ¿que ahora están juntos? —preguntó la detective acercándose.

Su amigo forzó una sonrisa. —Estamos empezando.

La mujer les observó fijamente. —Cuantas vueltas da la vida, ¿no es cierto?

—Y que lo diga.

Ivi nerviosa se apretó las manos mientras ella no le quitaba ojo. —¿Y dónde está el señor McKeown, Ivi?

—No lo sé, su primo vino a buscarle. Al parecer Cecilia estaba en el hospital.

—¿No me diga? Su prima, porque Cecilia era su prima según recuerdo, ¿no? —Ivi asintió y esta se volvió hacia su compañero. —Averigua lo que ha pasado.

—Enseguida.

—¿Le han llamado? —Se giró para mirar a Tommy. —¿Alguien le ha llamado?

Tommy dio un paso al frente. —Me he puesto en contacto con el jefe de seguridad que iba con él. Ya están de camino. No quería explicárselo por teléfono, solo le he dicho que ha entrado un hombre armado en el local y que la situación está controlada.

La detective asintió antes de observarla de nuevo durante unos segundos lo que la puso realmente nerviosa. —¿Sabe Ivi? Tengo la sensación de que me oculta algo.

—¿Qué le va a ocultar? —preguntó George mosqueándose—. Ha visto las imágenes. La apuntó con un arma. Ese venía a robar, seguro. Era un ladrón y ella le descubrió.

—¿Y vino a robar de nuevo? ¿Aprovechando que usted salió para coger algo del coche cuando tenía las llaves para entrar cuando

quisiera? —Se cruzó de brazos. —¿Dónde está?

—¿Quién? —preguntó George.

—Lo que le traía del coche. Ese regalo que le había comprado. En la escena del crimen no está. Y en las imágenes de cuando entra en el local en las manos solo lleva las llaves que ella le había dado.

Ambos se quedaron en silencio y la detective sonrió. —¿Nada? Lo suponía. —Tomó aire por la nariz. —¿Saben? Sé hacer mi trabajo y lo hago muy bien. ¿Creen que la última vez no me molesté en investigarles a todos? Incluido al cadáver que al parecer tenía la mano algo suelta. —Ivi la miró sorprendida. —Tenía que hacerlo, estabas desaparecida y Peter era tan sospechoso como su hermana por el robo en el local. Su novio es o era un hombre bastante violento. Tanto como para llevar a la prima del señor McKeown al hospital en varias ocasiones. Otro sospechoso de tu desaparición que debía investigar.

—¿Entonces si sabía que la pegaba por qué no hizo nada? —le espetó Ivi perdiendo los nervios—. ¡Casi la mata!

—Sí, pero es que ella quería estar con él y no le denunciaba, ¿no es cierto? Además, era cómplice del robo a la discoteca. Yo

protejo cuando se me pide ayuda. Y ahora no investigamos eso. Investigamos un posible asesinato.

Ivi perdió todo el color de la cara. —¿Cómo asesinato? ¿Cree que le maté a propósito?

En ese momento se abrieron las puertas del ascensor y Douglas muy tenso miró hacia ella. —Nena, ¿estás bien?

Gimió por dentro al ver que la detective levantaba una ceja mientras se acercaba a toda prisa y se acuclillaba ante ella. —¿Te ha hecho daño? Vamos al hospital. —Nervioso miró sobre su hombro. —¿Por qué no se la ha llevado al hospital? ¡Está embarazada y muy nerviosa!

George carraspeó. —No quiere ir al hospital.

—¡Me importa una mierda que no quiera ir! —La cogió por los brazos. —Vamos preciosa.

—Señor McKeown, ¿antes no quiere ver las imágenes de lo sucedido?

Ivi al ver lo preocupado que estaba por ella le miró angustiada. —Nena, ¿qué pasa?

No le quedó más remedio que decir —Lo siento. Íbamos a decírtelo.

Tenso se incorporó viendo como George pasaba el brazo por sus hombros. —No hemos podido evitarlo.

—¿Evitarlo? —Dio un paso atrás como si le hubieran golpeado. —No. —Se giró furioso. —¿Qué coño está pasando aquí?

La detective le mostró las pantallas y él miró hacia allí para ver cómo se besaban en el pasillo. Douglas se llevó las manos a la cabeza e Ivi al ver su dolor sintió que su corazón latía más deprisa. La quería. La quería y le estaba rompiendo el corazón. Una lágrima recorrió su mejilla y George apretó su hombro intentando apoyarla, pero ella ni se dio cuenta porque no podía dejar de mirar a Douglas que apretó las mandíbulas con fuerza mientras George en la imagen la dejaba sola. Pasaron unos segundos en los que no dejó de mirar la pantalla y Stewart apareció en ella. —Hijo de puta. —Fuera de sí preguntó —¿Ha sido él? ¿Es quien la ha atacado?

—No deje de ver las imágenes —dijo la detective.

Ivi agachó la cabeza negándose a verlas y se tapó la cara con las manos. —¿Nena?

Se sobresaltó al escucharle ante ella y levantó la vista hacia él. —No pasa nada.

—Lo siento, no quería…

—Deberías llevarla al hospital —le dijo a George.

—La detective nos ha dicho algo de asesinato —dijo su amigo.

Se volvió hacia la mujer. —¿Acaso está ciega? Ese venía a por mí y se encontró con ella.

—¿Venía por usted?

—Mi prima está grave en el hospital. Le ha dado una paliza de muerte y era evidente que está pasado de alcohol. Venía armado y me había amenazado antes. Díselo nena.

—Sí, un día vino y le amenazó de muerte si no quitaba la denuncia.

—Así que al final les denunció.

—Era para que no se acercaran a mí, pero ya ve que no ha servido de mucho. —Se pasó la mano por su cabello negro. —Me llamó mil veces. A veces gritándome, a veces queriendo convencerme de que retirara la denuncia. Tenía antecedentes y no quería volver a prisión. Cuando bebía perdía el control y es lo que ha debido pasar hoy.

La detective sonrió. —Todo muy atado, ¿no?

—¿Cómo ha dicho?

La mujer dio un paso hacia Ivi. —¿Sabe? Jamás he visto una mujer más enamorada o mejor dicho rota de amor que usted. —Ivi sin mirarla se apretó las manos. —Su expresión cuando él la rechazó rompía el alma. Sus ojos reflejaban como le estaba resquebrajando el corazón con sus palabras.

—¿A dónde quiere llegar? —preguntó Douglas furioso.

—¿A dónde quiero llegar? Ese tipo de amor no desaparece de la noche a la mañana y menos con un hombre que está continuamente a tu lado y del que estás embarazada. —Miró a Ivi. —¡Volviste a él, no podías evitarlo! —exclamó tuteándola—. ¡En lugar de buscar otro trabajo regresaste!

—Necesitaba el trabajo.

—Venga, ese novio nuevo que intentas colarme tiene mucha pasta.

—Todavía no estábamos juntos. —La miró furiosa. —Tengo un alquiler, ¿sabe? ¡Y como bien ha dicho estoy embarazada! ¡Necesitaba dinero!

—¿Y aceptaste ser la encargada? Entiendo sus razones para ofrecerte el puesto, quería que estuvierais más cerca de él para

intentar arreglar su metedura de pata, pero tus razones para aceptar no me quedan claras.

—Mejor ser encargado que camarera.

—¿Trabajando al lado del hombre que amabas?

—¡Eso se acabó! ¡Se acabó aquella noche!

—¡Mientes! ¡Regresaste con él porque todavía le quieres! ¡Y aceptaste el puesto para estar a su lado! ¡Viste que estaba amenazado y no podías dejar que le pasara nada! ¡Es el padre de tu hijo! ¡El hombre que amas! ¡Aprovechaste la oportunidad! ¿Qué ha ocurrido esta noche, Ivi? ¿Douglas se fue al hospital y temiste que hiciera una locura? Es un hombre de carácter, puede perder los nervios. Al fin y al cabo es su prima. Su sangre. —Sonrió con ironía. —No, tenías que saber que ese cabrón venía a por él. ¿Por qué sino crear esta pantomima? ¿Para qué? ¿Para que yo no pensara que te sentías tan ligada a Douglas qué harías algo así? ¡Al fin y al cabo se supone que ya no estáis juntos! ¿Por qué ibas a manchar tus manos de sangre por alguien a quien ya no amas? ¿En eso se basa tu defensa?

George muy tenso dijo —Douglas creo que deberías llamar a un abogado.

Douglas sin dejar de mirar a Ivi asintió. —Sí amigo, creo que sí porque a la detective se le ha ido la cabeza.

—¡Ja! —Sonrió irónica. —Criada en uno de los peores barrios de Brooklyn no es una florecilla débil. Ha visto de todo, ¿no es cierto Ivi? Tu novio muerto en ese parque. No podías dejar que a Douglas le pasara lo mismo. A él no, eso no podrías soportarlo. —Los labios de Ivi temblaron. —No llegaría al padre de tu hijo. Antes lo solucionarías tú.

Su compañero se acercó. —El número del arma dice que la compró en una armería a tres calles de aquí. Sacó la licencia de la pistola hace tres meses.

—La mayoría de las veces abre ella sola, puede ser peligroso —dijo Douglas.

—Claro. Todo muy atado. —Sonrió mirando a su alrededor. —Es una chica lista. Recoge las imágenes para el juez —le dijo a su compañero—. Por cierto, no salgas de la ciudad, Ivi. Esto todavía no ha acabado.

—Era un cerdo —dijo Douglas furioso.

—Los cerdos también tienen derechos. —Se volvió hacia Ivi. —Aún estás a tiempo de confesar y de llegar a un trato. Pero como

encuentre una sola prueba, un solo testigo en tu contra, ya no habrá ningún trato y pasarás los siguientes treinta años en prisión.

—¿Y todo porque no se cree que estamos saliendo? —preguntó George asombrado mientras la detective iba hacia el ascensor.

—Les espero mañana en la comisaría para su declaración. —Sonrió irónica. —Espero que sea exacta. A veces cuando se miente se olvidan cosas… Y eso puede ser peligroso. Que descanses Ivi.

Douglas le hizo un gesto a Tommy para que se fuera y se metió en el ascensor con ellos. Cuando se quedaron solos Ivi se apretó las manos sin dejar de mirarlas. Él se acuclilló ante ella y se las cogió con suavidad. —No pasa nada.

—Es mentira —dijo con la voz congestionada.

—¿A mí vas a mentirme, nena?

George suspiró levantándose. —Necesito una copa. —Hizo una mueca. —Esa mujer me los ha puesto por corbata.

Douglas alargó la mano y acarició su mejilla. —No llores, no tiene ninguna prueba.

—No podía… —susurró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Dejar que se acercara a mí? —La cogió por la nuca. —Mírame nena. —Levantó la vista hasta sus ojos. —Ni se te ocurra volver a hacer algo así de nuevo, ¿me oyes? Jamás. —Atrapó sus labios y sintiendo que se le detenía el corazón respondió sin poder evitarlo. Él se apartó lentamente y sonrió acariciando su mejilla con el pulgar. —Vamos a solucionar esto, no te angusties.

—Pues yo no estaría tan seguro —dijo George antes de dar el último trago a su whisky—. Esa mujer… Lo supe cuando estuvo en mi casa, parecía que quería encontrar mierda contra ti.

Douglas entrecerró los ojos. —¿No me digas?

—Ni te puedes imaginar la cantidad de preguntas que me hizo sobre tu local. Sobre tus empleados, sobre ti. De hecho casi no me preguntó por Ivi y la relación que teníamos para que me la llevara a casa.

—Es cierto que me lo comentaste —dijo ella sorprendida.

Douglas frunció el ceño. —Eso es muy extraño, ¿no?

—Y hace unos minutos nos reconoció que nos había investigado a todos. ¿No es muy raro por un caso de desaparición que se resolvió en unas horas? —preguntó Ivi.

—Lo lógico es que lo hubiera olvidado y pasado al siguiente caso.

—Esa mujer va a por nosotros —dijo George—. Cualquiera después de ver las imágenes habría dicho caso resuelto y más después de que tu prima estuviera en el hospital.

—Eso sin contar los antecedentes de chorizo que tenía que también apoyaban nuestra versión —dijo Ivi.

El sonido del ascensor les hizo mirar hacia allí. —¿Alguien puede dejar subir a mi novia?

—¿Lo sabe todo? —preguntó Douglas acercándose a la mesa.

—De ella fue la idea de que nos hiciéramos pasar por novios si llegaba el momento y yo estaba aquí, claro. Yo abriría la puerta de atrás para que pasara. —Hizo una mueca. —Eso alejaría las sospechas de Ivi, sobre que lo había hecho por protegerte. ¿Aunque quién nos diría que la famosa detective que había llevado su secuestro aparecería de nuevo? Joder, con todos los policías que debe haber en esta ciudad. —Se sirvió otro whisky.

—Deja de beber, te necesito despejado —dijo Douglas. Se sentó al lado de Ivi—. Nena, tienes que ir al hospital. Necesitamos un informe médico que diga que estás histérica, ¿entiendes?

—Sí.

Deborah entró en la pecera. —Todavía no han levantado el cadáver. Al parecer va para rato. El forense está en otro tiroteo. ¿Qué tal? ¿Bien?

—Preciosa, esa tiene la mosca detrás de la oreja.

—No fastidies. Con lo bien que había salido todo. ¿Pero qué ha pasado? ¿No se ve en las imágenes?

—Sí, pero hay flecos. Como lo del regalo del coche para dejar la puerta abierta. No había regalo.

—Mierda.

Douglas estaba mirando de nuevo las imágenes. —Nena, al hospital —dijo tocando el teclado.

Se levantó y Deborah cogió su brazo. —¿Estás bien?

—Sí, es que… Me siento algo débil. Me tiemblan las piernas.

Douglas se acercó de inmediato y la cogió en brazos. —Todo va a ir bien.

—¿Me lo juras?

La besó suavemente en los labios. —¿Crees que dejaría que te pasara algo? Removeré cielo y tierra para solucionar esto.

—¿Con quién habla?

Todos miraron hacia las pantallas donde la detective se había alejado de todos para hablar por teléfono y no parecía nada contenta con lo que le estaban diciendo. Ivi separó los labios. —Cielo, déjame en el suelo.

—Ha dicho hija —dijo Deborah. —Habla con su hija.

—No, habla de su hija —dijo Ivi—. Ha dicho nuestra hija tiene que ser vengada.

—Nena, ¿tú también lees los labios?

—A veces cuando era pequeña tenía que poner la televisión muy baja porque mamá dormía después de trabajar toda la noche. —Miró a Douglas. —Nos odia por su hija.

Douglas se puso en el ordenador. —Se apellida Carson, ¿no?

—Sí —respondió George—. Aunque puede ser su apellido de soltera, ¿no?

—Probemos con lo que tenemos. —Todos se pusieron a su alrededor y cuando salió la foto de Cindy se quedaron de piedra.

—¿Cindy es su hija? —preguntó Deborah—. ¿La yonki?

—¿Se quiere vengar porque la echasteis? Como si fuera la primera.

Douglas e Ivi se miraron. —Cielo, tienes que averiguar si es ella.

Asintió. —George llévatela al hospital. Nena, necesito que finjas mejor que en toda tu vida. Mañana tienes que estar sedada y con un informe médico de crisis de ansiedad, ¿me entiendes?

—Sí.

—Después llévala a tu casa, George. Tenemos que seguir fingiendo que estáis juntos.

—De acuerdo.

—Pero sin tocar, ¿eh? —dijo Deborah haciendo que la miraran. Esta se sonrojó —. ¿Qué pasa? A ver si Ivi es la única que puede ponerse celosa.

Llegó del brazo de George caminando haciendo eses. Casi no podía mantener los ojos abiertos. Tenía tanto sueño... Ni se dio cuenta de que los abogados de Douglas la rodeaban ni de que la metían en una sala y la sentaban a una mesa mientras la detective Carson levantaba una ceja aparentando diversión. —Ya veo. ¿Una táctica para retrasar el interrogatorio?

—Mi cliente no se encuentra en condiciones y aun así está aquí. Debería dejar la ironía a un lado, ¿no cree detective? Ha sufrido un trauma.

—¿Un trauma? Se ha quitado un problema de encima.

—¿Tiene pruebas de eso? Porque yo tengo pruebas de lo contrario. Unos videos muy interesantes del muerto amenazándola con un arma.

—¿Para qué han venido si no iba a declarar?

—Oh, para darle su informe médico y para denunciarla por acoso.

—¿Perdón? —Se echó a reír. —Esta táctica es nueva.

—Disculpe, ¿pero usted no es Jessica Margaret Carson? ¿Madre de Cindy Margaret Carson nacida el veinticuatro de abril del dos mil?

La detective palideció. —Ya veo.

—Sentimos mucho su fallecimiento, detective. ¿Qué hizo? ¿La llamó llorando sobre que la habían echado injustamente? ¿Que ella no había hecho nada? Se tiró por una ventana dos días después, ¿no es cierto? Una auténtica fatalidad. Fatalidad que usted está intentando vengar aun sabiendo que su hija era dependiente de las

drogas. Y de drogas duras nada menos. —El hombre entrecerró los ojos. —Creo que está llevando su venganza demasiado lejos asustando a mi cliente cuando ella solo ha defendido su vida.

—Ellos mataron a mi hija. Que la echaran del trabajo la hundió —dijo con rabia.

—Con esas palabras acaba de demostrar que ha perdido el norte totalmente. —El abogado puso una hoja ante ella. —Ahí tiene el artículo que saldrá mañana en el Times. Mis hombres están tramitando la denuncia en asuntos internos y en la fiscalía. Vaya recogiendo su mesa porque va a quedarse sin trabajo. No pienso consentir el abuso policial.

—Vamos cielo —susurró George ayudándola a levantarse.

—¡Está fingiendo! ¡Todo lo hicieron a propósito para deshacerse de Stewart! ¡Ella le mató!

—Jessica cállate —dijo su compañero cogiéndola del brazo.

—¿No te das cuenta? ¡Se van a librar otra vez! ¡Mataron a Cindy y se van a librar otra vez!

—Cindy era una buena chica —farfulló Ivi.

La detective chilló de la rabia tirándose sobre ella y a pesar de que intentaron apartarla consiguió tirarla al suelo. Dos de los

abogados tuvieron que agarrarle los brazos para soltarla y gritando como una loca fue retenida por sus compañeros. Ivi desde el suelo sonrió. —Más cereales de chocolate —dijo antes de quedarse dormida.

Una caricia en su mejilla la hizo suspirar y abrió los ojos. Douglas sonrió. —Nena, está claro que no puedo dejarte sola.

—Estás aquí —susurró. Entonces frunció el ceño—. Me duele la cara.

Él hizo una mueca. —No te preocupes, todo va bien. El niño está bien y lo de tu cara no es nada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó asustada. Al mirar a su alrededor vio que estaba en una habitación de hospital. Jadeó llevándose una mano al vientre—. ¿Niño? —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Es un niño?

Douglas sonrió. —Y esta vez se ha visto perfectamente. Dicen que todo va muy bien.

—Un niño.

—¿Estás contenta?

—Bueno… —Douglas se echó a reír y se sonrojó. —Quiero decir…

—Querías una niña.

—Me hacía ilusión.

—La próxima vez.

Se le cortó el aliento. —¿La próxima vez?

—Sí, porque cuando vi a una rubia de mal carácter en cierta cafetería poniendo verde al encargado, me dije que una mujer así era lo que necesitaba en mi vida y no puedo dejarte escapar.

—Estabas allí.

Él sonrió. —Sí, nena. Imagínate cuando esa rubia se presentó en mi local para pedir trabajo. Después del espectáculo que habías formado en la cafetería me lo pensé, la verdad.

—Pero me lo diste.

—Porque sabía que lo necesitabas y me moría por estar contigo, nena. Pero algo en mí me dijo que tenía que ponerte límites, por eso fui tan borde contigo.

—Pero luego vino todo lo demás.

—Cuando Jim me dijo quien te había recomendado y en que habías trabajado no me lo podía creer. Me enfurecí porque me sentí

engañado. ¿No es ridículo? Y aun así quise atarte a mí de alguna manera.

—Por eso me diste el dinero.

—Temía que en uno de mis arranques te largaras. Pero cuando te hice el amor… Joder nena, no me podía creer lo que sentía a tu lado.

Emocionada acarició la mano en su mejilla. —A mí me pasó lo mismo.

—En esas semanas que estuvimos juntos quise olvidar tu otra vida para centrarme en lo que nos ocurría, pero Peter…

—Te lo recordó.

—Y me odio a mí mismo por dejar que eso lo estropeara todo.

Una lágrima cayó por su sien. —Eh…—Él preocupado se tumbó a su lado para abrazarla. —Nena no llores.

Se miraron a los ojos. —Te amo tanto…

—¿Tanto como para perdonar mis estupideces y estar a mi lado?

—Ya estoy a tu lado. Siempre estás en mis pensamientos desde que me levanto hasta que me acuesto. Incluso sueño contigo.

—Nena, después de haber matado por mí eso ha sonado un poco psicópata.

Se echó a reír y él sonrió. —Así me gusta. A partir de ahora no quiero verte llorar.

—Es que soy muy extrema.

—No me había dado cuenta, preciosa. Si algún día llegas a odiarme, me pondré a temblar.

—¿Cómo sabías que no te odiaba?

—Porque te quedaste, nena. Y no me quemaste el local ni me rompiste las piernas como querías hacerle al encargado de la cafetería. Y conmigo tenías más razones para hacerlo.

Acarició su cuello mirando sus ojos. —¿Entonces me amas?

—Tanto que cuando Jim me dijo que un hombre armado había entrado en el local casi me muero de miedo. Lo único que quería era ver que estabas bien a pesar de que él me decía una y otra vez que no te había pasado nada. —Besó suavemente sus labios. —No vuelvas a hacer algo así.

—No podía perderte. Aunque no estuvieras conmigo no podía perderte.

Él cerró los ojos apoyando su frente en la suya. —Siempre he estado contigo, desde que entraste en mi vida no ha habido nadie más.

—Ni la habrá.

Él sonrió. Besó sus labios tan tiernamente que la emocionó sintiendo a la vez una intensa alegría. —Te amo, nena.

Se apartó para mirarle con el ceño fruncido. —Ni la habrá.

—Será posible. —Atrapó sus labios mareándola con sus besos y gimió entre sus brazos pegándose a él. Se apartó para mirarla. —Ni la habrá, nena. Tú eres la única que llena mi corazón. Nunca habrá nadie más.

Epílogo

Douglas miró a través del cristal de la pecera y no veía a su mujer. —No Peter, tú me encuentras los edificios y yo te doy la comisión si me interesan, ese es el trato. Y ese local que intentas endilgarme no me interesa en absoluto. —Entrecerró los ojos mirando las barras que tenía a la vista. —¿Una fábrica en Brooklyn? ¿Un buen barrio? Iremos a verlo mañana. Sí, mi mujer irá conmigo y dejad de lanzaros pullas que me voy a cabrear. Dale un beso a Cecilia de mi parte y dile que me pasaré por su boutique un día de estos. Sí, primo. Envíame la dirección y os vemos mañana. —Colgó y se volvió para revisar los monitores.

George soltó una risita desde el sofá con un whisky en la mano. —¿Se te ha vuelto a escapar?

—Mierda —siseó cogiendo la radio—. Jim, ¿dónde está? ¿Ha entrado en el despacho de abajo?

—Jefe, esa zona está cerrada. Lo acabo de comprobar. No sé si está dentro.

George se echó a reír.

—Muy gracioso —dijo Douglas poniéndose nervioso—. No sé qué hacer para que se quede en casa. Mi suegra me echa unas broncas todos los días…

—Eso te pasa por tener a la suegra viviendo en el piso de abajo. Aprende de mí que están en el otro extremo de la ciudad.

—¿Y quedarme sin niñera? Cuida a junior como Mary Poppins.

—A mí todavía me quedan unos meses para eso —dijo orgulloso—. Ya he hablado con ella y el mes que viene nos quedaremos en casita tranquilitos hasta el parto.

El mirando el monitor levantó una ceja al ver a Deborah animando la zona vip bailando la conga con Molly que ahora llevaba allí a sus clientes para desplumarles un poco, como ella decía. Viendo a Deborah pasándoselo tan bien dudaba que la convenciera. Desde que se habían casado iban más que de solteros y es porque las chicas decían que no tenían tiempo para verse en otro sitio. — Sigue soñando.

—Hostia, ¿esa es Deb? —preguntó levantándose en el acto—. ¡No pegues saltos!

Douglas se echó a reír, pero recordó a su mujer y perdió la sonrisa de golpe. —¿Dónde estará? —Cogió su móvil y pulsó el uno poniéndoselo al oído. En la discoteca no lo oiría, pero lo tendría en vibración. Frunció el ceño. —Lo ha vuelto a dejar en el despacho. —Cogió las llaves a toda prisa.

—Amigo tranquilo, estará por ahí hablando con alguien —dijo siguiéndole.

Douglas le fulminó con la mirada y su amigo carraspeó —Hablando con una mujer, claro.

—Claro.

—Solo tiene ojos para ti.

—Pero eso no significa que no la miren —dijo entre dientes.

—¿Todavía estás mosqueado por las flores de ese jugador de beisbol?

—Treinta docenas de rosas. ¿Tú no te mosquearías?

—Es que es tan agradable con los clientes y tan cercana que se confundió. —Hizo una mueca. —Agradable cuando quiere, claro,

porque cuando sacó de los pelos a esa Meredith…Y embarazada de ocho meses. Ni mi Deb tiene esos ataques de celos.

Douglas sonrió. —Pues no la viste cuando se encontró a Julie por la calle poco después de dar a luz. La puso verde porque se dignó a saludarme.

Las puertas se abrieron y salieron al local. —¡La busco por aquí! —gritó su amigo.

Douglas fue hasta la zona de personal y abrió a toda prisa. En cuanto cerró gritó —¿Nena? ¿Estás aquí? —Pasó ante el despacho que estaba cerrado, pero aun así abrió la puerta para comprobar que estaba vacío. Frunció el ceño apagando la luz y miró hacia el almacén. —¿Ivi? —Caminó hacia allí y cuando iba a meter la llave se abrió la puerta. Separó los labios de la impresión porque estaba lleno de globos rosas y su esposa estaba ante él con un cartel que ponía: *"Lo conseguiste."*

Se echó a reír acercándose y la cogió en brazos girándola. —¿Una niña? Pero nena, si el niño tiene seis meses.

—Es que cuando te empeñas en algo… —Acarició su nuca mirándole con amor. —¿Contento?

Se la comió con los ojos. —¿Que si estoy contento? Te voy a demostrar cuánto.

—Empiece cuando quiera, jefe.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)

8- Inseguro amor (Serie oficina)

9- Hasta mi último aliento

10- Demándame si puedes

11- Condenada por tu amor (Serie época)

12- El amor no se compra

13- Peligroso amor

14- Una bala al corazón

15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino (Serie Texas)

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)

148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

162- Dulces sueños, milady (Serie Época)

163- La vida que siempre he soñado

164- Aprenderás, mi amor

165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)

168- Sólo he sido feliz a tu lado

169- Mi protector

170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)

171- Algún día me amarás (Serie época)

172- Sé que será para siempre

173- Hambrienta de amor

174- No me apartes de ti (Serie oficina)

175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)

176- Nada está bien si no estamos juntos

177- Siempre tuyo (Serie Australia)

178- El acuerdo (Serie oficina)

179- El acuerdo 2 (Serie oficina)

180- No quiero olvidarte

181- Es una pena que me odies

182- Si estás a mi lado (Serie época)

183- Novia Bansley I (Serie Texas)

184- Novia Bansley II (Serie Texas)

185- Novia Bansley III (Serie Texas)

186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)

187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)

188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)

189- Lo que fuera por ti 2

190- ¿Te he fallado alguna vez?

191- Él llena mi corazón

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1- Elizabeth Bilford
2- Lady Johanna
3- Con solo una mirada
4- Dragón Dorado
5- No te merezco

6- Deja de huir, mi amor
7- La consentida de la Reina
8- Lady Emily
9- Condenada por tu amor
10- Juramento de amor
11- Una moneda por tu corazón
12- Lady Corianne
13- No quiero amarte
14- Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.